JESÚS, ANTES Y DESPUÉS DE CRISTO

JESÚS, ANTES Y DESPUÉS DE CRISTO

Centro Teológico Manuel Larraín

Impreso en Santiago de Chile
Gráfica Jory
Adviento de 2019

Registro de propiedad intelectual N° 309804
ISBN 978-956-401-401-2

Diseño de portada y diagramación interior
Alejandra Norambuena

Imagen de portada:
Safet Zek, "Deposizione", Chiesa del Gesù, Roma

Con las debidas licencias

JESÚS,
ANTES Y DESPUÉS
DE CRISTO

JORGE COSTADOAT

A Iván Godoy Contreras
Muerto, pero vivo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El título de este libro, *Jesús, antes y después de Cristo*, es consecuencia de una rendición. Me cansé de buscarle un nombre. Intenté primero con *Jesús imposible*. No me gusto. Seguí con *Jesús urgente*. Tampoco me gustó. En uno y otro caso me motivaba la inquietud enorme que tengo por comunicar que Cristo, en esta época, tiene, podría tener, una vigencia extraordinaria. Me rendí. Opté por un título sereno. Algo enigmático, algo abstruso. Pero fiel, en suma, a la inquietud que me mueve y a la que de ninguna manera renuncio.

Esta respuesta se halla bien expresada en los dos últimos ensayos. Dicho en breve, a Jesús se lo conoce por la Iglesia, así como la razón de ser de la Iglesia se la encuentra en Jesús. Jesús llegó a ser el Cristo que la Iglesia proclamó resucitado. Pero este Jesús, el nazareno que predicó el reinado de Dios a los pobres, aún debiera inspirar un seguimiento suyo y aguijonear a los cristianos para convertirse al Dios del amor.

Pongo las cartas sobre la mesa. Las fuentes. ¿Cuáles son mis fuentes? He conocido a Cristo en los pobres. Recién entrado a la Compañía de Jesús en 1979, nuestro maestro de novicios Juan Ochagavía nos envió a algunos jesuitas a desarrollar un apostolado en una población pobre de Santiago. Tres años después fui enviado a otra población que, como la anterior, también se había originado con una toma de terrenos. En Roma fui capellán de una capilla pobre en las afueras de la ciudad. Esos mismos años acompañe una comunidad de *Fede e Luce*. A mi retorno a Chile asumí una

capellanía en otro barrio popular. Y, desde 2002 hasta la fecha, formo parte de la Comunidad Enrique Alvear, comunidad que nació en la llamada Toma de Peñalolén. Por años me he nutrido del cristianismo de los más humildes y vulnerables. Otra fuente: la cristología de la liberación latinoamericana. Sigo leyendo cada vez con más interés a Sobrino, Segundo, Gutiérrez, Boff, Trigo, y a las cristólogas: Bingemer y Vélez. La cristología feminista es puro aire fresco. Me falta estudiar a Tepedino. Tercera fuente: la cristología europea postconciliar. Le debo mucho a Rahner, a González-Faus y a Sesboüé. Y, por último, la gracia del "conocimiento interno" de Jesús de los Ejercicios de San Ignacio.

En este libro ha quedado pendiente el desarrollo de tres cuestiones que tienen una enorme actualidad. Estas son el desafío ecológico, el diálogo ecuménico e interreligioso y la catástrofe que han significado para la Iglesia los abusos sexuales, de conciencia y de poder de los sacerdotes, y sus encubrimientos.

Esta es, como digo, una obra sencilla. Simplemente recopilé y mejoré escritos anteriores. La primera sección incluye columnas. Estas, normalmente, me las aceptaron los editores con motivo de Navidad o Pascua. La prensa no acoge hoy tan fácilmente publicaciones sobre Dios, Jesucristo, etc. Es necesario ser amigo de los dueños de los medios o casi, y que se presente una ocasión favorable para que acepten publicar unas líneas. Estas columnas fueron escritas por un "oportunista" y, a veces, sobrecaliente; por lo cual ruego al lector que me perdone el estilo a veces hiriente o desconcertante. Le pido un voto de confianza. Lea entera la columna. No abandone el texto hasta terminarlo. Y luego juzgue.

La segunda sección contiene ensayos. Estos no salieron al paso de asuntos que, sobre la marcha, ameritaran un

discurso en el foro público sobre Cristo, a excepción del que critica la película de Mel Gibson titulada *La pasión de Cristo*. Lo escribí porque no podía dejar pasar la oportunidad de combatir un tipo de teología, la de la película, que ha hecho un daño enorme a la piedad cristiana. Dios no necesita que le crucifiquen seres humanos para salvar. Nadie repara en nada a Dios por sus pecados dándose de chicotazos. Tal vez he sido muy duro con el cineasta. Puede ser. El siguiente ensayo titulado la "Humanidad del Hijo de Dios" es una reedición abreviada de un trabajo publicado anteriormente. He querido resaltar que Jesús no solo ha sido un auténtico ser humano, sino el mejor de todos. Su perfecta unidad con Dios, a diferencia de lo que ha podido pensarse por siglos, no hizo de él un ser más divino que humano o una persona con poderes divinos extras, sino que es necesario entenderla como aquella comunión con su Padre lo llevó a su plenitud de un modo análogo a como la oración, cuando es bien hecha, no aliena a las personas sino que las humaniza. El artículo sobre la "Fidelidad de Jesús" lo escribí a pedido del Centro de Espiritualidad Ignaciana. Presenta a Jesús como el consumador de la Alianza entre Dios y su pueblo. En él, el mediador de la salvación, Dios hace posible el cumplimiento del pacto de fidelidad que el pueblo de Israel no cumplió, y lo que la humanidad no podrá jamás hacer por sí sola, a saber, creer en Dios y serle fiel hasta el final. La fidelidad de los cristianos depende estrictamente de la fidelidad de Dios con ellos. Los dos últimos artículos se refieren al tema que da origen al título de libro, del cual ya hablé: la dialéctica de ida y vuelta de Jesús a la Iglesia, básica de comprender para no llegar a decir "Jesús sí, la Iglesia no".

El ensayo final es el único inédito. Tengo razones para pensar que la revista a la que lo envié no le gustó que

opusiera la Tradición al tradicionalismo. No lo publicó. Recuerdo este episodio porque tiene que ver exactamente con lo que vengo diciendo. La Tradición de la Iglesia tiene máxima importancia para conocer a Jesús, un Jesús que urge a la Iglesia a convertirse y cambiar incesantemente, si quiere evangelizar en los nuevos tiempos. El tradicionalismo, en cambio, al absolutizar lo históricamente relativo, impide avanzar.

Querido lector, lectora: La Iglesia es la única foto que tenemos de Jesús. Se quemó la casa. Lo perdimos todo. No nos quedó nada más. Si quiere usted seguir a Jesús, tome esta foto y escanéela con su corazón. Tiene dos mil años. Fíjese bien: Apenas se distingue el personaje. Este libro conseguirá su objetivo si las nuevas generaciones llegan a reconocer en usted al Jesús que la Iglesia, a pesar de su falta de credibilidad, insiste porfiadamente que resucitó y lo ama para que venga a nosotros su reino.

I

COLUMNAS

NAVIDAD, ORIGEN DE LA FANTASÍA

Para muchos los relatos evangélicos de Encarnación y nacimiento del Hijo de Dios complican innecesariamente la fe. ¿Para qué nos han forzado los evangelistas a admitir hechos que la razón no puede reconocer? Habría bastado contarnos la historia de una persona, Jesús, con quien Dios se identificó hasta las últimas consecuencias. ¿No es esto suficiente? ¿Agregan tales relatos algo de veras novedoso?

¡Por supuesto que narran cosas nuevas! Jesús es novedad pura, inspiración perenne.

No. No deliraban los autores de los libros sagrados al describir los orígenes de su vida; al contárnoslos de un modo fabuloso, como hicieron otros escritores bíblicos para hablarnos de la creación del mundo y de la resurrección del mismo Jesús. Si nadie puede explicar cabalmente por qué paren las alpacas o quién contrató abejas para polinizar los huertos, ninguno estuvo para contarnos cómo fue esa concepción virginal. Al igual que el comienzo de los doscientos mil millones de galaxias, de modo parecido a como brota la vida del otro lado de la muerte, también la Encarnación excede la mente humana. Solo la imaginación y mucha arte pueden expresar su tremendo significado. Como niños pequeños que gustan del papel de regalo casi más que de los regalos mismos, también nosotros gozamos en la celebración de la Navidad capítulos de Lucas, Mateo…, envoltorios de un mensaje maravilloso, original y por eso desconcertante: el Todopoderoso se hace presente entre nosotros como un "todomenesteroso", un Pobre, así, con mayúscula, un dios

con minúscula, falible, tierno, cercano, incapaz de asustar a nadie, ávido de ese otro cuerpo que lo abriga. Así, con cuidado, despacio, llorando como nosotros lloramos, hace irrupción en nuestro mundo el amor en persona.

Es Dios mismo que tiene algo que decirnos. Aprenderá primero a hablar. Es un Dios distinto, un Dios humano, el único verdadero, no es un ídolo, un títere de ventrílocuos. Nada tiene Jesús que enseñar mientras no aprenda de su madre a conversar. De momento, todo es silencio… ¡Miento! Ya habla. ¿Cómo descartar el modo del contenido del mensaje? Este largo y delicado preámbulo, aquel diálogo de corazón a corazón, ¡libre!, del Ángel Gabriel con María la virgen es ya ahora sustancial, novedad extraordinaria entre tantos que imperan sus intereses disfrazándolos de razones. Jesús, la Palabra divina hecha niño, resplandece en las tinieblas de tanta palabrería huera.

El niño acumula autoridad: grita de hambre, gusta el calor, presiente el amor…, adivina sus derroteros. El niño tendrá algo que decir, todavía no sabe qué. Cuando el dolor de los galileos empobrecidos le retuerza el corazón, balbuceará: “No”. Habiendo cargado con la pena de mujeres y enfermos, militares y ricos, oprimidos y excluidos por incumplimiento de la Ley judaica, se rebelará contra la religiosidad de su época. Un ser humano, ¡un Dios! que se rebela contra un tipo de religión farisaica. Este niño abrirá un sendero nuevo. Actuará en conciencia: conocerá la soledad, los enemigos… Su carta fundamental será la misericordia. Después de él nadie será verdadera autoridad sino quien obedezca al amor y modifique la ley de acuerdo a las exigencias de la caridad. ¡Esta es la libertad, don supremo del Espíritu! Por nuestra libertad apostará su vida. Hasta este nacimiento el mundo ha vivido bajo amenaza de palos, mordazas y

destierros, condenado al miedo y a la muerte. De Belén en adelante, la libertad no habría de ser más una concesión de los poderosos, sino el origen de toda norma y el fin de toda conducta.

¡Ven, Señor Jesús! Enséñanos algo de tu creatividad, contágianos tu poesía, afila nuestras lanzas. ¡Cambios! ¡Queremos cambios, muchos cambios! Si fuimos capaces de abolir la esclavitud que parecía tan natural, ¿no podremos cooperar en la liberación de los pueblos originarios, víctimas del "desarrollo" occidental? Me dicen que perdonas pero no olvidas. ¡Infamia! Danos fe para creer que sí perdonas. Crea con nosotros ese orden del perdón que bosquejamos a tientas. Disipa la esclerosis de nuestra alma, flexibilízanos. Sácanos de una vez por todas de la Edad Media.

¡Bienaventurados los evangelistas! Sus relatos de Navidad rescatan la creatividad de Dios amenazada más que nunca. ¿Cómo de otro modo habríamos sabido que Jesús es la palabra más dulce de misericordia dicha a la miserable historia humana? La vida se está poniendo muy pesada, luces vemos pocas, el planeta se apaga. Trabajamos demasiado, gozamos poco. Dos cosas te pido, Jesús, y no molesto más: no nos quites la rabia y danos tu fantasía. Sobre todo fantasía. Tú la tienes, tú la eres. ¡Te esperamos, Señor!

JESÚS, HIJO DE GALILEA

La Navidad nos saca del alma los mejores sentimientos. Tal vez el más grande de ellos —sentimiento y actitud ante la vida—, es la esperanza. Puede ocurrir lo peor, pero volvemos a creer en el ser humano. Las derrotas del año, entre Navidad y Año nuevo, ocuparán el lugar que les corresponde. La vida no tiene derecho a humillarnos. Las humillaciones sufridas no debieran nublarnos el porvenir. Esta fiesta nos recuerda la inmortalidad de nuestra dignidad. La memoria de una mujer humilde, su familia modesta, reaviva en nosotros anhelos de amor y de paz, alienta nuestra esperanza.

María de Galilea, de la humillada Galilea, explica la humildad de Jesús. La calidad de la esperanza cristiana, por lo mismo, depende de la sencillez de una familia de carpinteros de Nazaret. Los "mansos heredarán la tierra", proclamará Jesús, después de haber discernido en su corazón cómo ser humilde, y después de haber desechado otras posibilidades. La Galilea de entonces fue una zona especialmente humillada. A todo Israel, los romanos le pusieron la bota encima. Pero la Galilea era especialmente pobre, la más oprimida de las provincias.

¿Qué pudo hervir en el corazón de los galileos de la época? ¿En el de María y José? La humillación es una experiencia histórica reiterada. La sagrada familia fue una familia humillada como lo fueron los vecinos de Nazaret, de Cafarnaúm o de Caná. La humillación, cuando se da, se da. Es un hecho, un daño, una herida que deja cicatriz. Otro asunto es cómo se la procese. Las superaciones de aquella humillación han podido ser cuatro:

- Primera, la rebelión contra los opresores. Los zelotas tomaron las armas contra los romanos. La violencia revolucionaria es una constante en la historia humana. La reacción contra la opresión si no es justa, es comprensible. Fue en Galilea donde fraguó la resistencia violenta contra Roma.
- Segunda, puede ser la simulación, la identificación con el agresor, la internalización de las ideas y costumbres del imperio de turno por temor a sus soldados o para abrirse un camino de sobrevivencia. Seguramente hubo judíos que cedieron al encanto de la *Pax romana*. Lo habían hecho ya con los griegos, los persas y los babilonios. Los saduceos se acomodaron a los romanos. Pero en su caso la sumisión no les fue miserable. Las familias aristocráticas y ricas de Jerusalén encontraron la manera de acomodarse a la dominación romana. Sacaron ventaja social y económica a este arreglo. Estuvieron, por cierto, prontas a crucificar a un inocente, si diera señales de ser el mesías. No tolerarían una amenaza a la tranquilidad de Palestina. El arreglo con los poderosos en cualquier época ha parecido conveniente.
- Tercera, ha sido seguramente tragarse la humillación. Los pueblos oprimidos han solido interiorizar la violencia y dejar *piano piano* que el odio los dañe. El odio pudre e incluso mata. Los oprimidos de entonces, y de todas las épocas, han podido somatizar el miedo y la amargura, doblarse y aceptar resignados el futuro como una fatalidad.
- La cuarta salida de la humillación ha podido ser cristiana. Los cristianos en Navidad celebran la humildad. Creen que María, la galilea, inculcó en Jesús esta virtud. Así lo dan a entender claramente los textos bíblicos.

> María ha debido liberar a su hijo de la vergüenza de ser pobre. La madre debió recordarle una y otra vez que nació en un pesebre. José, su padre, debió enseñarle a manejar con orgullo las herramientas. El niño ha debido sacar de ambos la convicción de su dignidad: él supo que no vino al mundo a pedir permiso ni a pedir perdón. Debió aprender lo uno y lo otro, pero no como un encorvado incapaz de mirar a los principales a los ojos. Tampoco como un amargado. Este ser humano encaró un día la muerte no como un cordero llevado al matadero, sino como un joven bendecido por el cielo y las estrellas, un señor al servicio de los miserables y de la reivindicación del honor de su pueblo.

La humillación sigue su curso por siglos. Ejemplos: la mujer traicionada por el marido, y viceversa; los habitantes de Alepo sitiados a fuego y estruendos; los sacerdotes en tiempos catastróficos para su credibilidad. Para ellos, y otros, el Cristo que viene al mundo esta Navidad, al igual que la galilea de Nazaret, debió procesar interiormente la humillación de sus compatriotas: adoró al Dios que levanta a los humildes y abominó a los "dioses" que pisotean al ser humano. Su madre le contagió su amor a los pobres, lo corrigió tal vez para que no mirara nunca a nadie hacia arriba ni hacia abajo. Ella hizo de su hijo un hermano; un ser humano que, por haber compartido el miedo y el desprecio de los galileos, por haber cosechado en esta región de Palestina la humildad, supo comprender las penosas excursiones de la opresión y perdonarlas; un samaritano, que sin pretensión alguna de superioridad, devuelve al prójimo la esperanza en la tasa exacta de su menosprecio, de su abandono, de su desesperanza o de su desesperación.

NACE JESÚS, ¿RENACERÁ EL CRISTIANISMO?

Otra vez se siente el aire fresco de Navidad. Pero hablemos en serio. Al menos la Iglesia Católica, en el área del cristianismo que más conozco, se haya en crisis. No leve, grave.

Las señales las detecta cualquiera: caída estrepitosa de la pertenencia eclesial de los jóvenes, falta de credibilidad de los obispos y de nosotros los sacerdotes, disminución en picada de las vocaciones sacerdotales, extinción progresiva de la vida religiosa femenina y aversión general a lo eclesiástico.

Las causas de la crisis pueden ser varias y es muy difícil asignarles porcentajes. Se dice que en las sociedades en las que el mercado se expande y el dinero llega a ser el instrumento de intercambio social, se producen procesos de individuación que acarrean malestar en contra de las instituciones. Ciertamente el cristianismo, religión esencialmente comunitaria, sufre con el individualismo de sus fieles. El católico hoy es más protestante. Se para ante la autoridad con espíritu crítico. Le pide explicaciones. Espera argumentos.

Años atrás se pensó que el problema del catolicismo chileno era la falta de clero. Hoy, en cambio, el problema parece serlo un clero que, conforme la cultura cambia, se va quedando atrás. Los laicos le entienden cada vez menos. El botón de muestra son las quejas contra las prédicas: les sobra teología y les falta experiencia. En *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco dedica varios números para enfrentar este déficit. Pero este problema parece tener que ver con una formación sacerdotal que no vincula la Tradición de la Iglesia

con una capacitación para atender a los signos de los tiempos y responder a la vida real de la gente de nuestra época.

¿Renacerá el cristianismo? Nadie lo puede decir. Me gusta pensar que rebrotará siempre que haya cristianos que se expongan, como Jesús se expuso, a las vidas de sus contemporáneos. El mismo Papa Francisco con la encíclica *Laudato si'* ha abierto al cristianismo las puertas para recuperar la pertinencia histórica perdida. Urge un cristianismo sensible al mega signo de los tiempos que significa la catástrofe medioambiental, uno que oiga "el grito de los pobres y el grito de la tierra". Los cristianos tendrían que aprender a reconocer los mecanismos deshumanizantes del capitalismo y, a la medida de sus posibilidades, generar un mundo fraterno y sustentable. A ellos es exigible, como a nadie, una conversión espiritual: un cambio de estilo de vida y tomas de posición políticas, es decir, responsables con el planeta y el prójimo universalmente considerado.

A mi parecer, *Laudato si'* impulsa a los católicos a conjugar su cristianismo a distintos niveles. Renacerá este cristianismo insípido que tenemos, si hay personas que lo conjuguen con el mundo animal, vegetal y mineral, con el cosmos, como si Dios aún pudiera hablar a través de sus creaturas; si los cristianos conjugan su fe con las ciencias más diversas y dialogan con ellas sin demonizarlas; si conjugan su credo con las creencias de todos los pueblos y de las religiones sin exclusión; si se miden con el ateísmo y sobreviven. Pocas cosas habrá más necesarias que las bautizadas participen en su Iglesia como protagonistas y no más como jugadoras de segunda división. Las mujeres no pueden seguir siendo personajes de reparto.

No me imagino, en todo caso, un cristianismo no eclesial. ¿Renacerá Cristo en comunidades en que se viva la

fraternidad de los hijos y las hijas de Dios? Lo espero. Pero no creo en un cristianismo no católico. No se me entienda mal. Católico (καθολικός) significa "a través del todo". Espero que la Iglesia se realice en virtud de todos y sea favorable a todas las maneras de ser humanos.

DIOS ES GRATIS

En esta época nuestra dominada por el Mercado no todo tiene precio. Los cristianos sabemos que hay una dimensión de la vida, la dimensión más profunda de la vida, que no se rige por el "yo te doy, tú me das". Sabemos que la gratuidad existe. Lo hemos experimentado. Estamos convencidos de que esto es real. Tan verdadero como que el perdón reconstruye parejas, familias y países; como que un enfermo revive cuando lo vienen a visitar. Los cristianos sabemos que ninguno de nosotros se merece el mundo que habitamos; ni la naturaleza en todo su esplendor ni la esposa ni los hijos. Por esto agradecemos a Dios, de quien proviene lo que somos y tenemos. Lo nuestro es recibir y agradecer. Es dar, sin esperar recompensa. Es dar mil cuando alguien nos da cien; y recibir diez a cambio de mil, cuando al prójimo no es posible más.

La alegría más profunda del cristianismo tiene que ver con vivir la vida en el registro de la gratuidad. Los cristianos no desconocemos la importancia del registro mercantil. En este ámbito, el de las relaciones comerciales y laborales, es absolutamente necesario que rija la justicia. Las cosas y muchos servicios tienen precios. Y está bien que los tengan. Tienen que darse y respetarse las equivalencias. Sin estas la vida en sociedad podría ser un caos. Pero hay otro orden de realidad que no puede ser descuidado porque es clave para nuestra felicidad. El orden del amor y de la misericordia. ¿Quién puede impedir que un empresario pague a sus trabajadores el doble de los precios de mercado? Puede ser que no le convenga. Esto, sin embargo, no lo obliga a nada. Lo

distintivo del cristiano es pagar más, aunque se salga perdiendo. Jesús lo dio todo y salió perdiendo.

En Navidad celebramos que Dios es gratis. Nadie lo merece. Nadie podría estar en condiciones de obligarlo a regalársenos. Pues Dios no tiene precio. Es gratis. No simplemente que nadie tenga algo que dar a cambio suyo. Dios, en Jesús, es incomparablemente libre. En el pesebre Dios se nos da en suma pobreza. Por tanto, no hay ilusión posible. Este regalo solo se lo puede recibir. Se lo recibe, cuando lo acogen los pobres, quienes nunca tienen cómo forzar una prestación. Dios es gratis. Los ricos, en cuanto ricos, no podrían jamás comprarlo o compensarlo adecuadamente. No vendría al caso. Dios es gratuito. Se le corresponda con mucho o con poco, solo se le corresponde gratuita y desinteresadamente.

Dios en el pesebre no se ofrece a precio alguno. Simplemente se ofrece, como quienes no tienen nada que dar más que a sí mismos. Si se lo acoge, se sabrá de quien se trata. Se tratará de Dios, en todos casos, si el modo de acogérselo es compartirlo con la misma generosidad del Creador.

DE LA SAGRADA FAMILIA A LA FAMILIA HUMANA

Es asombroso que Dios haya entrado en la vida humana mediante una familia como las nuestras. Llama la atención la normalidad de Dios. ¿De qué normalidad se trata? La familia escogida fue tan pobre, tan común, como la inmensa mayoría de las familias del planeta. Pero, en realidad, la normalidad de la familia de María, José y Jesús consistió en ser tan anormal como muchas de nuestras propias familias e incluso más. Lo más sorprendente es que Dios, en vez de intentarlo todo de nuevo y de la nada, haya contado con la desintegración de la sagrada familia, con los restos de Israel, para levantar la Iglesia, la comunidad que inaugura la familiaridad de toda la humanidad.

Es difícil decir qué sea una familia "ideal", aunque una buena idea de familia ayuda a buscarla, a encontrarla y, por cierto, a disfrutar de tantos bienes que ella facilita. Pero la familia ha cambiado mucho a lo largo de la historia. A veces pudo ser la tribu. Otras, un familión que incluía a primos, tíos y abuelos. Ahora último parece legítimo excluir a los ancianos. Los cambios que se avizoran para el futuro próximo son preocupantes. En lo inmediato, vistas las cosas de cerca advertimos que en las familias hay problemas: discordia entre los esposos, violencia con los hijos, un adolescente drogadicto, una soltera embarazada, el marido cesante, la madre estresada, más de un abuso sexual, etc. Los roles cambian. Una mujer suele hacer de *pater familias* de un grupo humano considerable. Tantos que viven en soledad, en cambio, consideran familiares a sus animales… ¿Cuánto dura una

familia? ¿Cómo hay que considerar a los separados vueltos a casar o los que nunca se han casado y viven juntos? Aunque se diga que tales irregularidades no constituyen "familia", a ellos la sagrada familia abre otra oportunidad.

La sagrada familia tuvo un comienzo crítico y un final dramático. Hagamos memoria. Dios mismo hizo las cosas difíciles al pedir a María ser madre virgen de Jesús. El castigo para una novia que quedara esperando de otro hombre era morir apedreada. María se arriesgó. Antes de tomarla como esposa, José pudo denunciarla, estaba en su derecho, quién sabe si quiso hacerlo. El parto fue a lo pobre. Los primeros años transcurrieron en el exilio. Dice la tradición que José murió poco después. La familia quedó trunca. Tal vez la Virgen y el niño partieron a vivir de allegados con otros parientes, arrinconados, pidiendo permiso y perdón por cada respiro. Por último, el mismo Jesús, la luz de los ojos de María y la esperanza de liberación de su pueblo, murió condenado a muerte con la peor de las penas. A los pies de la cruz, la Virgen contempló el fracaso final de su familia. María supo en carne propia lo que significa perderlo todo, marido e hijo.

La sagrada familia compartió la suerte de las familias más golpeadas. Pero en algo fue distinta. En ella Dios predominó de principio a fin. Por la fe de María predominó en María. Por la justicia de José prevaleció en José. Por la dedicación completa de Jesús a las cosas de su Padre, nunca antes ni tampoco después el amor de Dios estuvo tan a la mano. Pero fue a través del fracaso de la sagrada familia, así de increíble, que supimos de la familiaridad de Dios con toda la humanidad. El día que Jesús dijo a María, señalando desde la cruz a su discípulo más joven: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" y a Juan: "Ahí tienes a tu madre", la Iglesia despuntó como la nueva familia humana. Comprendieron entonces los

demás discípulos, muchos de los cuales habían dejado padres, esposas e hijos por el reino, que también ellos tenían a la Virgen por madre y por Abbá al Padre de Jesús, y que su misión no era otra que anunciar al mundo su hermandad más profunda. La Iglesia representa la superioridad de la familia humana sobre la familia sanguínea. La Iglesia es la humanidad que pone en práctica la vocación de toda comunidad, grande como el entero género humano o pequeña como un piño de mendigos, a comenzar de nuevo pero no de cero, sino con los que somos, mediante la acogida y el perdón.

Para los que han tenido una familia más anormal de lo normal, para las familias quebradas y para los quebrados por su familia, la Iglesia es en Navidad el Evangelio puesto al día, la mejor de las noticias. Con lo que quedó de la sagrada familia, María y el hijo muerto en sus brazos, Dios comenzó de nuevo. En Pentecostés, por la efusión del Espíritu de Jesús resucitado sobre los apóstoles reunidos otra vez con María, Dios inauguró la Iglesia para que extendiera su paternidad a todas las razas de la tierra. Partos, medos, elamitas, mesopotámicos, judíos y capadocios, habitantes del Ponto, de Asia, de Frigia, de Panfilia y de Egipto, venidos de Libia, forasteros romanos, cretenses y árabes, fueron invitados a integrarse a la comunidad naciente, la nueva sagrada familia, abierta a todos, principiando por los pobres, los predilectos del reino. Este fue y este es el Evangelio: buena nueva también para los extraños. La Iglesia anuncia el Evangelio cuando en ella encuentran un hogar los que nunca lo han tenido o lo perdieron, las viudas, los huérfanos, los solteros, las temporeras, las "nanas", los allegados, los divorciados, los exilados, los inmigrantes y los refugiados, lleguen solos o tomados de la mano, con o sin los papeles al día, creyendo ojalá o queriendo creer al menos que Dios es Padre e incluso Madre.

LOS REBELDES RENACEN EN NAVIDAD

Jesús es un descubrimiento de personas que, antes y después de su muerte, siguieron a este judío notable y que, en los años sucesivos, lucharon por un mundo distinto convencidos de que su líder había resucitado. Estas personas, digámoslo así, desde hace dos mil años han reconocido en un pesebre al Cristo que de algún modo esperaban. Los pastores, gente menospreciada en esa época, intuyeron que algún día Dios les haría justicia. La humanidad sufriente de todos los tiempos, al igual que los pastores, ha esperado que alguna vez alguien le haga justicia. El caso que esas pobres gentes, menospreciadas por pecadores, se arrodillaron para reconocer en el niño que yacía en pañales al Hijo de Dios.

En Navidad la Iglesia se arrodilla ante el mismo niño, pero en circunstancias completamente nuevas. Jesús renace. Como entonces, nuevamente habrá de reconocérselo. Unos podrán, otros no. Unos harán de pastores, de reyes magos, de María y de José, y otros posiblemente de herodianos.

Este año 2018 ha sido un año turbulento. ¿Dónde renace el Cristo que puede renovar a los cristianos tanto como a los que no lo son? La Iglesia se rebela contra la institucionalidad eclesiástica. Los católicos no tolerarán más los atropellos clericales. Junto a las víctimas, claman justicia por abusos sexuales, psicológicos y espirituales, todos abusos de poder, sucesivamente encubiertos. Llegó para las personas abusadas la hora de la verdad y la justicia. Nunca debieron padecer los vejámenes con que fueron denigradas.

Los católicos en el mundo entero están creciendo en humanidad y siguen humanizándose en tanto aguzan sus sentidos para cuidar a los inocentes y a las personas inermes, y van generando leyes y protocolos que los custodien.

Este mismo año, en Chile y otras partes del mundo, se han dado brotes de rebelión femenina/feminista que auguran otros progresos en los modos de tratarnos. ¿Cómo no va a ser un renacimiento que haya mujeres que se estén atreviendo a repudiar prácticas y normativas que las humillan o marginan por el solo hecho de ser mujeres? En la medida que esta rebelión cuaje en una cultura más incluyente e integradora los varones también mejoraremos. La opresión de las mujeres nos perjudica a todos.

Estos últimos meses, a casi 500 años de la conquista de la Araucanía, el pueblo mapuche resiste. Cristo renace. Los mapuche aguantan con una tenacidad centenaria la invasión occidental, chilena, religiosa, narco, estatal, forestal y progresista. El que afloja, pierde. Si nuestros hermanos mapuche mantienen alta la bandera del cultrún, el país llegará a entender que su cultura puede enriquecernos de un modo insospechado. Su rebelión contra las múltiples violencias que los aquejan, es asumida como propia por muchos chilenos.

¿Quién se arrodilla esta Navidad ante el pesebre?

Si Jesús renace, unos se inclinarán y otros no. No es obligación hacerlo. Pero una cosa está clara: no se puede venerar al judío del siglo I y desconocer al Cristo del siglo XXI.

"Que llegamos siempre tarde donde nunca pasa nada", dice Serrat en una canción, si no recuerdo mal.

Tengo un ateo dentro de mí. Es mi otro yo. Somos amigos, muy amigos. No exagero. Nadie me cuida más de la pérdida del sentido de la realidad que nos está devorando. Conversamos. Discutimos.

Anoche en sueños mi amigo ateo me dijo: "Semana santa". "¿Y qué?", le respondí. Como no lo voy a saber. Soy cura. Tengo en la agenda el retiro que debo dar el viernes y el sábado, el vía crucis, la misa de Pascua, etcétera, lo típico. "Lo típico no debiera ser típico". Me rebatió mi amigo ateo. "Este es un grave problema en el clero. El cura tiene que ayudar a redescubrir lo atípico en lo típico". No le entendí bien.

Mi amigo ateo se explayó. "Pon atención a lo que está ocurriendo con los contemporáneos sea cual sea su pelaje. El futuro, el afán porque sus hijos sean más que ellos, que sean universitarios, por ejemplo, ha comenzado a alienarlos a ellos y a sus mismos hijos". La conversación fluyó con facilidad. También yo pude compartir mis ideas.

La humanidad se encuentra en una competencia feroz. No solo hay que hacerlo mejor que los demás. Es imperioso adelantárseles. El secreto de la derrota de los otros está en la velocidad. Esta, que es el motor de la actividad empresarial y comercial, ha contaminado las otras áreas de la existencia. La vida se acelera. ¿Quién va ganando? ¿Para qué? Ya lo olvidamos. En verdad, van ganando los psiquiatras y

los psicólogos. “Las pastillas contra la ansiedad”, precisó mi amigo ateo. Los lentos están condenados a recordar sus derrotas.

“La calidad del tiempo se degrada”, sentenció mi amigo. No hay posibilidad de parar, detenerse, respirar, mirar hacia arriba, hacia el lado. Mirar para atrás es un riesgo mortal. “Corre, corre, la guaraca, al que mira para atrás se le pega en la pelá”, decíamos cuando niños. Correr y olvidar. Olvidar para correr. Correr todavía más rápido. Es la única manera de ser intrascendentes y de esto, tristemente, se trata. Solo queda enfocarse en el futuro aunque no nos lleve a ningún lado, porque todo se vuelve irrelevante. Todo, menos apurarse. Los descansos, el ocio, adentrarse en la realidad que pudiera subyacer al realismo tóxico que nos ingiere, son solo combustible para funcionar más rápido y mejor. Si el invento del reloj puso en jaque la eternidad, el cronómetro con que se nos controla de día y de noche ha trivializado el tiempo por completo. Cronos devora a sus hijos. Es lo que nos ha tocado vivir. Este es nuestro tiempo: la negación del tiempo. Cronos devoró a su hijos cuando venció al kairós. “Alienación”, concluye mi amigo ateo. “No hay dónde ponerse. Solo queda abstraerse”.

Con esto me quedo. La Semana Santa es una ocasión para interrumpir un modo vivir la temporalidad que traga nuestras acciones y las evacúa como estiércol sin llanto alguno. Incluso un ateo creerá que es sensato parar, interrumpir el curso del año, para recordar a Jesús, siempre y cuando se lo haga para traer a la memoria que él es el representante de las víctimas de la carrera acelerada por la vida. Nadie que quiera correr más rápido que sus competidores puede detenerse a recoger a los perdedores. Fueron más lentos, más lerdos, perdieron. “¡Mala suerte!”, se dice. “No me carguen

JESUS ANTES Y DESPUES 1 DIC.indd 38 02-12-19 9:38 p.m.

una culpa más. No la soporto", agregan. Es comprensible: "No me dan las fuerzas para llevar a nadie al apa".

Jesús lleva a la humanidad al apa. Esta es la diferencia. No se fuga de la historia, pero va más despacio, recogiendo a los perdedores y sus bultos.

Es precisamente esta imposibilidad de cargar con nuestros muertos, esta imperiosa necesidad de olvidarse el ser humano de sus pesos, esta condena a la intranscendencia que sufrimos, la que me mueve a resistir.

Resisto. Aun si no tuviera fe, no podría dejar de recordar a Jesús.

La Semana Santa, para quien lo quiera, es un esfuerzo por cancelar la vivencia irrelevante del tiempo para que irrumpa un tipo de tiempo más duradero.

NECESIDAD DEL ANTECRISTO

Escribo del Antecristo. No sé si lograré expresarme. Se me perdone. No quiero molestar. Pero se trata de algo importante.

El Antecristo es distinto de Cristo y del Anticristo. El Antecristo es el Cristo anterior al Cristo resucitado en que creemos los cristianos. Es Jesús antes de ser proclamado por la Iglesia Mesías de toda la humanidad, tras su resurrección de entre los muertos. El problema es que, en este paso, los seguidores de Jesucristo nos apropiamos muy rápido de la victoria del resucitado y, como por arte de magia, la convalidamos por cualquier éxito terreno, comenzando por la adquisición de riquezas y siguiendo por la acumulación de poder. ¿No es su éxito, en cierto sentido, una traición a la solidaridad de Jesús con quienes murieron sin razón ni esperanza alguna? Lo es, sí, cuando se olvida que Jesús murió de verdad y que esta muerte suya no fue un trámite que cumplir antes de volver a la vida.

El Antecristo es Jesús así no más. Sin resurrección. Un hombre corriente, pero digno de fe. Fiable. Una persona que no obstante su fragilidad humana sacó fuerzas, nadie hoy sabría decir de dónde, para solidarizar con los palestinos de su época. Hablo del palestino del siglo I que cargó con los agobiados por los impuestos y que se acercó a los marginados por sus enfermedades, a los despreciados por su irreligiosidad, a los pecadores de todo tipo y a las víctimas de la aristocracia de Jerusalén, para integrarlos a la sociedad que los excluía. A este galileo lo mataron los romanos, no los

pobres. Lo asesinaron a instancias de los expertos en Dios, fariseos y saduceos que administraban la salvación. No podía ser que un israelita de a pie reclamara para sí una relación con Dios tan íntima como para llamarlo Padre; y exigir, en virtud de esta relación, a justos y pecadores, una hermandad universal. Quienes a futuro se supieran "hijos" e "hijas" de Dios, amados incondicionalmente por Él, no tendrían por qué acatar al *establishment* religioso que trocaba la salvación por buenas obras y sacrificios tasados en dinero.

Este, sin más, fue y sigue siendo el Antecristo. Fue, porque lo asesinaron y hoy muchos, a pesar de su fracaso final, lo admiran e igual siguen sus pasos. "Creen" en él, aunque no lo tengan por Hijo de Dios. La fe de estos se escribe con minúscula, es humilde. Pero con esta fe casi insignificante ellos luchan por la fraternidad humana. A este tipo de personas, a los admiradores no-cristianos de Jesús, se les reconoce cuando se les ve amar a su prójimo y cuando aborrecen las explicaciones baratas al sufrimiento del mundo. Esta "fe" suya en el Antecristo, pienso, constituye el fundamento de la fe en Cristo resucitado. Todo creyente debiera hacer suyas las razones que tiene cualquier ser humano honesto para no creer en Dios.

El Anticristo, en cambio, es todo lo contrario. Este reclama fe con mayúscula, pero no la merece. El Anticristo es simplemente mundano, aun las veces que se reviste de sacerdote. Se lo reconoce, por ejemplo, en los presbíteros que olvidan al Antecristo de ayer y de hoy, en los ministros del altar que ofrecen a Dios una víctima cuya historia, para que no se recuerde su asesinato, debe ser borrada. El Anticristo, por esto, no es digno de fe. Merece la misma fiabilidad de los mercados: traiciona a la primera de cambio. Su confiabilidad es insegura, no es leal por naturaleza. No daría la vida

por nadie. Es un ídolo, un dios falso, porque promete éxito pero no cumple y, si lo hace, puede hacerlo con cheques sin fondo. Cuando es cura, el Anticristo alardea con la resurrección de Cristo, pero olvida a los crucificados por los prepotentes de esta época y de los fracasados de todos los tiempos. Nadie representa mejor al Anticristo que Mammón —como lo llamaba Jesús— el ídolo del dinero. Este es el "dios" de quienes trafican en monedas el poder con que se imponen a los demás. El Anticristo jamás amaría a los pobres. Los compra para venderlos.

El Antecristo es casi Cristo. No son el mismo, pero nunca debiera separárselo de él. La autenticidad de la fe en Cristo se injerta en el impacto que Jesús produjo en las gentes de su tiempo, creyeran luego estas en su resurrección o no. ¿Qué ofrece el Antecristo a Cristo? Es su salvaguarda. El recuerdo del Antecristo impide olvidar a los que han esperado en los demás y han sido defraudados. Sin este recuerdo, la Eucaristía nunca sería *Memoria passionis*, conmemoración de la proclamación del reino de Dios a los desesperados y de la lucha de Jesús por demostrar la practicabilidad de las bienaventuranzas. El Antecristo ofrece a la fe en Cristo una resistencia irreductible. Sin esta, los cristianos se alienan. La fe en Cristo lleva dentro de sí la fe de los defraudados, o no es fe cristiana.

¿Qué agrega la fe en Cristo a la admiración por el Antecristo? Nada que no haya de encontrarse en lo hondo del corazón de las víctimas del Anticristo. La fe en el Hijo de Dios, fe en Jesús resucitado, equivale a creer que la fe con minúscula tiene un valor eterno. El puro grito desesperado de pueblos enteros que hoy y ni hoy ni nunca ha encontrado respuesta en este mundo, grito que se puede intentar suavizarlo con la proclamación del Resucitado, precisamente

despeja la posibilidad de creer correctamente en la resurrección. La fe en el Dios encarnado es expresión de la esperanza de justicia para estos mismos pueblos y para cada víctima considerada singularmente. Cristo arraiga en el Antecristo. La proclamación de su resurrección solo pueden hacerla quienes han tenido poderosas razones para no creer en ella. El Antecristo ofrece, además de la carne herida, la gramática de lo que puede significar la verdadera fe en Dios y la fidelidad entre los seres humanos.

Me perdonarán los lectores si no logro darme a entender. Toco el tema y trato de explicarlo porque el cristianismo, mi cristianismo, cruje y a menudo pienso que los cristianos le hacemos el juego a los todopoderosos.

Jesús desenmascaró el engaño de su tiempo: la falsía religiosa. Esta no soportó su insolencia. Lo mató. ¿Murió?

Se dice que Jesús logró huir al Tíbet, que murió de viejo, que se lo comió el Yeti… ¿Sí? No, ¡leseras!

En el Israel de esa época dos grandes instituciones regían la vida de las personas. La Ley y el Templo. Ambas vías hacían accesible a Dios. Ambas eran exigentes al pedir amor a Dios y al prójimo. Pero el cumplimiento de la Ley pedido por los fariseos se había vuelto agobiante. Nadie habría sido capaz de observar los innumerables preceptos generados por ellos para cumplirla. Cumpliéndola, eso sí, se obtenía ubicación y prestigio social.

El Templo, a su vez, estaba en manos de los sacerdotes pertenecientes a la clase de los saduceos, la aristocracia de Jerusalén. De estos dependía la realización de los sacrificios gratos a Dios. Pero los saduceos habían convertido a Dios en su "producto". El mercadeo se hacía en los atrios del Templo. Los sacerdotes, a través de sub-contratados, vendían a los peregrinos los animales para los sacrificios. Estos debían ser puros. Pero solo ellos vendían animales puros. Monopolio. Había además intermediarios que cambiaban monedas romanas por judías. Pero, ya que en el lugar sacro no se podía pagar con dinero pagano, ellos autorizaban a los cambistas a hacer las conversiones y, por supuesto, cobraban una comisión. Este negocio, se entiende, también les pertenecía. Esto y aquello sin contar los impuestos que cobraban los mismos sacerdotes. Si lo propio de la mafia es generar una mentalidad que naturaliza prácticas indebidas, el Templo operaba bien

porque normalizaba todo un mundo de autores, cómplices, encubridores, y de víctimas inocentes, obligadas también estas a hacer funcionar el mercado religioso. María y José no pudieron no comprar y no ofrecer en el Templo dos pichones en agradecimiento a Dios por el nacimiento de Jesús.

Hoy no sucede así. Sin embargo, pueden darse semejanzas. Porque la tentación de usar a Dios, de vender "dios" en libros o especies, es tan antigua como los ídolos y siempre tendrá futuro. La lógica mercantil del "pasando y pasando" puede infiltrarse en la fe de la gente: "me porto bien, Dios no me castiga; me va mal, es que algo hice". Pero la lógica mercantil es exactamente contraria a la lógica del Señor del judeo-cristianismo. El Dios de Jesús ama a los pobres que no tienen con qué comprar y perdona a los pecadores que no pueden jactarse ante nadie de sus buenas obras. Por esto el cristianismo debiera ser "gratis". Por esto caben protestas como la de la canción de Sui Generis: "Dios es empleado en un mostrador: da para recibir".

Jesús, dicen las Escrituras, sacó a latigazos a los comerciantes del Templo. Arruinaba así el gran negocio de los potentados de Jerusalén. No atacaba tan fuertemente a los vendedores de palomas como al sistema y la mentalidad mercantil que había traicionado la fe de Israel. Se sabe que esta fue la gota que rebalsó el vaso. Lo mataron. ¿Lo mataron?

Dicen también las Escrituras que su última expresión en la cruz fue un grito. Gritando, pensamos, se hizo diputado de los que claman agobiados por deudas monetarias o por deudas morales. A Dios nadie le debe nada. Tampoco Él debe nada a nadie. Por esto la Iglesia ha de acoger en primer lugar a quienes no tienen con qué intercambiar. Cuando no lo hace, otra vez se entiende por qué mataron a Jesús.

¿Lo mataron? Sí. Pero vive. No en el Tíbet, sino entre quienes mueren unos por otros.

¿UNA IGLESIA SIN EUCARISTÍAS?

Imaginemos que entra en la humanidad un virus letal que mata a la tercera parte de los seres humanos y, por una razón desconocida, mueren todos los sacerdotes, todos los obispos y el Papa. El desastre eclesial que se produce es mayor. Los cristianos se encuentran completamente desorientados.

Pero, una vez que vuelve la calma, surge la necesidad de continuar juntos. He aquí que en distintas partes del planeta en que la Iglesia aún está presente, se plantea la misma pregunta: "¿quién celebrará la eucaristía?". El sacerdote al consagrar la hostia, alzándola lo más posible, les daba una sensación de trascendencia extraordinaria. Ahora en cambio experimentan un vacío que no saben cómo colmar. Les parece que no hay Iglesia sin lectura de las Escrituras y sin poder comulgar con Cristo. ¿Qué pueden hacer para recordar la entrega de Jesús, su muerte y su resurrección? Sin rememorar a Jesús y sin compartir su mesa, piensan, el cristianismo se licuará dentro de poco. Seguirá habiendo fe, sí, pero no en el Dios en quien Jesús creyó.

Hace tiempo que vengo escuchando de comunidades que no tienen un sacerdote que celebre en ellas la eucaristía. Me dicen que en Brasil el 70 % de las comunidades carecen de él. Me parece que, puestos los ojos en el futuro, debieran ya ahora ensayarse nuevas modalidades de celebrar fraternalmente la fe.

Sé de una comunidad que se reúne una vez al mes: sus integrantes deciden allí mismo quién puede presidir la celebración eucarística, llevan pan y vino corrientes, cuentan

con una plegaria eucarística que se consiguieron creo que en Bélgica, comparten lo que está ocurriendo en sus vidas y, por supuesto, leen y comentan entre todos la Palabra. Llaman a estas reuniones "eucaristías" como si realmente lo fueran. Los motivos para hacer algo así son varios. Pero ellos, por de pronto, no soportan más el modo en que los párrocos y otros curas celebran la eucaristía. Les parece que, conforme cambia la cultura, las maneras de hacerlo traicionan cada vez más la intención del Vaticano II de dar participación a los fieles. La fundamentación teológica para proceder así es esta: en el sacramento del bautismo, aseguran, están contenidos todos los sacramentos de la Iglesia. Los bautizados y bautizadas pueden eventualmente extraer de su sacerdocio bautismal el servicio sacerdotal y actualizarlo. En los mismos cristianos, dicen, la Iglesia se da en plenitud.

Este caso me ha hecho pensar en la posibilidad de realizar comidas eucarísticas. No en reemplazo de las eucaristías propiamente tales, sino a modo de complemento. Pienso en cenas al atardecer, a la hora del recogimiento, que recuerden que Jesús comía con todo tipo de personas. Los fariseos, que cuando comían hacían grupo aparte, decían de él ser "un comilón y borracho, amigos de publicanos y pecadores" (Mt 11, 19). Estoy pensando en personas que se empeñan en un camino comunitario de seguimiento de Cristo; que no tienen dónde ir a misa porque carecen de una iglesia cercana; que no están dispuestas a que el cura las reprenda en público; que la liturgia de la Iglesia se les ha vuelto un rito huero e insoportable; o que sufren con que sus hijos sean hoy alérgicos a la religión y quisieran ellas ofrecerles otra manera de entender la comensalidad cristiana. En estas comidas podría contarse con una pauta elaborada por la misma comunidad: comenzar y terminar con el signo de la

cruz, preparar lecturas con anticipación, crear un momento de silencio profundo hacia el final, y comer, tal cual, comer y conversar sobre la vida, sobre lo que ocurre en el país, el mundo y la Iglesia igual como se hace en las comidas entre amigos, solo que esta vez con un explícito propósito de dar gracias al Señor. ¿Pudiera resultar y hacer memoria de él y de su entrega?

Estamos lejos, ¿o no tanto?, de la situación descrita al principio. Ningún virus hace peligrar a los sacerdotes. Pero los eclesiásticos estamos haciendo peligrar a la Iglesia. Esto, a la vez, hace pensar que en los próximos cincuenta o setenta años, si se mantiene la tendencia de disminución de vocaciones, habrá poquísimos ministros que puedan celebrar la eucaristía.

Espero que el Papa Francisco pueda ayudar a reflotar los episcopados y los católicos recuperen la confianza en sus autoridades. Igual así, creo conveniente ensayar nuevas modalidades de ser Iglesia y de celebrar la fe. Las actuales, con o sin escándalos por los abusos del clero, difícilmente encausan el cristianismo de esta época.

UN CRISTO FANTÁSTICO

Algo más se puede decir de la película “Una mujer fantástica”. El cine ayuda a redescubrir nuestra humanidad.

En el cristianismo —como tal vez no ocurre en los otros credos— existe la teoficción. Los cristianos creen que la historia tendrá un cumplimiento feliz en la medida que amen con el amor con que Dios los ama. Imaginar este destino les es posible, pero además necesario. Plantearse nuevas realizaciones humanas no es para ellos un *divertimento*, sino una obligación. La dignidad humana implícita en el Cristo crucificado es inagotable, siempre será posible liberar más víctimas, liberar su capacidad de perdonarnos y recrearnos.

Vamos al grano. Recurramos a la ficción.

¿Ha sido posible que un sirio del primer milenio intentara lo mismo que intentó Jesús? Un tal sirio perfectamente pudo pedir a un grupo de discípulos que confiaran en la Providencia divina que cuida de las aves del cielo y de las flores del campo. ¿Pudo una mujer de esa época hacer las mismas cosas que Jesús? Una mujer de entonces ha podido, por qué no, subir a la montaña y proclamar a los pobres que el reino de Dios les pertenece. Pero habría sido raro. En ese tiempo las mujeres pertenecían a los varones, como los animales y las chacras. ¿Puede un gato amar como lo hizo “el hijo del hombre”? No, imposible. Por mucho que nos queramos con nuestras mascotas es imposible que ellas den y reciban amor al modo como un ser humano necesita darlo y recibirlo: con libertad e incondicionalidad, con un lenguaje,

una corporalidad y un simbolismo que solo un corazón humano puede comprender.

Los cambios culturales plantean dos preguntas. Las comparto: ¿pudo una persona transexual amar con la misma entrega total con que lo hizo Jesús? Dificulto que haya alguien que pueda llegar tan lejos como Jesús. Pero, en línea de máxima, pienso que todos los seres humanos por parejo, incluidos por cierto las personas transexuales, debieran tratar de hacerlo. Es más, seguramente una persona transexual habría tenido mayor sensibilidad que yo, por ejemplo, para captar los infinitos matices de la realidad que, por lo menos a mí, se me escurren a cada rato. Una persona nacida varón con identidad sexual femenina ha podido, ciertamente, acoger a los enfermos, mirarlos con benevolencia, curar sus heridas. Lo mismo una persona nacida mujer con orientación sexual masculina. Me imagino a un transexual prestando oídos a los ninguneados. Una persona así ha podido también sacar a patadas a los mercaderes del Templo. Una persona transexual es, sin duda, capaz de dar y recibir cariño, al igual que otros que no carecen de nada para llegar a ser profundamente humanos. ¿Pudo Jesús elegir entre sus discípulos a una persona transexual? ¿Por qué no? Los criterios que Jesús tuvo para escoger a su gente son bien difíciles de entender. Pueden parecer disparatados. Lo más característico suyo, en todo caso, fue nunca excluir a nadie.

La otra pregunta es: ¿pudo Jesús ser un transexual? No lo fue. No nos enredemos. Fue un varón. Varón y célibe. El amor extremo pide a veces celibato. Pero, ¿pudo el Hijo de Dios encarnarse en un transexual y, en esta condición, convertirse en el centro de la fe cristiana? A mí parecer, el Hijo de Dios sí pudo encarnarse en una mujer porque la identidad sexual no impide comunicarse y amar humanamente, y

esto es lo fundamental en la encarnación. Una mujer como María, pensamos los cristianos, no solo aquilató lo mejor de Dios sino que capacitó a Jesús para ser tan humano como solo Dios puede serlo. Y bien, por último: ¿se dan en una persona transexual las mismas condiciones de humanidad como para que Dios, con ella, ame a su creación y a su prójimo cómo Jesús llegó a amarlos?

El film "Una mujer fantástica" obliga a darle otra vuelta al misterio de Cristo. Por de pronto un cristiano tendría que poder hacerse estas preguntas sin miedo. Tendría que, aún más, abrirse a la posibilidad de que el arte le revele al Dios que nos sale al encuentro en los crucificados de hoy, ampliando su corazón y sus criterios. Esta película es "divina". La prueba de su divinidad es su máxima humanidad. De Cristo no tenemos ningún otro tipo de prueba de ser Dios más que la de su extraordinaria humanidad (concilios de Calcedonia, Constantinopla II y III). Otras comprobaciones suelen ser heréticas y, por esto, nocivas.

En nuestra época, quien quiera asomarse al misterio del ser humano habrá de poner la atención en los crucificados de nuestra época. Estos, más que otros, facilitan el acceso al Cristo resucitado que tendrá compasión de nosotros y nos liberará de nuestros prejuicios.

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS BESAN LA CRUZ?

Cualquiera razón meramente histórica de la muerte de Cristo es insuficiente para explicar el misterio de la salvación. Sabemos que su muerte ha sido bastante más que un *divertimento* cruel de los que abusaban del poder. Consta que tampoco fue un error judicial de quienes lo habrían confundido con un revolucionario. Otras informaciones sobre su pasión pueden ser muy interesantes, pero a nadie le harán cambiar de vida. Esta muerte nos toca porque tiene un lugar central en el designio de Dios.

Pero, inevitablemente nos preguntamos: ¿cómo ha podido Dios querer la muerte de su Hijo? La única manera de zafarse de la posibilidad de entender la cruz como un acto macabro del Padre es, sin embargo, volver a tomar en serio la historia: habiendo sido Jesús eliminado por anunciar el reino de Dios a los pobres, Dios ha inaugurado este reino mediante la muerte y resurrección de Jesús. Es muy complejo explicar la articulación de la razón "eterna" con las razones "históricas" de la cruz. Toda interpretación queda expuesta a debate. Pero lo que no está en discusión es que la peor de las explicaciones es la que sirve para justificar las cruces humanas de cada día y la miseria del mundo, en el entendido que Dios tendría algún secreto derecho para castigar o hacer sufrir a sus creaturas.

Vistas las cosas "desde la historia", no cabe duda que a Jesús lo crucificaron por lo que dijo y por lo que hizo. Haber proclamado el reino de Dios a los miserables, a los

endemoniados, a los cojos, a los ciegos, a los leprosos, a las mujeres; haber compartido la mesa con gente de mala vida, publicanos y prostitutas, constituyó una provocación abierta a los que, procurando la santidad de la nación, marginaban exactamente a estos que Jesús acogía, sanaba y declaraba bienaventurados (Lc 6, 20). Con cada gesto, con cada palabra que Jesús pretendió reintegrar a la comunidad a los que los fariseos y saduceos consideraban pecadores (porque no cumplían las centenares de prescripciones legales y rituales para observar la Ley), disputó a ellos el poder para hablar y salvar en nombre de Dios. Siempre será posible debatir sobre tal o cual elemento de la trama histórica que condujo a Jesús a la muerte, pero sin duda su opción por los pobres debió ser vista por los "justos", los ricos y las autoridades como un peligro para la estabilidad religiosa y política de Israel.

Vistas las cosas "desde la eternidad", la muerte de Jesús es la consecuencia necesaria de la Encarnación del Hijo de Dios en un mundo injusto (porque margina) e hipócrita (porque usa de la religión para marginar). La salvación que a través de la resurrección de Cristo Dios ofrece a toda la humanidad (1 Tim 2, 4-6), presupone y es el efecto último de que en María el Verbo no solo "se hizo carne" (Jn 1, 14), sino que más precisamente "se hizo pobre" (2 Cor 8, 9). Identificándose con las víctimas del pecado, solidarizando con la humanidad atormentada antes y después de él, Jesús ha sido constituido, de modo incisivo en esta historia y definitivamente en la vida eterna, principio de rehabilitación para los despreciados por pecadores y de perdón para los considerados justos. ¿Quiénes? Todos, aunque diversamente: el Padre de Jesús no excluye a nadie, pero incluye al revés, a partir de los últimos y no de los primeros. En esta óptica se evita entender en términos de revancha las palabras

de María: "a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada" (Lc 1, 53) y otras expresiones parecidas, abundantes en la Sagrada Escritura.

La vida cristiana consiste en reproducir la vida de Cristo, en responder con hechos a preguntas como "qué haría Cristo en mí lugar" (San Alberto Hurtado). Como hijos que proceden del Padre y retornan al Padre por el camino abierto por Jesús y la inspiración del Espíritu Santo, poniendo en juego la propia humanidad mediante un empobrecimiento que enriquece a los demás, los cristianos testimonian hoy en un mundo materialista y egoísta que su "historia" de generosidad tiene un valor "eterno". Jesús reveló que "Dios es amor" (1 Jn 4, 8). En Semana Santa los cristianos besan la cruz porque creen que el amor es divino cuando alivia el sufrimiento humano e impide su justificación. Tan divino que, venciéndonos, nos hace humanos con la humanidad y pobres con los pobres.

11 DE SEPTIEMBRE: MEMORIA DE CRISTO

El día 11 de septiembre de 1973 la fuerzas armadas chilenas ejecutaron un golpe de Estado que dio origen a una de las etapas más crueles en la historia del país. Recordar esta fecha tiene sentido si, volviendo con el corazón sobre un acontecimiento tan triste, podemos contrarrestar el olvido que nos conduce a su repetición. Pero, ¿es pensable que el "nunca más" provenga del recuerdo? ¿Pudiéramos esperar algo más que un "nunca más", algo así como la invención de una convivencia todavía mejor de la que hasta ahora hemos tenido como país? La memoria de Cristo nos abre un camino.

El 11 de septiembre representa la crisis de la cordura expresada en el fracaso del modo democrático de facilitar los encuentros y zanjar razonablemente los desencuentros. Antes del Once las posiciones se extremaron, se endurecieron las mentes hasta cantar la aniquilación del enemigo. Después del Once, exaltada la discordia a su máxima expresión, el odio que la animaba hizo lo suyo. Años ha tomado la recuperación de la sensatez. Ha debido tejérsela con diálogo, paciencia, tolerancia, legalidad, justicia y verdad. Ninguno de estos pasos hacia la recuperación de la cordura habría sido posible si hubiéramos olvidado el dolor de las víctimas. Todavía queda mucho por hacer. La concordia solo podrá alcanzarse mediante una conversión a la razón del sufrimiento de nuestro adversario. La convivencia justa y pacífica de la que nunca debiéramos desesperar, provendrá de la compasión.

La memoria de la compasión de Cristo nos despeja la vía. La presencia real de Cristo en los crucificados de ayer y de hoy, nos remite al prójimo. El “otro”, el enemigo inocente o culpable, habita en el corazón de Cristo: en el corazón humano de Dios hay lugar para todos. Dios no sabe odiar. Dios solo ama. La memoria eucarística de la pasión de Cristo no tendría sentido si no fuera para acordarse de la compasión de Dios por los que nos padecen, hijos suyos y hermanos nuestros en virtud de su Hijo Jesús. El Viernes Santo los cristianos besamos la cruz porque creemos que no estamos condenados a repetir fatalmente los errores de la historia. Recordando con valentía un pasado que el pecado nos mueve a olvidar, imaginamos un mundo futuro más justo y misericordioso.

¿Qué habrá que guardar en el corazón? Que era Cristo aquel a quien despreciamos para luego pisotearlo sin problema. Nos equivocamos. Nos cegó la ira. Nos fanatizamos. Nos engañó la prensa y nos dejamos engañar. Bailamos el baile que nos tocaron los grandes imperios. No fuimos los mejores, solo Dios es bueno. Habrá que recordar que Cristo no se reparte en unos y otros para la división, la exclusión y la confrontación, sino para ser compartido entre sus hermanos.

¿Por qué y para qué recordar? Para reparar. Hay daños reparables y otros irreparables. Habrá que volver sobre los hechos, porque la memoria precisa del daño nos dará el criterio exacto del juicio, del perdón y de la cura. Las reparaciones son arduas y algunas de ellas imposibles. La memoria de Cristo, de su muerte y resurrección, nos sacará de la frustración infinita que acarrea la conciencia de los daños irreparables que nos hemos infligido. El recuerdo de la pasión compasiva de Cristo desde el Gólgota hasta nuestros días,

es la medida de la esperanza cristiana. La esperanza de un Chile fraterno, para que no sea fuga a un futuro inhumano y deshumanizante, requiere que recordemos y creamos que la reparación es posible.

Pero reparar no basta. Cristo puede aún más. La memoria del crucificado es recuerdo del resucitado que, por su Espíritu, inspira hoy la creación de una comunidad todavía mejor que la que perdimos. El respeto de la dignidad ajena, la libertad de las conciencias, la justicia a las víctimas, la sujeción a la legalidad establecida en común, la conversación, la discusión de las ideas y la participación plural anticipan de algún modo el reino de Dios por el que Jesús apostó su vida. La recuperación de la democracia equivaldrá a la recuperación de la cordura, cuando la convivencia que anhelamos sea pensada y debatida con un corazón que haga suya la pena del enemigo. ¿Una democracia "al revés"? ¿Un acuerdo democrático nacional que no consista en prevalecer sobre los demás, sino en que los demás prevalezcan sobre uno? La sensatez, la racionalidad de un corazón compasivo como el de Jesús, así lo exigiría. Mirando con amor el pasado, a fuerza de recordar que el enemigo era nuestro hermano, haciendo del reclamo de la víctima clamor nuestro, el Mesías esperado para gobernar a su pueblo nos liberará para crear una sociedad como Dios quiere.

En el Antiguo Testamento rara vez se trata a Dios de "Padre". Haber llamado Jesús a Dios "Abbá", "papito", debió parecer un exceso de confianza. Jesús habla de Él como de su Padre y nuestro Padre.

El Nuevo Testamento distingue claramente la singularidad de la relación de Jesús con Dios de la que los demás pudieran establecer con Él. Allí Jesús se sabe el Hijo amado de un modo único e irrepetible. Y, sin embargo, Jesús comparte a su Padre con otros, con nosotros, haciéndolo tan Padre nuestro como es Padre suyo. Jesús reza para que en su intimidad con Dios quepan muchos, quepan todos: "Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros" (Jn 17, 21).

Pero, ¿podemos nosotros tan fácilmente decirle "Padre" a Dios? Sí y no. "Padre" designa a un ser amoroso, protector, liberador, educador, alguien que nos despeja el futuro con su imaginación; pero también puede ser un sujeto ausente, fugitivo, chantajista, tiránico o un agresor sádico. ¿No están hartos algunos niños de maltratos sin fin? "Madre" puede ser alguien tierno, cálido, acogedor, nutriente; pero también un ser posesivo, dominante, absorbente, castrante o irracional. Nuestros "padres" y "madres" humanos ayudan, pero también dificultan nuestra relación con Dios. Ellos han fraguado nuestra personalidad a un grado tal que nuestra relación con los demás y con Dios mismo lleva las marcas y las heridas de la infancia. El tema es complejo. El Nuevo Testamento no tiene mejor categoría para hablar de Dios que la

de Padre. Pero este Padre, ¿es semejante a nuestros padres y madres humanos? En parte sí y en parte no.

Si es Jesús quien quiere compartir su intimidad con Dios, si es él quien insiste que lo llamemos Padre, hay que atender a la extensión de esta filiación de acuerdo al Nuevo Testamento. Y el dato principal que poseemos del Nuevo Testamento es que, si algo sabemos del misterio de la intimidad de Jesús con su Padre, lo sabemos indirectamente, como a la pasada, a propósito de su misión: el anuncio del reino de Dios a los desamparados. Destacando la identidad divina de Jesús, el Hijo, la Iglesia aseguró el carácter trascendente y definitivo de su misión de salvador universal.

POR LA MISIÓN A LA INTIMIDAD

Ubiquemos la relación íntima de Jesús con su Dios en el marco de su misión. ¿Qué lugar ocupa el Padre en el corazón del Hijo? ¿Qué lugar ocupa el Hijo en el corazón de su Padre? En Dios no hay espacio para el "intimismo". En Dios cabe la intimidad, pero no el amor excluyente, celoso y mezquino. El amor de Dios es el Espíritu que no conoce fronteras, que llega a todos, a los amigos y a los enemigos. En el corazón de Jesús está la misión que su Padre le dio de instaurar su reino de amor y justicia. En el corazón de Dios está toda la humanidad que Jesús debe hermanar bajo un mismo Padre.

Por cierto, el amor del Padre y del Hijo no se reduce a la negociación política del reino. El reino, que engloba todo lo que por salvación se entiende, es "gratuito". Dios no está

en deuda con nadie. Nadie tiene derecho a la salvación. Para que a todos quede claro, Dios invita al reino en primer lugar a los pobres, los que nunca han tenido derecho a nada. ¿Cómo no habría de irritar esta preferencia de Jesús a los que teniéndose por justos, despreciando a los demás, creían ganarse el favor divino? El amor espontáneo entre el Padre y el Hijo es anterior a nuestra sed de amor, perdón y trascendencia. Anterior y mayor, mil veces mayor. Este amor preserva a la actividad humanitaria del Hijo del activismo típico del *self made man*, la persona que no se debe más que a sí mismo, a su trabajo. O del que vive pagado de sus gestos de beneficencia, pero reacio al influjo del prójimo, protegido de ese espacio vacío entre persona y persona en el que podemos ser juzgados o acogidos. Al Hijo le basta su Padre, no necesita nuestro aplauso. Su entrega es generosidad pura.

El reino es expresión del amor de Dios. Aún más, el dogma de la Iglesia recuerda que la Encarnación no es reversible, que el reino tiene principio pero no fin. El Hijo es el hombre Jesús para siempre. ¡Dios no podrá zafarse nunca más de su humanidad ni de sus creaturas! Dios es fiel hasta el final. Desde entonces la conversación del Hijo con su Padre trata de lo nuestro, se articula en palabras humanas y gestos corporales, sabe a barro, huele a humo y sudor. Desde la resurrección hasta la Parusía, Jesús clama al Padre por el desgarro del mundo y nos asegura que el reino es la única agenda del amor de Dios.

Vistas las cosas en la perspectiva de la misión, sabemos que el Padre es para Jesús amor incondicional, total e inaudito por él, y que Jesús extiende este amor en forma incondicional, total e inaudita a los pequeños, los enfermos, los desplazados y los pecadores. Dios ama a los que los egoístas, los sabios, los poderosos y los puritanos menosprecian. El

amor que el Padre tiene por Jesús es la causa próxima de su libertad, autoridad dice el Nuevo Testamento. Y esta libertad o autoridad Jesús la pone en juego como obediencia absoluta a la voluntad de Dios, cuando manifiesta hasta la cruz su preferencia por los fracasados y ofrece el perdón divino también a los egoístas, los sabios, los poderosos y los puritanos.

Pero Jesús no actúa "programado" como un burócrata sin iniciativa. Misión no es programación. El amor del Padre hace a Jesús obedecer libre y creativamente a lo mandado. ¡Nadie ha superado jamás a Jesús en fantasía! Jesús obedece a su misión inventándola, como un poeta. Jesús fue un poeta. Pero a diferencia de algunos poetas que pasan por la vida sin comprometerse con nadie, el amor que funda a Jesús hace de él una persona valiente para entrar en conflicto con la religiosidad hipócrita de su época. El amor del Padre hace que Jesús saque adelante su causa con arrojo, pero por la vía pacífica. En Jesús el amor prevalece sobre el miedo. Prevalece también sobre la violencia, hija del miedo. En su corazón hay una libertad y una generosidad más fuertes que la muerte.

Vistas las cosas desde la misión de Jesús, su abandono por el Padre "era necesario". ¿Fue su muerte un mandato sádico de Dios? No ¿Un acto suicida o narcisista del Hijo? Tampoco. La muerte de Jesús es indirectamente querida por el Padre y por Jesús mismo. Lo directamente querido por ambos es la vida, el reino, el perdón de los pecadores, el indulto de la adúltera digna de pena de muerte, la denuncia de la injusticia, y la cancelación de la muerte. Los únicos que buscaron derechamente la muerte de Jesús fueron el Sanedrín, los romanos y esa multitud representante de la gente aprovechadora de todos los tiempos que, desilusionada, gritó: "Crucifícale". ¿No pudo su Padre evitar a Jesús este trago tan amargo? Tanto amó el Padre a Jesús que respetó su libertad.

Tanto amó a la humanidad que le entrego lo más querido. ¿No pudo Jesús eludir la cruz? Tal fue su amor por su Padre que Jesús no pudo echar pie atrás, sino que soportó la orfandad más radical y el abandono del mejor de los padres. Tal fue su amor por la humanidad que, inocente, experimentó en lugar de la humanidad la consecuencia propia del pecado: la muerte. En la cruz la confrontación de Dios y las fuerzas del mal es abierta. Allí no cupo negociación alguna. Dios no transa con el mal. Los vicarios del mal hicieron lo suyo, lo de siempre: para salvar la nación, se excusaron a sí mismos y sacrificaron al inocente. Gritando a su Padre: "Por qué me has abandonado", Jesús solidarizó con las víctimas de la historia humana y reveló que Dios no puede ser indiferente a su dolor.

Vistas las cosas en la perspectiva de la misión, la resurrección hace entrar a Jesús definitivamente en la intimidad de su Padre y con él entramos nosotros. Los textos del Nuevo Testamento vinculan la resurrección de Jesús con nuestra propia resurrección. En la resurrección de Jesús, el Padre convalida la valentía de su Hijo por nuestra cobardía; la justicia de su reino por el acaparamiento de la tierra; su cálida compañía por la soledad de las masas; la obediencia de su Jesús por la frescura de los que deambulan como si no hubiera Dios; la gratuidad de su entrega por la mezquindad con que unos a otros nos pasamos la cuenta.

DE LA INTIMIDAD A LA MISIÓN

Dios ha demorado toda la vida de Jesús, desde María hasta la resurrección, para abrirnos también a nosotros un espacio

en su intimidad. Ni el Padre es egoísta ni el Hijo celoso. De ellos brota el Espíritu de amor que disipa en nosotros la sensación de orfandad que nos hace aferrarnos a la vida de cualquier manera, haciendo ídolos de personas, sacralizando la propia acción o reclamando atenciones desmesuradas. En la intimidad del Padre los hijos no tienen derecho a nada. Nada les falta, abundan en todo. Son libres. Juegan. Ni mendigan ni exigen, simplemente son. Son señores de la vida y de la muerte, como Jesús. Y, como Jesús, misioneros de la paternidad de Dios por el mundo.

Hablamos del misterio, hablamos con atrevimiento. ¿Quién conoce la intimidad entre Jesús y su Padre? Pero no podríamos callar pues el misterio de Jesús, el misterio de Dios es el misterio del amor. No un secreto revelado a los sabios. No los vericuetos oscuros del alma de una divinidad sentimental y ofendible. Tampoco una suprema fuerza sideral autónoma, autista e impersonal. Hablamos de una gratuidad tan incomprensible que trasciende el negocio humano, los cálculos políticos, el regateo con la gracia, la sectarización de la Iglesia; se trata de un amor que "hacia adentro" es insobornable y "hacia afuera" manirroto. Su enigma es tan sencillo como una buena noticia que urge anunciar a los pequeños y los humildes.

El acceso a la intimidad entre Jesús y su Padre, en vez de encerrarnos en el pietismo individualista que tiene muchas fuerzas, nos lanza de nuevo al mundo para verificar en el mundo la vocación común de hijos e hijas de Dios. No son las diferencias de raza, ideología, cultura o religión las diferencias principales. Desde los orígenes de la humanidad venimos repitiendo la discordia de Caín y Abel. Somos enemigos, pero estamos llamados a ser hermanos. Lo somos por vocación, no lo somos por historia. Jesús es nuestro hermano

mayor pero, para ser precisos, queremos que lo sea. El Espíritu cultiva en nosotros el amor que nos hace mirar con indulgencia a los que nos dañaron. El Espíritu nos llena de coraje para luchar por la verdad y la justicia. El Espíritu nos hermanará. Entenderemos entonces que Jesús no vino a quitar la vida a sus enemigos, sino a dársela.

¡Venga a nosotros tu reino!, rezamos en la intimidad al Padre, su Hijo y sus hijos. El reino de justicia y misericordia es el hogar de los hermanos, nuestra misión y la tierra prometida.

EL SACRIFICIO DE JESÚS

Cualquier persona que haya sufrido sabe que el sufrimiento no tiene justificación. Sin embargo, los cristianos recuerdan y celebran un hecho doloroso, la cruz de Jesús. ¿Por qué? ¿A quién pudiera agradar el sufrimiento de Jesús? ¿A Dios? ¿Qué Dios? ¿No se presta la cruz para legitimar dolores y sacrificios humanos muy abominables?

Es delicado hablar del valor del sacrificio. No por nada esta palabra se ha desprestigiado. Pensemos en el sacrificio de generaciones de esclavos que hicieron posible civilizaciones grandiosas, Grecia, Roma… Pero no hay que ir tan lejos. El mundo moderno ha sido más cruento que cualquier civilización antigua. Recordemos el holocausto de los judíos durante la Segunda Guerra, los crímenes de Stalin o la explotación capitalista. ¡Cuánto sacrificio forzoso e injusto!

También el cristianismo ha desprestigiado la palabra sacrificio. Todos los sufrimientos que los cristianos en dos mil años han infligido a otros en nombre de Cristo —¡qué bueno que un Papa pida perdón por ellos!—, hacen confuso el significado de la cruz de Jesús. En esta larga historia, hay que notar un hecho especialmente grave. Durante el segundo milenio y hasta hoy día, se introdujo en la Iglesia una tergiversación muy grave del sentido del sacrificio de Cristo: Dios, como un ser ofendido y justiciero, habría exigido la muerte de su Hijo como pena por el castigo que la humanidad merecía por su pecado. En otras palabras, que Dios habría salvado a la humanidad a cambio de que un ser humano le fuera sacrificado. No sería raro que esta imagen macabra

de Dios haya servido para justificar lo injustificable: el sufrimiento humano.

El sentido del sacrificio de Cristo, sin embargo, es exactamente el contrario. En coherencia con su historia de entrega a los demás, el ser humano que sacrifica libremente su vida en la cruz es Dios mismo que, cuando ama, ama con todo y no en parte, que no da algo sino a sí mismo y por entero. El sacrificio de Jesús en vez de compensar a Dios, constituye la entrega de Dios para acompañar, sanar y realizar a la humanidad, la más querida de sus creaturas. Toda la vida de Jesús no es otra cosa que consuelo de Dios para el hombre o la mujer que sufre, perdón por sus errores, curación de sus enfermedades, solidaridad con las víctimas inocentes, en una palabra, amor. El castigo que Jesús sufre en el Gólgota no le viene de Dios, sino de los seres humanos. Ese castigo es la consecuencia última de la maldad humana, no divina. Dios no castiga. Dios no necesita que nadie sea castigado o sacrificado para salvar. Dios es omnipotente: ama gratis. Es la humanidad la que ha necesitado que Dios se sacrifique por ella, que llore en su lugar y en su lugar cargue el peso que la agobia. Todo sin esperar nada a cambio.

A Dios solo le agrada el amor, el de Jesús y el nuestro cuando consiste en amarnos unos a otros como Jesús nos ha amado. Dios nos regala a Jesús, pero no es sádico. Jesús nos da su vida, pero no es masoquista. Dios goza con nuestra liberación del mal y del dolor. Goza toda vez que prolongamos el sacrificio de Jesús, sacrificándose los padres para que los hijos tengan mejor educación (sin sacarles en cara nada), ofreciendo el perdón a los enemigos (que, arrepentidos de ofendernos, no pueden empero restituir), dando a los pobres "hasta que duela" (como diría San Alberto Hurtado) o simplemente padeciendo con los que padecen.

¿Hasta dónde se entiende el sacrificio de Jesús? No sé. Pero en Semana Santa los cristianos recuerdan y celebran la resurrección de Jesucristo crucificado: no el dolor, sino el triunfo del amor sobre el dolor; el dolor del amor que triunfa sobre el pecado.

"EL POBRE ES CRISTO"

La idea de encontrar a Cristo en el pobre es tan antigua como el capítulo sobre el juicio final del evangelista Mateo (Mt 25, 31ss). La historia misma de la Iglesia es la de una religión que se ha responsabilizado de los pobres por dos mil años como si en ellos se encontrara a Dios y no a seres humanos sin más. San Alberto Hurtado repetía "el pobre es Cristo". Pablo VI —la primera vez que un papa puso un pie en América Latina (Mosquera, Colombia, 1968)— trató a los campesinos que tenía delante de él como si fueran Cristo en persona.

Pero, ¿es posible admitir algo semejante? ¿No es esta una exageración? ¿Un exabrupto devoto?

FALSA Y VERDADERA IDENTIFICACIÓN

En un sentido, no es posible identificar a Jesucristo con los pobres ni con nadie. Para los cristianos, Jesús es Dios. Y Dios, si bien se manifiesta en la creación como el músico en su música, no es parte de ella más que en el caso de Cristo. María no es Dios. Los pobres tampoco lo son. Ya el libro del Génesis destaca la separación entre Dios y su creación, apartándose de las mitologías orientales vecinas que mezclaban a las divinidades con los sucesos mundanos, y que terminaban haciendo del mal un hecho divino y, en consecuencia, una

realidad natural. Para la Biblia, el mal es fruto del pecado del ser humano, una realidad aborrecida por Dios.

Pero aun sucede que los seres humanos, creyentes o ateos, solemos absolutizar ciertas cosas o ideas, rindiéndoles una adoración que no merecen. *Motu proprio* identificamos realidades mundanas con Dios mismo o su equivalente en dignidad. Lo hacemos porque somos frágiles, y necesitamos defendernos de los peligros que nos acosan, o porque debemos ganarnos algún pedazo de un mundo disputado con dientes y uñas.

El pobre no es Cristo. Es muy sano notar la diferencia. Los pobres son los predilectos de Dios por su dolor, por la injusticia padecida. También por su pobreza moral: Dios ama con preferencia a los que no tienen ni siquiera virtudes para intercambiar con Él. Ellos, como todos, tienen muchos vicios y taras. Es indispensable observar su diferencia con el Inocente que comparte el destino de los pobres para liberarlos de la pobreza porque, de lo contrario, no será posible para nosotros amarlos —ni amarse ellos a sí mismos— sin justificar su injustificable situación.

Cuando no se observa esta diferencia se cae en mistificaciones de los pobres, del pueblo y de las causas populares que, en vez de ayudar a los pobres a salir de la pobreza, sirven paradójicamente para mantenerlos en ella. Se mistifica a los pobres cuando se los hace depositarios de toda verdad y justicia, aunque estén equivocados, como si su dolor por sí solo exculpara cualquier error y eximiera de la fatiga de inventar una sociedad igualitaria. Entonces, y aunque se desee todo lo contrario, la "divinización" de los pobres suele traducirse en una "eternización" de su miseria.

Pero lo que es imposible para uno de nosotros no lo es para Dios. No corresponde identificar al pobre con Cristo,

sin embargo Cristo sí se ha identificado con él y ha pedido ser reconocido en el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo y el preso (Mt 25, 31-46). Se nos dice que Dios se ha hecho ser humano. La cuestión es todavía más profunda: Dios se ha hecho pobre (2 Cor 8, 9).

El testimonio bíblico de la parcialidad de Jesús con los pobres es tan abundante que habría que tijeretear todo el Nuevo Testamento para dar escapatoria a los ricos. No hay escapatoria, lo que hay es conversión. No se trata de que los ricos estén condenados ni que Dios los odie o algo semejante, sino que, aunque sea difícil de entender, solo es posible gustar el amor de Dios en la medida que se comparte la experiencia de empobrecimiento del Hijo de Dios en favor de la humanidad triste y expoliada. Jesús nació pobre, vivió como pobre entre los pobres y murió desnudo en la cruz, todo para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9).

¿Por qué son así las cosas? Es esta una cuestión de fe. No es posible comprenderla más que entrando en el despojo divino: entiende el que cree y cree el que imita la generosidad de Jesús. En las cosas de la fe, la práctica lleva la delantera a la teoría: conoce a Dios el que ama al que sufre y solo lo ama el que se pospone a sí mismo en su favor. Al contrario, si la fe manda vestir al desnudo sin esperar recompensa alguna, la opinión común ordena huir de él, vestirlo para que no friegue o para jactarse entre los iguales.

Creer que el “pobre es Cristo” es una paradoja de la fe, pues no depende de nosotros establecer la identificación, sino simplemente reconocerla y sacar sus consecuencias. Pero tampoco en el ámbito de la fe el asunto es tan fácil. También a los creyentes ronda el espíritu mercantil que espera devengar algún provecho, incluso de las intuiciones místicas más profundas. Creer que “el pobre es Cristo” no se presta al

comercio con Dios solo cuando significa, primero, recibir a Cristo en el pobre y, segundo, servirlo como merece.

RECIBIR A CRISTO EN EL POBRE

Para dar es preciso recibir. Es fácil dar a los pobres sin recibir de los pobres. Aparentemente, no tienen nada que dar. En los voluntariados, sobre todo en sus comienzos, se suele dar más que recibir. Puede ser muy complejo que una sociedad, que los mismos Estados, cultiven una cultura de la mendicidad.

Cuando recibimos a Cristo en el pobre, en cambio, somos humanizados por él. Cuando el pobre entra en nuestra vida, la desordena, nos pone en crisis, porque no es posible seguir siendo los mismos si damos espacio a su vida, a su pena, a su historia de luchas y fracasos, a su persona, ¡a su esperanza! En ninguna relación humana la vanidad tiene futuro. Recibir al Cristo pobre genera una suprema humildad. El pobre arruina nuestros proyectos. Delante de él hacemos el ridículo. Frente al pobre, como ante cualquier ser humano, solo toca la torpeza: no podemos manipular su reacción. ¿Enrostrará nuestra egolatría? ¿Acogerá nuestra propia miseria? El pobre es factor de humanización porque incorpora simbólicamente la verdad antropológica más honda: ¡todos somos pobres! No somos nada que, en última instancia, no hayamos recibido de Otro por medio de otros. Y, en consecuencia, solo en cuanto pobres y empobreciendo unos por otros, podemos comunicarnos auténticamente. Esta es la pobreza de espíritu, la pobreza de Jesús, gracia abundante del Evangelio y condición absoluta del mismo.

El pobre es Cristo que carga con las consecuencias de nuestra injusticia social. De aquí que en el pobre Dios nos ofrece su perdón. Recibir al pobre es exponerse a la terrible prueba de ser juzgados y redimidos por él. Todo se invierte: ¿quién da y quién recibe? Cuando el pobre es Cristo, el que da, recibe, y el que recibe, da. Pues nuestra sociedad está amenazada por la mendicidad, otra forma sutil y grave de deshumanización. A corto plazo, es imperativo mitigar los efectos de la miseria más resistente. A largo plazo, necesitamos integrar a los pobres con su participación y su derecho a equivocarse, sus dolores y sus ilusiones. Ellos son personas. Los objetos se manipulan. Las tareas se programan. Ni los algoritmos pueden predecir cuándo y cómo alguien, una persona, puede cortar en otra dirección.

Nada hay más grande que recibir a Cristo en el pobre, el crucificado de hoy. Cuando esto sucede, la transformación de la existencia es completa, la alegría no tiene comparación. La dadivosidad que incrementa la vanidad, es causa de alegrías discretas, puntuales. Nunca da para blanquear fortunas acumuladas con trampas. También es precaria la alegría que produce la liberalidad destinada a puro aplacar a Dios. No es precaria, es absurda: Dios es amor. Pero cuando descubrimos que no estamos solos, que el menesteroso es persona e interpela, cuando somos acogidos por el Cristo pobre con nuestra propia finitud, la felicidad alcanza cotas de vida eterna.

Entonces surge la caridad auténtica. En un mundo desigual, los cristianos no se quedan esperando el Santo Advenimiento. Dan hasta que duela: ¡se dan ellos mismos! Son capaces de arruinarse la vida, contentos, para rescatar a los niños, a los ancianos, a cualquiera que sucumba en la marginalidad y el abandono. Comienzan por casa: soportan al hijo limitado, por años acuden a su llanto. Toleran, crucificados,

la rapiña del adolescente drogadicto. Cuentan con la lucha de sus últimos y raquíticos intentos de salir adelante por sus propios medios. Disciernen la limosna: una ayuda localizada, oportuna, proporcional puede alentar una recuperación o sostener siquiera una muerte digna; pero una ayuda bobalicona, egolátrica y desmesurada, puede aniquilar una personalidad incipiente y corromper los sistemas de solidaridad que los pobres tejen con sacrificio. No puede haber pecado mayor que convertir a un pobre en un mendigo. Ni habrá milagro más milagro que hacer de un mendigo un ser digno capaz de cuestionar la calidad de nuestra bondad.

No podemos divinizar a los pobres. También ellos necesitan convertirse. Son personas y no cosas. Dios no quiere su pobreza, ella es consecuencia del egoísmo humano. Pero, para erradicarla, Dios cuenta con los pobres, en vez de acudir en su socorro de modo paternalista, prescindiendo de su dolor y de su lucha por levantarse. En la Encarnación, Dios se identificó con el pobre Jesús, hasta el despojo radical de la cruz, para que lo reconociéramos como el Dios que reconcilia el mundo desde su revés, tomando partido por los derrotados.

La identificación de Dios con Jesús pobre es una cuestión de fe. El que cree, cree. El que no cree, no cree. El que no cree hallará buenas razones para desentenderse del pobre. El creyente, en cambio, concretará su fe permitiendo que el pobre, sacramento de Cristo, lo empobrezca en un comienzo y lo enriquezca hacia el final.

JESÚS: PALABRA DE HOMBRE, PALABRA DE DIOS

Cuando niño oí decir y yo mismo dije: “Palabra de hombre”. Recuerdo que era de mal gusto prometer: “Te juro por Dios”, estaba prohibido. Bastaba estirar la mano y decir: “Palabra de hombre”. Hace años que no escucho estas declaraciones de veracidad, de fidelidad. ¿Cosa de niños? ¿Dejaron de usarse? ¿Eran innecesarias?

Me propongo rescatar el fondo humano y divino de estas fórmulas. Lo hago a sabiendas que esta nueva época, época de lealtades a medias y *fake news*, necesita más verdad y fidelidad que nunca.

“Te juro por Dios”, decíamos y nos sumía la culpa. Pero, ¿en qué estaba el delito? ¿Hay algo más hermoso que refrendar las propias palabras con la autoridad divina? ¿No consiste en esto, más o menos, el sacramento del matrimonio?

La prohibición de jurar en nombre de Dios es antigua, remonta a la Biblia. En términos modernos diríamos que no es digno de un ser humano endosar a Dios la vida sin más. Tanto el escritor sagrado como el filósofo moderno saben, es más ¡creen!, que la historia no está cerrada, cifrada en los astros, inteligible solo a los adivinos, sino abierta. El cristiano occidental o el occidental a secas se sabe libre y, en consecuencia, responsable de una historia que nada más a él toca configurar conforme a su necesidad infinita de verdad, de bien y de belleza. Nadie puede cruzarse de brazos hasta que otro haga por él lo que sin él ocurriría como una imposición externa e infantilizante. No se puede tampoco

vivir “echando la culpa al empedrado”. La queja crónica deshumaniza. Solo los desesperados, tal vez, pueden invocar a Dios para que los exima de la vida.

¿Para qué entonces “jurar por Dios” si es posible “jurar por sí mismo”? Jesús enseña: “Di sí, si es sí. Di no, si es no. Lo demás viene del Maligno” (Mt 5, 37). Refugiarse en el Todopoderoso, renunciar a la verdad inherente a todo ser humano que sigue su conciencia y carga con ella, es cobardía y pecado. ¡Más vale ser ateos que invocar a Dios en vano! Porque si el ateo no tiene más que su palabra, el cristiano que manipula el nombre de Dios se invalida a sí mismo y priva a su prójimo del don divino más alto, el de la verdad pura y desnuda.

Más vale decir: “Palabra de hombre”, y basta. Quizás la fórmula cae en desuso por no ofender a las mujeres. Quizás. Como sea, no creo que las mujeres merezcan menos fe que los hombres. Dejadas de lado las complicaciones del lenguaje, la cuestión de fondo es la que importa. Empeñar la propia palabra, ya para afirmar lo verdadero, ya para comprometerse con los demás, constituye un valor supremo. ¿Quién podría sostener que todos los progresos de la ciencia, desde la aspirina a la electricidad, desde la informática a la regulación de la economía, etc., o que la más bella de las obras de Leonardo, valen más que el decir de la esposa: “Te recibo a ti como esposo y prometo serte fiel, en lo favorable o en lo adverso, y, así, amarte y respetarte todos los días de mi vida”? Desde que ha habido un hombre o una mujer que ha comprometido su libertad de un modo parecido, la humanidad ha dado muchos pasos adelante, pero ninguno equivalente a este.

Sin embargo, la palabra humana es frágil. Decimos “palabra de hombre”, pero, ¿quién es el hombre? Somos

una triste mezcla de finitud e infinitud. Aspiramos a todo, incapaces de todo. ¿Compromisos de por vida? La tortura pudo quebrar las fidelidades más acendradas. La cesantía y el hambre han deshecho millones de familias. El mero egoísmo personal, la ambición de fama y poder, han convertido los juramentos más solemnes en mecanismos precisos de traición. Dejemos de lado el caso del apagarse de una falsa vocación, porque nadie está obligado a ser fiel a una voz imaginaria. El asunto es que las personas por mucho que valgan, valen poco.

Pero, ¿no es factible invocar la eternidad? ¿Es del todo imposible conjugar la eternidad en la historia humana? Imposible para la persona humana, sí. No para Dios. Para Dios no es imposible sostener a un hombre o a una mujer hasta el final. En Jesús la palabra de Dios se hizo palabra de hombre y en la palabra de un ser humano descubrimos la palabra de Dios. Y supimos que la palabra de Dios es prueba y promesa de fidelidad incondicional.

Se dirá que la comparación no tiene gracia, que el ejemplo no viene al caso. Que Jesús, por ser Dios, no tuvo dificultades para cumplir su misión hasta el final. Un Jesús más divino que humano, habiéndolo sabido y podido todo desde el pesebre en adelante, habría practicado su fidelidad aparentando ignorancia y simulando sufrimiento. Y ante la evidencia de su resurrección próxima, habría enfrentado la muerte como un trámite.

La verdad de Cristo es muy diversa. Jesús fue tan humano como Dios. Más precisamente, fue Dios de un modo humano. Solo en el empeño de su palabra humana, dada con nuestras mismas limitaciones de conocimiento y voluntad (excepto la torpeza que añade a nosotros la concupiscencia), ha sido para nosotros posible inferir en él la palabra

divina. Al Verbo divino lo descubrimos en el hablar y actuar de Jesús, como el factor próximo de su veracidad.

Si atendemos a la historia de Jesús, observamos que el Espíritu y solo el Espíritu reveló a Cristo la misión que su Padre le daba y que el mismo Espíritu le inspiró la creatividad y fuerza para cumplirla. Jesús, como nosotros, tuvo que discernir la verdad de Dios y cargar con ella. Pero, a diferencia de nosotros, arraigado en la fe y en el amor de su Padre, Jesús se mantuvo fiel en la tentación, soportó la deslealtad y la traición de los amigos, y murió acusado de charlatán y blasfemo. ¡Qué paradoja de la historia! Que una persona veraz como ninguna haya sido condenada por impostora y embaucadora de su pueblo. Pero así, respaldando su palabra con su cuerpo, aseguró Jesús la credibilidad de Dios y abrió el camino a la credibilidad en los demás seres humanos.

En Jesús se ha hecho patente esta otra paradoja extraordinaria: Dios cree en el ser humano. Cree en este ser asustadizo, inverosímil, infiel. La fe solo en segundo lugar consiste en creer en Dios. En primer lugar la fe es actividad divina. Dios cree en las personas y con su promesa de fidelidad sustenta la libertad humana, las promesas humanas y las humanas muestras de la lealtad. La fe de Dios hace de un ser cualquiera un "hijo". Distinto del "empleado", el "hijo" y la "hija" viven conscientes de valer tanto como su padre y, feliz de sí, confiados, se exponen a la vida y luchan por ella sin engaños. Las obras humanas, incluso la mera fe humana, por sí mismas, son inútiles, tambalean y fracasan. La fe humana atina con Dios cuando, gestada por el Espíritu que nos hace "hijos en el Hijo", consiste en creer que somos dignos de fe entre nosotros mismos porque Dios nos ama, sostiene nuestros pasos y nos recoge de nuestras caídas.

Desde Jesús en adelante ha quedado claro que Dios comparte su protagonismo con la humanidad. Con nosotros los cristianos, que lo sabemos explícitamente, pero también con los que no lo son. Pues si la fidelidad divina fue visible a los cristianos en la rehabilitación de un crucificado, esta misma fidelidad se ha hecho extensiva al resto de la humanidad sin exclusión, y la verifica el Espíritu donde se da el hombre y la mujer auténticos. Toda persona humana es capaz de la verdad.

Recojo el caso del padre de Jung Chang, autora de *Cisnes Salvajes*. Cuando en la China de Mao arreciaba la delación, la traición y los falsos testimonios, una alta funcionaria del régimen acusó al padre de Chang de dudar de las palabras del líder: "Cada palabra del presidente Mao es como diez mil palabras y representa la verdad universal y absoluta". Aquel replicó: "Que cada palabra signifique una palabra constituye de por sí la proeza suprema de un hombre. No es humanamente posible que una palabra equivalga a diez mil".

¿Tiene sentido decir "palabra de hombre"? Sí. ¿Jurar por Dios? También, depende cómo se haga. ¿Prometer los jóvenes con voto "pobreza, castidad y obediencia perpetuas", para dedicarse por completo a la voluntad de Dios? Muchísimo. ¿Prometer lealtad a los superiores jerárquicos, al Presidente de la República, a la Constitución y las leyes? ¡Por supuesto! Nada tiene más sentido que la lealtad de los mártires, muertos como Jesús por confesar la trascendencia de su razón para vivir.

II

ENSAYOS

LA "PASIÓN DE CRISTO" DE GIBSON: ¿UNA PASIÓN EVANGÉLICA?

Conmueve ver a la gente sollozar al término de la película de Gibson. Comprendo que, teniendo un conocimiento previo de la vida y misión de Cristo, al reconocer en el film lo más sagrado de sus vidas las personas se emocionen y deseen ser aún mejores. Pero los impactos emocionales no bastan. Todo el bien que puede hacer la "pasión" de Gibson no excusa una reflexión sobre su verdadera calidad.

¿Qué nos puede gustar de la película de Gibson? Las vestimentas de judíos y romanos, pero esto es secundario. Las escenas en que Simón de Cirene ayuda a Jesús a cargar con su cruz son conmovedoras, pero son secundarias. Escuchar el desarrollo de la pasión en arameo y latín, pero esto también es marginal. La compañía de María a su hijo durante todo el transcurso del film, ella misma hermosísima, pero evidentemente este no es el núcleo del asunto. La tortura, los azotes, las burlas, los escupos, en una palabra, la brutalidad contra Jesús, su cuerpo lacerado y su mucha sangre derramada, esto es lo que debiera gustarnos. Mel Gibson pasará a la historia por esto, solo por esto. En lo demás no es nada original. La exhibición de la carnicería contra Jesús, esto debiera gustarnos, pues esto quiere Gibson que nos guste de su película. Todo el resto es secundario. Si esta flagelación tan sanguinaria no nos gusta, si este despliegue obsceno de violencia física no hace contacto con nuestra maldad, que nos gusten otras cosas defraudaría a su autor. Gibson quiere darnos una estocada impúdica al corazón.

Pero que la exhibición de la crueldad nos guste en el caso de Cristo, no puede quedar en el plano cinematográfico. Se trataría en el mejor de los casos de un éxito estético. Para un ser humano, sin embargo, la destrucción de otro ser humano ni aún en el cine debiera dejarlo indiferente. El arte cumple una función humanizadora. ¿Cómo la pasión de Cristo de Gibson pudiera hacernos más humanos? Esta película nos sensibiliza en contra de la tortura y la violación de los derechos. Bien hecho.

Pero hay algo más, algo más importante. Se trata de la flagelación del Hijo de Dios. ¿Puede gustarnos la laceración del Hijo de Dios? Tendría que darse una razón muy poderosa para que así fuera, pues tendría que ser una razón que triunfara sobre la razón contraria que impide a muchos creer en el Dios de los cristianos, a saber, que ha sido teológicamente necesaria la crucifixión de un inocente para que se conceda a los pecadores la salvación. ¿Cómo tendría que ser la explicación de la salvación cristiana mediante este exceso de crueldad, crueldad física mucho mayor a la que evidencian los sobrios evangelios, para que "la pasión" de Gibson nos mueva a creer en Dios?

Sin una explicación plausible de tanta crueldad, sería extraño que alguien gozara con "la pasión" de Gibson. Y, por cierto, hay una explicación razonable, latente en la película y central para los cristianos. ¡El sentido de la pasión es un misterio! Otros nos dirán que esta no es razón. Es que no podemos obligarlos a que creer en un Dios crucificado. Para los que creemos que la muerte del ser humano y el asesinato de millones de inocentes en la historia de la humanidad no son la última palabra de la realidad; los que creemos que un día habrá justicia para las víctimas de la injusticia y perdón y vida eterna para todos los convertidos al amor, el Misterio

Pascual de Cristo es la razón de nuestra vida. Sí, el misterio de la cruz de Cristo es la única razón que tenemos para vivir y esperar. Pero hay misterios y misterios. La interpretación correcta del misterio de la pasión de Cristo tiene una importancia capital.

La cuestión del gusto por la película de Gibson nos lleva a la pregunta decisiva: ¿puede gustarle a Dios un film semejante como interpretación de la pasión de su Hijo? No creo. Dos son, a mi juicio, los errores acerca de la salvación cristiana implicados en la película. Primero, se reduce la salvación al perdón de los pecados y, segundo, ella opera a través de la sustitución penal de Cristo. Gibson incurre en estos dos fallos al desconectar o conectar pésimamente la pasión de Jesús con su historia anterior y con su resurrección.

LA SUSTITUCIÓN PENAL DE CRISTO

Probablemente Mel Gibson es inconsciente de la teología que él reproduce y propaga. Su película ofrece salvación a los pecadores, pero no como un don gratuito de Dios.

Hasta el año 1000 aproximadamente predominó en la Iglesia la teología de los padres griegos que subrayaba la importancia del don de Dios mismo en Cristo crucificado. Para colaborar en su salvación, los seres humanos debían creer que, al entregarse Dios en la cruz por ellos, los amaba y salvaba libre y gratuitamente. En esta perspectiva, lo que el ser humano hacía por su propia salvación dependía de lo que Dios había hecho por ella. En lo sucesivo sucedió al revés. Desde san Anselmo en adelante, aun cuando en este santo

predomina la convicción de la misericordia de Dios con las víctimas del pecado, la teología latina giró en contrario. Se afirmó que la salvación la otorga Dios gracias a la satisfacción que Cristo crucificado le ofrece en representación de quienes no pueden, siendo pecadores, reparar la ofensa de su honor divino herido por los pecados. En lo sucesivo se desarrollaron teologías que, extremando la importancia de la entrega del hombre Jesús exclusivamente en la cruz, terminaron por abolir la gratuidad del sacrificio y de la salvación cristiana.

Cito a Bossuet, predicador francés del siglo XVII, magnífico en describir la venganza de Dios calmada en la cruz a costa de su Hijo: "Era preciso que todo fuera divino en este sacrificio; era necesaria una satisfacción digna de Dios, y era menester que Dios la luciera; una venganza digna de Dios, y que fuera también Dios quien la hiciera". Y sigue: "Era menester que el gran golpe del sacrificio de Jesucristo, que derriba a esta víctima pública a los pies de la justicia divina, cayera sobre la cruz y procediera de una fuerza mayor que la de las creaturas. En efecto, solo a Dios pertenece vengar las injurias; mientras no intervenga en ello su mano, los pecados solo serán castigados débilmente: solo a él pertenece hacer justicia a los pecadores como es debido; y solo él tiene el brazo suficientemente poderoso para tratarlos como se merecen. '¡A mí, dice, a mí la venganza! Yo sabré pagar debidamente lo que se les debe: *Mihi vindicta et ego retribuam*' (Rom 12, 19). Era pues preciso, hermanos míos, que él cayera con todos sus rayos contra su Hijo; y ya que había puesto en él todos nuestros pecados, debía poner también allí toda su justa venganza".

Como esta, varias otras teologías localizaron la salvación en el paradigma de la justicia penal. Enseñaron que

Dios castigó a Cristo en lugar de la humanidad. De tanto aislar el sacrificio de Jesús, redujeron los protagonistas de la cruz a dos, a Cristo que sustituye en ella a la humanidad y al Padre que la castiga en su Hijo. Esta tremenda aberración ha hecho posible olvidar al tercer protagonista: fariseos y sacerdotes, los romanos, los únicos que procuraron directamente su muerte. Lo mismo ocurre en la película. Dos son los personajes: el Hijo y el Padre (que castiga en su hijo a los pecadores por medio, a su vez, de los mismos pecadores). Los demás no son "personajes", sino meros sujetos cuya actuación (y en particular su pecado) es ininteligible.

Gibson excusa a Pilatos, acusa a las autoridades judías, pero traspapela la verdadera razón que tuvieron para matar a Jesús: un reino de Dios ofrecido tan generosamente a pobres y pecadores echaba por tierra una religiosidad de premios y castigos. Abrogado el temor por el amor, las autoridades religiosas no tendrían cómo retener a las víctimas de las normas y ritos que ellas mismas habían multiplicado para someterlas a una religiosidad absolutizada, es decir, una conjunto de preceptos y hábitos que usurpaban a Dios la posibilidad de seguir orientando interiormente la libertad y las conciencias. Pero, al suprimir la gratuidad de la salvación, al exigir un castigo suficiente por los pecados, seguramente sin entender lo que está haciendo, Gibson pervierte el misterio del cristianismo, pues hace del sufrimiento como castigo el secreto de la salvación.

¿En qué sentido, en realidad, el sacrificio de Cristo ha sido grato a Dios? Jesús no fue masoquista. Su Padre no fue sádico. Grato a Dios ha podido ser el sacrificio de Jesús a lo largo de toda su vida, no solo en su pasión, particularmente desde que predicó la Buena Noticia del amor incalculable del padre del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) y de la paga

desmesurada del patrón a trabajadores que merecían infinitamente menos (Mt 20, 1-16). Ciertamente Dios no ha podido sino repudiar los azotes que infligieron a su Hijo los soldados romanos. Dios solo ha podido querer que nunca más una criatura suya fuera torturada y, para ello, quiso Él mismo en Jesús solidarizar hasta la muerte con las víctimas del pecado. A Dios es grato el amor de aquellos que, como su Hijo Jesús, hacen suyas las penas ajenas aunque ello les cueste la vida. Para revelar este tipo de amor, para que este amor entrara de una vez por todas en este triste mundo, Jesús creyó necesario seguir hasta el final y su Padre, paradójicamente abandonándolo, sostuvo su libertad en vez de intervenir milagrosamente en su ayuda. Así Dios nos hizo libres, hijos del amor que vence el temor. Lo dice magistralmente la primera carta de Juan: "No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud del amor. Nosotros amemos, porque él nos amó primero" (1 Jn 4, 18-19). Dios no necesita dañar para salvar. Gracias a Jesús, Dios convierte en salvación el daño que las personas se hacen unas a otras. Dios no sabe castigar. Solo sabe amar.

REDUCCIÓN Y ALTERACIÓN DE LA SALVACIÓN

La película de Gibson repite el error de las interpretaciones penales del sacrificio de Cristo, pues aísla la pasión de Cristo de su predicación del reino de Dios y la conecta malamente con la resurrección de Jesús. Así, aislada, la pasión y muerte de Cristo despeja el camino a la justificación teológica de la

irracionalidad de la violencia contra él y, en principio, la de la violencia contra los chivos expiatorios.

Si viera el film una persona que no conoce la historia de Jesús, no entendería nada. Pensemos en un habitante de Bangladesh que nunca ha oído hablar de Cristo. Si a esta persona se le explica que gracias a esta flagelación y este crimen horroroso Dios "perdona los pecados" de la humanidad, esta persona entenderá todavía menos o concluirá que Dios es un monstruo, una divinidad vanidosa, sanguinaria y feroz.

Sucede que, al prescindir Gibson de la vida de Jesús anterior a la pasión, desecha la única posibilidad de entender que el Misterio Pascual en el cual los cristianos creemos, es el misterio del amor de Dios y no el enigma de un "dios" que necesita castigar para salvar. La pasión es conclusión de la historia de Jesús e inicio escatológico de su reinado. Si se desconoce que Jesús tuvo un proyecto, el reino de Dios, en los solos episodios de la pasión es imposible descubrir por qué lo asesinaron. La razón histórica de la muerte de Jesús, en el relato de Gibson, se halla completamente pulverizada. Al voleo se arguye que se tuvo por "rey de los judíos" o "mago". Se le acusa de violar las leyes del templo, de criminal, de loco, de hacerse llamar Hijo de Dios, de no observar el sábado, de enseñar una doctrina engañosa, de liderar una secta, de negarse a pagar el tributo al César. La mayor claridad la obtenemos cuando se lo sentencia por blasfemia. Aun cuando esta acusación pudiera acreditarse como históricamente segura, ella no constituye "la razón" por la cual lo mataron sino la razón argüida para matarlo. Esta excusa no es la razón, sino un modo de ocultar la verdadera razón. Tampoco ha podido serlo acusar a Jesús de una pretensión mesiánica. Solo así consiguió el Sanedrín que los romanos

lo condenaran. Pues, además de tratarse de una verdad a medias, también sirvió para escamotear la verdadera razón. La suma de la blasfemia y de las demás acusaciones, tantas falsas razones, no alcanza para concluir que a Jesús lo mataron por anunciar el reino de Dios. Por el contrario, esta suma sirve para esconder este dato fundamental. La única referencia de Gibson al reino de Dios es para decirnos con Jesús: "mi reino no es de este mundo", siendo que la novedad más extraordinaria de Jesús fue haber proclamado la actualidad del reinado de Dios innumerables veces, habiendo anticipado simbólicamente en la institución de la eucaristía la consumación escatológica de este reino en virtud de su muerte inminente. ¿No esconde un reino meramente futuro una negación de conflictos cuya elucidación verificaría su alegría ya en el presente? Gibson no parece entender que, sin el Misterio Pascual, es el reino de Dios el que no habría acabado de llegar; y que, sin la predicación pre pascual de Jesús, el Misterio Pascual no solo es ininteligible sino que se presta a la sustitución de la alegría cristiana por la mistificación sado-masoquista del sufrimiento.

También llama la atención, en línea con lo anterior, la importancia que se da a la resurrección en la película. Tratándose de un film sobre la pasión, sería injusto pedirle a Gibson todo un desarrollo de los alcances históricos y cósmicos de la acción del resucitado. Pero la única conexión con lo anterior, sin embargo, es que Jesús resucitado está limpio de sangre y en las manos se advierten las cicatrices de la pasión. Jesús se levanta y camina. Está en paz, pero no goza. Ha dejado de ser "personaje" para convertirse en un ente inofensivo. Nada habla de su drama interior superado, del conocimiento alcanzado después de haber ignorado el futuro próximo o de su pasión por la humanidad.

Es más, ¿no había sido ajusticiado injustamente? La resurrección del Cristo de Gibson no es justicia para el inocente Jesús. Para este Cristo no hay rehabilitación como víctima del pecado. Pero tampoco es el Mesías que reina amorosamente junto al Padre. Todos los dados se han jugado para el perdón de los pecados, pero no para la liberación de los crucificados. Jesús como víctima de la injusticia no interesa. Menos importa su causa: el reino de Dios a favor de los pobres, víctimas inocentes de una sociedad y religiosidad opresivas. A lo más se ofrece el caso de uno solo que, resucitado, ya no padece más. Cristo ya no sangra. La resurrección del Cristo de Gibson no es justicia para el inocente Jesús.

De suyo, su resurrección de la muerte no ha podido bastar para rehabilitar a Cristo si el Padre no acredita su justicia y la de las demás víctimas inocentes. Tampoco a sus discípulos la resurrección de Jesús los rehabilita después de haber seguido a un condenado a muerte. En los Evangelios, en cambio, la resurrección es proclamada por los testigos que anuncian gozosos la acción portentosa del Padre que a ellos mismos los enaltece con el exaltado, sacándolos definitivamente de una religión opresiva y envalentonándolos para anunciar la Buena Nueva. En razón de este grave olvido, el resucitado de Gibson no ofrece esperanza a las demás víctimas inocentes del pecado, sino que perpetúa la posibilidad de usarlas para la salvación de los crucificadores. Si Jesús había enseñado que los mandamientos y los ritos son un medio y la persona humana es un fin, el Cristo resucitado de Gibson no tiene fuerza teológica para impedir que los seres humanos sigan amando a su prójimo para solamente cumplir la Ley, solo por miedo, en vez de amarlos como el nazareno, libre y desinteresadamente, por un amor auténtico por el prójimo.

El film de Gibson se aparta gravemente de los Evangelios, no porque, tomando un poco de todos (especialmente de San Juan, que acusa indistintamente a los judíos de la muerte de Cristo), elabora una especie de quinto evangelio. Es legítimo hacerlo. Tampoco porque añada cosas que no aparecen en los Evangelios. Los místicos lo han hecho. Gibson nos aleja de los Evangelios porque ofrece salvación para los pecadores, pero no para las víctimas del pecado. Y en que, para hacerlo, instrumentaliza a Jesús, pues su cruz sirve para salvar a los que lo crucifican pero su propio drama queda sin redención ni tampoco su causa: la irrupción de la misericordia de Dios con los últimos de siempre.

La "pasión de Cristo" de Gibson no molesta tanto por la violencia física que exhibe como por la violencia moral y religiosa que camufla.

LA RESISTENCIA FARISEA AL REINO DE DIOS

La verdadera razón de la muerte de Cristo hay que buscarla en el proyecto de Jesús y en la oposición a él de las autoridades judías. Los *flashback* de Gibson a la historia anterior a la pasión no completan lo que falta y, en todo caso, confirman lo dicho.

¿Quién mató a Jesús? A Jesús no lo mataron los esenios (especies de monjes), ni los zelotes (revolucionarios), ni sus discípulos (salvo Judas que lo traicionó), ni su madre ni las demás mujeres que lo acompañaron hasta el final, ni los miserables que lo seguían esperanzados, todos ellos tan judíos como Jesús. A Jesús no lo mataron los judíos. A Jesús lo mataron fariseos y sacerdotes saduceos, las autoridades

religiosas judías que consiguieron de los romanos que lo eliminaran con una pena tipificada para los rebeldes políticos.

¿Es la película anti-semita? Unos dirán que sí, otros que no. Aparentemente esta discusión es inútil. Pero el Cristo de Gibson ofrece salvación a los judíos en cuanto pecadores, pero no en cuanto víctimas. En este film la salvación es para los que, preocupados de su destino eterno, deben cuidarse del peligro de un "dios" capaz de vaciarles los ojos a picotazos. Es salvación para el hombre y la mujer religiosos más preocupados de su auto perfección que de dañar o hacer el bien a su prójimo. El prójimo aquí no entra más que como medio, como instrumento de salvación de quien procura solo su propia santidad. Es el mendigo de las calles de las grandes ciudades, útil a la vanagloria y a la santificación de los mismos que, de maneras inconfesadas, no pagan a sus trabajadores un sueldo digno de un ser humano.

La razón de la muerte de Jesús hay que buscarla en su enfrentamiento frontal con la religiosidad opresiva de los fariseos y saduceos, la religiosidad totalitaria que cerró las posibilidades de obedecer la voluntad amorosa de Dios, más allá de las prescripciones de la Ley y de los sacrificios del Templo. Jesús predicó el reino de Dios a los malditos por esta religiosidad, a saber, las víctimas del pecado (los pobres) y a los despreciados por considerárselos pecadores (con quienes no se podía compartir el pan). Al reino Jesús abre la puerta mediante la fe en la bondad inaudita de Dios, su Padre y nuestro Padre, consistente fundamentalmente en la prevalencia en las relaciones humanas del amor al prójimo, amor que prolonga el amor con que Dios ama a buenos y malos; amor libre y gratuito, indiferente al reclamo de los que pensaban canjear con Él un privilegio por su buena conducta e infinitamente magnánimo para perdonar a los que

aquella religiosidad condenaba a la vergüenza. Al acercarse Jesús con libertad y amor a los últimos de su sociedad, llevando a ellos la noticia que para Dios ellos, y no los justos, serían los primeros, se comportó como un subversivo. Minó la base de la sociedad religiosa israelita, agitó las aguas y activó la alerta del Imperio romano. Jesús resultó insoportable para los poderosos. Los débiles, en cambio, vieron en él a un libertador y lo siguieron con esperanza. Pero, ¿podía esta esperanza prosperar si desautorizaba a los que pretendían monopolizar a Dios? De ninguna manera.

Para ver más de cerca el conflicto que Jesús desató con su conducta, es útil detenerse a considerar quién era fariseo en ese entonces, pues con los fariseos su enfrentamiento fue total. Dice el Evangelio que, ante "algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás", Jesús pronunció esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: '¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias'. En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: '¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!' Os digo que este bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce será humillado; y el que se humille será ensalzado". (Lc 18, 10-14). ¿Es que Jesús despreció las buenas obras de los fariseos? No en cuanto obras buenas, sino en tanto que usadas para obtener de Dios un derecho que se podía cobrar en las relaciones humanas como un privilegio sobre los demás en su contra.

Atención: los fariseos eran tenidos por gente buena y muchos lo eran. Es problema es que gastaban una enorme

energía en vender a otros una buena imagen de sí mismos. Vivían para esta imagen, la imagen de quién cumple la Ley mosaica. Pero como el fariseo nunca está a la altura de su cumplimiento, lo acosa la angustia de que tarde o temprano lo descubran. Mientras tanto vive una doble vida. Para captar la esencia del fariseo, facilita las cosas saltar al presente. Se trata de un personaje universal. Si el fariseo es cristiano puede estar casado, ser un buen padre de familia, ir todos los domingos a misa, y tener una amante. Se confiesa y sigue. El lado oscuro de la vida, no obstante todo su empeño, lo persigue como la sombra. Entretanto, aparenta. Vive aparentando. Es decir, ocultando, enmascarando, disfrazando sus intenciones malsanas, sus grandes y pequeños fracasos, disimulando los conflictos que no puede resolver y que no tiene fuerzas para resolver, porque toda la fuerza la ha apostado a ser la imagen perfecta de sí mismo a partir de la cual se relaciona con los demás, imponiéndoseles por su conducta formalmente intachable. Al sacrificar al ídolo de su imagen su identidad más profunda, se priva de su propia originalidad.

El fariseo no solo se menoscaba a sí mismo. Su perfeccionismo hipócrita también perjudica a su prójimo. Son clásicas las controversias de Jesús acerca de la interpretación del descanso sabático judío. Si para los fariseos es más importante cumplir la norma, para Jesús lo es ocuparse de las personas. Jesús defiende a sus discípulos que, arrancando espigas, violan la letra de la Ley porque tocó que un día determinado sintieron hambre. Jesús no interpreta la Ley para acreditar la imagen portentosa de sí mismo ni para imponerse con prepotencia a sus adversarios sino porque ve necesario que sus discípulos coman. Así observa el sábado. Su criterio es que “el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27). A los fariseos les interesa

adecuarse a la generalidad de la norma, es su normalidad la que los prestigia. A Jesús la normalidad le importa poco. Por ello lo acusan de loco. La norma le sirve de guía para socorrer a las personas particulares, a los casos concretos, especialmente a los que son víctimas de la falsa religiosidad. Dice San Marcos que, habiendo una persona con una mano paralizada, Jesús la curó, escandalizando a sus adversarios: "Estaban al acecho a ver si le curaba en sábado para poder acusarle. Dice a la persona que tenía la mano seca: 'Levántate ahí en medio'. Y les dice: '¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?' Pero ellos callaban. Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice a la persona: 'Extiende la mano'. Él la extendió y quedó restablecida su mano. En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle" (Mc 3, 1-6).

A Jesús lo matarán por cumplir la Ley no a la letra, sino de acuerdo al espíritu del Legislador, a saber, el Espíritu Santo. En esto ha consistido el reino por él anunciado, en confiar en Dios mismo más que en su Ley y obedecer su voluntad en contra de los artículos de la Ley cuando esta es invocada para oprimir a su pueblo.

La "disociación cognitiva", trastorno bien estudiado por la psicología contemporánea, encuentra en el fariseo el mejor de los ejemplos. Leyendo los Evangelios con atención, los psicólogos y psiquiatras pueden hallar en ellos un material extraordinario no solo para tipificar algunas enfermedades muy tristes, sino para descubrir en la autenticidad e integridad de Jesús el triunfo sobre el narcisismo religioso. Jesús, en vez de trabajar para su imagen, en vez de utilizar a los demás para justificar su proyecto, se consagra por entero a liberarlos de los que los oprimen en nombre de Dios.

También se enfrentó Jesús a los sacerdotes pertenecientes al partido de los saduceos, la clase alta de entonces. Ellos administraban el Templo y los sacrificios que en este se realizaban para el perdón de los pecados. Así como Jesús relativizó la importancia de la Ley mosaica en orden al advenimiento del reino de Dios, lo mismo hizo respecto del Templo. Para Jesús la fe en Dios se vive principalmente puertas afuera del Templo, pues para él, como para los profetas de Israel, el sacrificio grato a Dios es el amor al próximo. La idea antigua y original de estos sacrificios era ofrecer a Dios en gratitud lo mismo que Dios había dado generosamente, y no bajo condición. Jesús denunció provocativamente la alteración del sentido del sacrificio (Mc 11, 15-18). En el futuro la eucaristía tendrá que ser sacramento de un sacrificio solidario más que ritual (1 Cor 11, 17-33).

Gibson exhibe la sangre, pero oculta el conflicto. Al negar la historia del conflicto, niega al misterio de la cruz la posibilidad de entenderla como amor gratuito y vacía a la eucaristía de la originalidad del sacrificio de Cristo. Gibson resalta el sacrificio de Cristo, pero cancela la gratuidad del amor de Dios ofrecida primero a las víctimas del pecado y, mediante estas, a los pecadores. A la pasada, hiere el pudor de mayores y menores.

¿UN FILM ANTI-SEMITA?

El Cristo de Gibson no parece ser Evangelio para los judíos de Auschwitz y Dachau, los pobres latinoamericanos, las víctimas de Stalin y de Mao, los nuevos crucificados del

terrorismo islámico, vasco o checheno. La discusión puede quedar abierta excepto en un punto: si esta película fuera anti-semita, por la misma razón sería anti-cristiana. Un Cristo que sea Evangelio para los cristianos, pero no para los demás, sería lo más cercano a un Anti-cristo. Un Cristo que moviera a reducir a la Iglesia Católica a una comunidad cerrada a la acción de Dios en los otros credos y personas, poseedora exclusiva de Dios, no solo podría representar un peligro para la convivencia social, sino que abrogaría la vocación más profunda de la misma Iglesia a anunciar a Jesucristo como Buena Noticia a todos los que han de ser considerados creaturas de Dios.

No soy experto en cine, luego entiendo que otras personas tengan una percepción diversa de la "pasión de Cristo" de Gibson. Todas las interpretaciones son respetables, aunque no cualquiera sea igualmente válida. A mi juicio, este film se suma a las comprensiones defectuosas del sacrificio de Cristo que han podido hacer daño a la causa del Evangelio. Muchos no son cristianos porque les parece que, de alguna forma, la cruz justifica el sufrimiento inocente, la irracionalidad de la violencia y la perpetuación de la culpa. Entre los cristianos, aquí y allá, lamentamos las consecuencias de la inversión del sentido del sacrificio de Cristo cuando, para vivir nuestra fe, debemos participar activa o pasivamente de la dureza de un "dios" que no es el Dios exigente pero tierno de Jesús. Dolorismo, victimismo, servilismo, autoflagelación, resignación, sometimiento, indulgencia con la tortura, miedo a equivocarse, anulación del valor de la libertad en el cumplimiento de la ley moral y expropiación de las conciencias, son muestras que arruinan nuestra imitación de Cristo. Seamos sinceros: el cristianismo no se ha librado de reciclar el fariseísmo. Para camuflar nuestra hipocresía los cristianos

solemos negar la historia, esconder los conflictos no resueltos y, para ajustar las cuentas con la imagen idolátrica que deseamos cultivar de nosotros mismos, endosamos a los inocentes las culpas que no podemos soportar.

¿Habría bastado una gota de sangre de Cristo para la salvación de la humanidad? Unos pensaron que sí. Gibson parece convencido de que ha sido necesaria mucha sangre. ¡Absurdo! No es la sangre de Cristo, la pura pasión, sino la entrega de toda una vida para hacer creíble que Dios abomina la violencia y sus víctimas, lo que ha sido establecido como principio del reino de vida plena que, a partir de la resurrección de su Hijo, Dios comparte gratuitamente con todas sus creaturas comenzando por los judíos. No es el dolor de suyo, sino el amor apasionado y misericordioso del mismo Hijo de Dios para que no se pierda una sola gota derramada de sangre inocente, para que la memoria de ninguna víctima sea borrada para siempre, lo que merece fe y da esperanza a los crucificados de la historia y a los que cargan con su cruz de cada día. Es la compasión cristiana con las personas concretas que sufren los efectos de los pecados propios y ajenos, la vía mistagógica a través de la cual los pecadores pueden verificar en su beneficio el perdón que Dios les ofrece libre y desinteresadamente. Son las víctimas, que representan sacramentalmente a Cristo (Mt 25, 31-46), las que introducen a los pecadores en el reino de Dios, en el misterio del amor gratuito en que Dios mismo consiste.

Jesús, en síntesis, quiere decir que Dios es humano. Humano por compartir nuestra vida y destino. Humano por amar y sufrir por la humanidad hasta el extremo. Jesús ha sido humano mucho más que nosotros. Tanto, como solo Dios puede serlo. Pero a unos cuesta entender que su divinidad no menoscabe su humanidad y a otros, que un hombre como él pueda ser divino.

Jesús es tan divino, se piensa, que no ha podido ser muy humano. Sucede también lo contrario. Hoy hay tal certeza de su humanidad que resulta difícil creer que ha podido ser Dios. La Encarnación del Hijo de Dios es un auténtico misterio. Es arduo para el pensamiento hacerse a la idea de reunir en una sola persona dos magnitudes —la divinidad y la humanidad— que parecen competir entre sí. Pero en Jesús, Dios no compite contra la humanidad, compite contra el pecado de la humanidad para salvarla del sufrimiento y de la muerte. La divinidad no menoscaba la humanidad de Jesús. La perfecciona. Jesús, más que cualquier otra revelación, revela cómo es verdaderamente Dios y cómo se llega a ser persona humana en plenitud.

LA PSICOLOGÍA DE JESÚS

Sea para nosotros Jesús un *hombre divino*, sea un *Dios humano*, no será fácil explicar cómo se articulan en la unidad

psicológica de la persona del Hijo de Dios estos dos aspectos suyos, su humanidad y su divinidad. Su psicología humana es expresión de su persona divina, pero Jesús solo humanamente se ha sabido el Hijo de Dios. El tema ha sido debatido a lo largo de toda la historia de la Iglesia y continuará siéndolo.

Los Evangelios nos cuentan que Jesús fue admirable por su sabiduría y autoridad. Pero, ¿cómo pudo saber un ser humano que nace en una pesebrera, sin hablar ni entender palabra, que él es Dios? ¿Lloraba para parecer humano o porque efectivamente era falible e ignoraba su futuro? Bernard Sesboüé, destacado cristólogo contemporáneo, se interroga: "¿Cómo Jesús, en el curso de su vida humana prepascual, ha tomado y ha tenido conciencia de ser el Hijo de Dios?"[1].

Se equivocó Santo Tomás al conceder a Jesús de Nazaret la llamada "visión beatífica", el conocimiento y la fruición de Dios propios de los bienaventurados en la gloria. El Hijo de Dios ha compartido en serio, y no en apariencia, nuestra historicidad. Los teólogos actuales se esfuerzan por combinar dos asuntos difíciles de compatibilizar: que Jesús ha llegado a saber históricamente, por una evolución intelectual e incluso espiritual, aquello que en virtud de su personalidad divina ha sabido desde siempre. Esto es, que su identidad última era divina y no meramente humana. Para explicarlo, Karl Rahner sustituye el concepto de "visión beatífica" por el de "visión inmediata", para decir que Jesús ha llegado a saber objetivamente (por medio de la experiencia y el lenguaje humano) lo que subjetivamente ha intuido desde

---

1 Bernard Sesboüé, *Pédagogie du Christ* (Paris 1994) 163.

su concepción (su unidad sustancial con Dios). De modo semejante, las personas intuimos nuestro destino trascendente. No sabemos bien cómo concretarlo. Pero nos atrae como una meta que pide de nosotros inventar un recorrido. Además del anterior, los teólogos admiten en Cristo un "conocimiento infuso", parecido al de los profetas y los grandes visionarios. Este ha permitido a Jesús comprender las Escrituras, el plan divino de salvación, el sentido salvífico de su muerte en cruz, en una palabra, su propia misión redentora y reveladora.

Por último, los teólogos reconocen en Cristo un "conocimiento adquirido". Por este cualquier ser humano se apropia experiencialmente del mundo. Su reverso es, por cierto, la ignorancia, la prueba y posibilidad de equivocarse. Por muy sabio que haya sido el niño Jesús delante de los doctores en el Templo, el mismo Lucas cuenta que "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante otros seres humanos" (Lc 2, 52). La Epístola a los Hebreos señala que "aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer" (Lc 5, 8).

Jesús ha podido ignorar muchas cosas. ¿Cómo pudo saber que la tierra es redonda y que gira alrededor del sol? En ese tiempo todos pensaban que era plana. Nada dice el Nuevo Testamento, pero desde el momento que él mismo dice: "Mas de aquel día y hora (del juicio), nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre" (Mc 13, 32), hemos de imaginar que Jesús comparte con nosotros una ignorancia bastante significativa. En el año 600 el papa Gregorio Magno, sin embargo, descartó afirmar una ignorancia privativa en Cristo, es decir, una que le hubiera impedido cumplir su misión de revelador del Padre y su designio de salvación.

A propósito de su voluntad y libertad caben otras preguntas: ¿pudo Jesús decir a su Padre "Este cáliz yo no lo bebo" (Lc 22,42)? ¿Pudo desobedecerle? Si se dice que tuvo auténtica voluntad humana, autonomía plena, ¿pudo pecar? Y si no podía pecar, ¿qué clase de libertad tuvo?

El concilio de Constantinopla III (años 680/681) definió que su naturaleza humana es íntegra, y que se adecua armónicamente a las exigencias de la divinidad. Constantinopla III estableció que en Jesucristo hay dos actividades y dos voluntades, humana y divina respectivamente, contra el parecer del Patriarca Sergio y del Papa Honorio. Estos, para cerrar toda posibilidad de pecado en Cristo, exigían se reconociese nada más una actividad (Sergio) y una voluntad (Honorio). Si la actividad y la voluntad en Cristo habrían de considerarse unas y divinas, la salvación quedaba asegurada. Pero, en este caso, la redención no habría sido querida ni procurada por un ser humano. El concilio, sin embargo, no explicó cómo se adecuaba perfectamente la voluntad humana de Jesús con la voluntad de su Padre. Se limitó a afirmar los datos fundamentales de la revelación: la integridad de la humanidad de Jesús y su carencia de pecado (Hb 4,15). También otros concilios insistirán en que Jesús no pecó ni tuvo pecado original (Toledo el año 675 y Florencia el 1442). Se dirá, además, que no compartió nuestra concupiscencia (Constantinopla II el 553), aquella consecuencia del pecado que, no siendo pecado, persiste incluso en los bautizados, inclinándolos a pecar (Trento el 1546).

El Salvador no pecó, fue inocente. Pero conoció la tentación. Aunque la tentación de Jesús no fue como la nuestra, contaminada de concupiscencia, la Epístola a los Hebreos señala que fue "tentado en todo igual que nosotros" (Hb 4,15; Hb 12,1-2). Pero, ya fueran las tentaciones mesiánicas

como aquella con que Pedro invita a Jesús al triunfo sin la cruz (Mc 8,31-33; Mt 4, 1-11), ya la de Getsemaní (Lc 22, 29-46), Jesús las rechazó para hacer la voluntad de su Padre.

¿Cómo explicar la libertad de Jesús frente a su Padre? Conviene distinguir dos aspectos de la libertad: la libertad como *libre arbitrio* y como *autodeterminación en razón del bien*. Gracias al libre arbitrio, como en un supermercado, "elegimos" entre diversas posibilidades mejores y peores, inocuas desde un punto de vista ético. Pero existen dos libertades más profundase. Una, la de "elegirse". Otra, la de "elegir ser elegido". Al "elegirnos" nos liberamos "de" todas aquellas cosas que nos esclavizan (dinero, estatus, trabas psicológicas, culpa, etc.) "para" escoger y amar bienes verdaderos (los hijos, la esposa, el bien común, etc.). Jesús debió gozar de libertad plena. Eligió tener y no tener. Nada ni nadie decidió por él. Por otra parte, Jesús "eligió ser elegido". De su madre, probablemente, aprendió a decir "sí" a los llamados de Dios. Él, tanto amó la voluntad de su Padre que no pudo decirle "no". Su estrecha unión con él, por amor, no por temor, le hizo hacer suya la misión que su Padre le pedía cumplir. ¿Acaso podríamos convencer a un enamorado empedernido que su querida no le conviene, que mejor piense en otra? Imposible. De modo semejante, en virtud de su libre arbitrio Jesús ha podido elegir entre diversos medios para cumplir su misión. Fue incluso tentado para apartarse de ella. Pero dominó en él la disposición mariana de asumir libremente la actitud del siervo del Señor. Por su amor extraordinario a su Padre y a nosotros, Jesús vivió absorto en su misión y no pudo sino llevarla a cumplimiento por la entrega de su vida.

LA MISERICORDIA DE JESÚS

Hemos argumentado como si fuese necesario probar que Jesús fue humano. Si esta óptica es comprensible entre los fieles creyentes encandilados con la sublimidad del Señor, ella suele ser incomprendida por la mentalidad contemporánea que se pregunta más bien cómo ha podido Jesús ser Dios. En adelante destacamos cómo la perfección de la humanidad de Jesús no consiste principalmente en haber compartido en todo nuestra naturaleza humana, sino en haberla puesto en juego hasta la muerte, revelando de este modo cuál es su sentido e, indirectamente, cómo es el Dios que promueve su realización definitiva. Esperamos así dar razón no solo de la divinidad del ser humano Jesús, sino sobre todo del significado último del hecho de ser una persona de nuestra especie.

En el lenguaje corriente, se dice de alguno que es muy "humano" por su cercanía a las personas, su trato cordial, su capacidad de empatizar, comprender y perdonar. "Humano" porque, sin ser cómplice, se involucra con las penalidades del prójimo y, para ayudarlo a superarlas, comparte su destino. Este concepto de humanidad se aplica a Jesús antes que a nadie. Porque, si asumiendo una psicología humana con todas sus posibilidades y limitaciones Jesús es uno más de nosotros, en tanto hizo entrar personalmente en la historia el amor compasivo de Dios no fue uno más, sino el mejor de todos. Es Jesús misericordioso, y no el promedio de la humanidad, lo que determina qué significa "ser humano".

Atendamos a su historia. Jesús centró su predicación en el anuncio del reinado de Dios: la cercanía de la bondad inaudita e incomprensible de Dios. Jesús vivió para su Padre

y para el reinado de la bondad de su Padre entre nosotros (Mc 1, 14-15). Los destinatarios primeros de este reino fueron los pobres y los despreciados por considerárselos pecadores.

Jesús predicó el reino a los pobres (Lc 4, 14-19). El nacimiento pobre de Jesús en Belén no es un dato circunstancial de su vida, sino que constituye todo un símbolo de solidaridad compartida con los preferidos de Dios (Lc 1, 46-56). Jesús se identificó con los pobres en una miseria que en todo tiempo es un pecado, jamás una etapa de la humanización. Los "pobres de espíritu" como Jesús alcanzan la perfección evangélica más que por no cometer errores, más que por no experimentar la duda y el sufrimiento, conmoviéndose, identificándose con las víctimas de la "inhumanidad" y actuando en favor de ellas. La perfección evangélica ama incluso al enemigo, consiste en ser "misericordiosos como Dios es misericordioso" (Lc 6, 36; Mt 5, 43-48).

Jesús también ofreció el reino a los despreciados por pecadores, aquellos que no estaban en condiciones de cumplir con el moralismo de los fariseos y a los que violaban la Ley sin más (Lc 5, 29-32; 15, 1-2). Prueba de la gratuidad del reino es que se ofrece precisamente a quienes no tienen ni bienes ni obras que intercambiar por él. Pero Jesús va todavía más lejos. Sin abolir la Ley, trasgrede la Ley cuando su rigidez atenta contra su sentido benigno originario (Jn 8, 1-11) o ¡la cambia!, si se ha vuelto inhumana (Mt 19, 1-9).

Nada ilustra mejor la humanidad de Jesús que los amigos que tuvo y los lugares que frecuentó. Se rodeó de los marginados de su época. A sus discípulos los escogió de entre todo tipo de personas, principalmente gente humilde. Tuvo incluso discípulas mujeres, insólito en la antigüedad. Se le acusó de "comilón y borracho" porque tomaba y bebía

con gente de mala fama, y se lo despreció por codearse con publicanos y dejarse acariciar por prostitutas (Lc 7, 33-50). Jesús anticipó el sentido de la Eucaristía compartiendo la mesa con los "malditos", los pecadores y los pobres.

Pero no es que Jesús se haya sumergido en los bajos fondos de la sociedad para proclamar su legitimidad. Sucede que el misterio de la Encarnación se verifica muy por dentro y no por encima de la historia humana, autoritariamente, como si fuese posible rescatarla sin contaminarse con ella y disipar su dolor sin compartir su dolor. Jesús "manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29), como un pobre, inaugura el reino liberando de unos y otros males, pero sin suprimir en sus beneficiarios la inexcusable respuesta personal. Si la bendición del reino no se impone a los pobres, más requiere de ellos la aceptación voluntaria, la maldición de Jesús a los ricos ha de entenderse no como una condena (Lc 6,24-26), sino como el último llamado al arrepentimiento.

El mesianismo de Jesús fue diverso de los mesianismos de sus contemporáneos. El proyecto de Jesús de la prevalencia de Dios no aparecería en la historia sin sus destinatarios, a la fuerza y por obligación, pero tampoco sin hacer suyas las consecuencias de su rechazo y el misterio del mal puro y simple. En la medida que Jesús pretendió derechamente la erradicación del egoísmo y la miseria, no tuvo más alternativa que cumplir su misión como el Siervo humilde y sufriente de Isaías, que eliminaría el mal cargando con él. En tanto Cristo subvirtió la religiosidad de su época rebelándose contra la distorsión de la Ley y del Templo, debió atenerse a las consecuencias. Su muerte "era necesaria" (Lc 24, 26), es decir, querida como un amor inevitable. Que la hayan querido los que lo mataron constituye un hecho contingente. Esta muerte era necesaria porque Dios Padre quiso

amar a la humanidad con un amor tan grande como el amor por su propio Hijo; necesaria, porque Jesús quiso y optó por cumplir la voluntad de su Padre hasta compartir la muerte humana en todo su abandono, hasta penetrar en la orfandad atroz del sepulcro, con la sola esperanza en que el Dios de la vida colmaría ese reino de soledad con la calidez de su Espíritu. Desde entonces la perfección humana auténtica se expresa en la cruz y en la cruz germina como resurrección.

Jesucristo es la persona humana por excelencia. El Espíritu Santo extiende en la historia lo sucedido con Jesús. Dios salva la humanidad con Jesús, pero no sin nosotros; no sin nuestra opción libre, sino con nuestra libertad, ahora liberada de la inclinación a la inhumanidad y del miedo a la muerte, y con nuestra lucha.

CONCLUSIÓN

No para salvarnos de la humanidad sino de la inhumanidad, ha entrado Dios en la historia como un ser humano verdadero y el mejor de todos. Las reticencias a aceptar que Jesús es humano, más que salvaguardas de la fe son expresiones de fe herética.

Si no fuera por el hombre Jesús, por su comportamiento histórico y su rehabilitación final, no sabríamos que el pecado no forma parte de la naturaleza humana ni tampoco que Dios es inocente del sufrimiento de la humanidad. Dos cosas para nada obvias. Gracias a Jesucristo conocemos quién es Dios verdaderamente, quién es la persona humana y cuál es su destino. Por medio del humano Jesús corregimos

la idea de un "dios" abusador, justiciero o vengativo, y preservamos a la humanidad de los que la oprimen.

Pero, en definitiva, no basta creer en abstracto en la identidad de naturaleza del resucitado con nosotros ni tampoco basta conocer su extraordinaria actuación terrena. Es preciso tomar parte en su identificación histórica con la humanidad caída, identificándose con la pasión de su vida: su misión de anunciar la misericordia de Dios, rehabilitando a los pobres y perdonando a los pecadores. Solo discerniendo el camino de Jesús en el Espíritu será posible reconocer en aquel individuo de Nazaret al Señor resucitado y al Hijo de Dios.

Jesucristo solidario y misericordioso, crucificado y resucitado es *el ser humano por excelencia*. Mientras más este Jesús influya en nosotros, más razones habrá en este mundo deshumanizado para creer que Dios es bueno, solo bueno, y que nos ama.

EXCURSO: JESÚS, HOMBRE DIVINO Y DIOS HUMANO

Desde antiguo en la historia de la teología la llamada *tradición antioquena* que ha sostenido que Jesús es un *hombre* divino, destaca el aspecto meritorio que tiene la adhesión humana libre de Jesús al plan redentor de su Padre, descartando en él la omnisciencia (saberlo todo), así como el recurso a facultades fabulosas "extra-humanas" u omnipotencia (poderlo todo). Esta postura preserva un criterio teológico fundamental, a saber, que lo que en Cristo no ha sido

asumido tampoco será salvado; si Jesús carece en algún aspecto de humanidad (instinto, razón, libertad, historicidad) ese aspecto nuestro quedará sin redención. Su divinidad no puede anular o eximir el ejercicio de esta humanidad.

La *tradición antioquena* se desvía de la fe, sin embargo, cuando postula que el Hijo de Dios y Jesús de Nazaret no son una sola persona, sino que el hombre Jesús, sin ser él propiamente Dios, se une a Dios por una pura decisión libre. Este es el "nestorianismo". El "nestorianismo" es grotesco cuando a Jesucristo, como sucede con algunas versiones cinematográficas contemporáneas, se le adjudican pecados o concupiscencia para hacerlo más semejante a nosotros.

La *tradición alejandrina*, por el contrario, destaca el otro gran criterio teológico, el carácter divino de Jesús: Jesús es un *Dios* humano. Si Jesús no fuera Dios, de nada serviría que asumiera la humanidad, ya que solo Dios puede con la salvación del ser humano. En consecuencia, esta escuela teológica no tolerará que se predique a un Jesucristo en el que su persona divina no realice al hombre Jesús. En la perspectiva alejandrina no se acepta que Jesús haya sido un ignorante de su identidad y misión trascendentes o un Cristo pecador.

La desviación de la *tradición alejandrina* consiste en privilegiar en Jesús su "psicología divina" a costa de su psicología humana, como si se tratara de dos "partes" homogéneas que compiten entre sí. El "monofisismo", herejía contraria al "nestorianismo", tiende a negar en Jesús una voluntad y una actividad propiamente humana y, evidentemente, cualquier indicio de ignorancia y a veces incluso de sufrimiento. En este caso el ser humano Jesús es una especie de "superhombre" o una pura marioneta en las manos de Dios.

LA FIDELIDAD DE JESÚS

"Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas" (Lc 22, 28).

Para adentrarnos en la fidelidad de Jesús conviene primero hacer memoria de los alcances de la fidelidad humana en general y sus dificultades. Lo que a fin de cuentas nos interesa encontrar en la fidelidad de Jesús es la clave para nuestra propia fidelidad.

Fidelidades hay de distinto género. La fidelidad se expresa de múltiples maneras: lealtad en la amistad, estabilidad en el matrimonio, tenacidad en una vocación particular, perseverancia en la lucha por una causa justa, paciencia de los padres con un hijo enfermo o díscolo, honorabilidad en el cumplimiento de un contrato, firmeza en la palabra empeñada, obsesión de un artista con su obra, incondicionalidad a una persona en particular, amor a la patria, apego a las enseñanzas de la Iglesia y martirio. Conceptos hermanos de la fidelidad son entrega y sacrificio. En lo que toca a la fidelidad en los compromisos entre personas, al trasfondo de lo cual analizaremos la fidelidad de Jesús, hemos de tener particularmente en cuenta la fidelidad en los compromisos definitivos. Estos constituyen una preocupación mayor de nuestra época.

Al abordar el tema, conviene recordar que la fidelidad cuesta y fracasa. La traición representa una amenaza muy grave a la unión estable de los esposos. La deslealtad entre

los amigos suele ser mortal. El incumplimiento de la palabra dada mella gravemente la confianza. El abandono de una de las partes comprometidas deja a la otra en el aire, suspendida en su tarea de seguir viviendo. La desidia en la observancia de los votos de los consagrados acaba con la vida religiosa. La infidelidad se alimenta de mentira, de miedo, de clandestinidad. La infidelidad acarrea celos, desconfianza, dolor e incluso tragedias. Haya o no responsabilidad moral, la infidelidad fragua en situaciones peligrosas: exceso de trabajo, soledad, exposición a tentaciones fuertes. O por otros motivos: pobreza, cesantía, alcoholismo, locura, competencias entre las partes comprometidas. Vivimos tiempos de cambios profundos en los modos de vida y de relacionarnos, una época de estímulos múltiples y fascinantes, de exigencias tan desmedidas a nuestras fuerzas que si la fidelidad a ultranza parece imposible la infidelidad es al menos muy comprensible.

Pero, aunque entre en crisis la idea de fidelidades definitivas, no hay que claudicar en su búsqueda cuando sepamos de su complejidad. No basta entender la fidelidad como impecabilidad de una de las partes, pues es preciso que implique también cargar con la fragilidad y los fallos de la parte contraria. No nos sirve la fidelidad narcisista: “yo me porto bien, cumplo lo que a mí me toca”. Más que nunca nuestra sociedad nos pone en situación de una fidelidad que se ejerce como reconciliación y solidaridad con el otro. La vida nos supera. Necesitamos avanzar con las rupturas, las heridas, las amistades a medias, las caídas ajenas y también con las propias. Las cosas no son blancas y negras. Nadie es completamente fiel pero tampoco lo principal está en la inocencia. La fidelidad que necesitamos debiera restañar las heridas, anticipar una salida al caído y darle una “última oportunidad”.

Es en este contexto que tiene sentido buscar en Jesús el secreto de la fidelidad humana.

FIDELIDAD DE DIOS DURANTE LA ANTIGUA ALIANZA

En Jesús encontramos la máxima expresión de la fidelidad de Dios con la humanidad, el modelo de la fidelidad humana y la gracia para reconciliarnos, para confiar otra vez y para perseverar hasta el final. La fidelidad de Jesús, sin embargo, no surge de la nada sino que se inscribe en la historia de fidelidad de Dios con Israel.

La categoría que mejor expresa la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento es la de Alianza. Cabe notar que en el mundo antiguo, en medio de otros pueblos que se relacionaban con Dios por mediación de la naturaleza y sus ciclos, el pueblo de Israel fue el único que se relacionó con Dios en términos de libertad, en virtud de un vínculo histórico: la Alianza. La historia de Israel comenzó con una "elección", la cual se expresó en una acción salvífica de Dios, a saber, la liberación de Egipto y la promesa de una tierra. Desde entonces Israel fue propiamente "pueblo", el pueblo elegido de Yahvé.

La elección de Israel concluye con una Alianza que regularía las relaciones de Dios con su pueblo, asegurándole un futuro histórico. En la zarza ardiente Dios reveló a Moisés su nombre: YHWH, que quiere decir, "Yo soy el que soy", "yo soy el que seré", "yo soy el que estará contigo" (Ex 3, 13-15). En otras palabras: "Yo soy aquel en el cual tú debes confiar".

La Alianza constituyó un pacto de copertenencia y de fidelidad entre Dios y su pueblo: "Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios" (Ex 6,7). De este modo Dios se comprometía por un contrato irreversible a favorecer a su pueblo para siempre y el pueblo se obligaba a no rendir culto a otras divinidades, sino solo a Yahvé. La elección sellada por esta Alianza no significaba empero ningún favoritismo. Así como Dios se revelaba fiel y misericordioso con Israel, en Israel debía regir el amor misericordioso y fiel con el prójimo y la justicia con los pobres. La fidelidad a Dios se cumpliría mediante la observancia de unos mandamientos que, porque actualizaban el amor de Dios por Israel y sentaban las bases de una convivencia pacífica, le harían feliz y el más sabio de los pueblos.

Esta elección y esta Alianza, en consecuencia, deben considerarse como un acto de amor de Dios y de amor gratuito. El amor (*hesed*) que subyace a la elección y a la Alianza es semejante a la firmeza del ser humano que cumple sus pactos, pero también a la ternura que se da entre familiares. Hay que relacionarlo con "fidelidad" y "salvación". Es semejante al complejo amor matrimonial. Es un amor lleno de perdón. Pero un amor asimétrico, porque el origen de la elección y de la Alianza israelita, y el cumplimiento de las promesas que guían la historia de este pueblo, son cosa de Yahvé.

La historia de Israel en adelante es la historia de la fidelidad de Dios, a pesar de la infidelidad de su pueblo. Cuando Israel se asentó en la tierra prometida y logró levantar su monarquía, Dios no retiró definitivamente su favor al rey infiel, a David, sino que le renovó la promesa esta vez de un Mesías ideal, con quien la copertenencia de la Alianza se expresaría en términos de filiación: "Yo seré para él padre y él será para mí hijo" (2 Sam 7, 14-16). Cuando años más

tarde Israel fue deportado a Babilonia, habiéndose perdido el territorio, la independencia política, el templo y el sacerdocio, Dios, por medio de los profetas, enrostró a su pueblo su pecado, su abandono de la Alianza. Los profetas atribuyeron el fracaso del exilio a la idolatría y a la falta generalizada a la Alianza de parte de los reyes y de todo el pueblo. Pero, una vez más, a través de los mismos profetas, Dios anunció un futuro nuevo a su pueblo y, desde entonces, también para el resto de la humanidad.

Oseas proclamó que Dios no abandonará a Israel, su esposa traicionera y dada a la prostitución, sino que la tomará otra vez como su esposa para siempre (Os 2, 21-25). Isaías insistió en la promesa del Mesías, el Emmanuel, "Dios con nosotros" (7,4). Jeremías profetizaba una Nueva Alianza, una en la cual Dios daría a cada uno de los israelitas lo que hasta ahora no había tenido, capacidad para cumplir la Alianza (Jr 31, 31-34). Lo mismo Ezequiel, quien también prometió un Mesías y una Nueva Alianza, la cual podría cumplirse por el don interior del Espíritu de Dios (Ez 36,26-27; 37,23.26-27)". El Déutero-Isaías concibió la universalización de la Alianza y anunció un salvador muy particular, uno que liberaría a Israel y a las demás naciones no mediante la fuerza, sino con la fidelidad probada en el sacrificio y el sufrimiento inocente: el "siervo de Yahvé" (42,1-4; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12). Luego del retorno de Israel a Palestina, persistiendo la dominación extranjera del territorio y ante el desánimo histórico más profundo, Dios volvió a prometer mediante los profetas de la apocalíptica un reino de Dios hacia el final de la historia, mediador del cual sería el "hijo del hombre" (Dan 7, 13).

Para los tiempos de la dominación romana en Israel cundía la desesperanza. A pesar de todo, las expectativas

mesiánicas basadas en la fe en Yahvé eran varias: los esenios apuraban la venida del reino mediante ritos de purificación y la observancia de la Alianza en clave monástica. Los fariseos creían acaparar con exclusividad la fidelidad de Dios en virtud de prácticas religiosas, éticas y rituales que ellos creían seguras. Los celotas habían perdido toda paciencia y por la vía violenta reivindicaban el honor de Dios humillado a causa de la explotación de un pueblo empobrecido. Los saduceos, en el otro extremo, habiéndose acomodado a la dominación romana, se contentaban con la administración del templo y de los sacrificios con los cuales restablecían la pureza de Israel. Todos estos partidos político-religiosos creían representar con exclusividad al verdadero Israel y, por diversos medios, procuraban su santidad y purificación. El Bautista, por último, anunciaba un bautismo de conversión para evitar el castigo inminente con que Dios daría término a la historia.

En este contexto aparece Jesús proclamando la cercanía inmediata de la misericordia de Dios no a los "fieles", los justos en general, sino precisamente a los que la sociedad de entonces marginaba por no cumplir con las leyes de la Alianza, los pecadores y los impuros. En una palabra, los pobres.

FIDELIDAD DE DIOS DURANTE LA NUEVA ALIANZA

La Alianza entre Dios y su pueblo recién se cumplió perfectamente en la relación de Dios como Padre de Jesús y de Jesús como Hijo de Dios, en virtud de la Encarnación. En

términos sencillos, podemos decir que el Padre confía en Jesús y Jesús confía en su Padre. Pero no es esta una relación intimista. Toda esta confianza recíproca tiene por objeto el advenimiento del Reino: el Padre confía a Jesús la llegada de su reino y Jesús hace llegar el reino de Dios gracias a su confianza radical en su Padre. El reino importa todos los bienes que se siguen de la copertenencia de Dios y su pueblo, a saber, el cumplimiento de las promesas de Dios y la liberación del pueblo de los males que lo aquejan. La Pascua de Jesús que apura la llegada del reino expresa que la fidelidad de Dios con la humanidad y de la humanidad con Dios, pasa por que Jesús asuma la infidelidad humana y sus consecuencias.

El reino y la Pascua

Jesús anuncia el reino

La Nueva Alianza se perfecciona en la Pascua, pero comienza con la Encarnación y el anuncio del reino de Dios. La novedad más extraordinaria de la predicación mesiánica de Jesús en la Palestina de la época, es la proclamación de la irrupción actual del reino de Dios (Lc 4, 21). Todo el ministerio de Jesús se entiende como cumplimiento de las promesas históricas de Dios al pueblo de Israel, pero particularmente llama la atención que estas promesas se realizan cuando Jesús anuncia a los pobres la llegada del reino de Dios. Que el reino se anuncie a los pobres implica la gratuidad del amor misericordioso de Dios. Nadie necesita a los pobres, porque los pobres no tienen con qué restituir. La categoría de "pobres" designa a los destinatarios privilegiados del Reino, pero

es amplia. "Pobres" son los sociológicamente pobres, son los pecadores o los así llamados por no atenerse a la religiosidad de los justos, son los pequeños, son las mujeres y los que están lejos. En el anuncio del reino a cada uno de estos pobres se deja ver un aspecto de la fidelidad de Dios con su pueblo y con la humanidad.

A los que son pobres porque carecen de bienes o de salud, porque padecen una posesión demoníaca o porque la vida les ha sido perjudicial, Jesús revela el amor compasivo de Dios con un gesto o una palabra eficaz destinados a producir en sus beneficiarios una respuesta de confianza en Dios. Los milagros de Jesús no son actos mágicos realizados para acreditar su poder, sino signos de misericordia en favor de personas concretas. Pero los milagros suponen la fe y provocan la fe. Cualquier gesto de Jesús por un pobre manifiesta la fidelidad de Dios con él y, por otra parte, pretende, aunque no siempre lo logra, suscitar en él agradecimiento a un Dios que no defrauda.

A los pecadores Jesús proclama el perdón de Dios. También en este caso la fidelidad de Dios se manifiesta gratuita. Esta no depende de la justicia farisaica, sino que se ofrece libremente a los que reconocen su injusticia, incluso si son cobradores de impuestos para Roma, verdaderos traidores a la patria. Las comidas de Jesús con los pecadores, por las que lo llaman "comilón y borracho" (Lc 5, 30 y 7, 34), anticipan la eucaristía a la que se asiste arrepentidos. El perdón que Jesús anuncia y otorga en nombre de Dios, sin embargo, exige a sus destinatarios prolongarlo en sus relaciones con los demás. Como la medida de este perdón es Dios mismo, habrá que perdonar infinitas veces.

Jesús manifiesta la misericordia y la fidelidad de Dios especialmente a la mujeres. Son muchos los episodios en que

Jesús acoge a las mujeres. Ellas, a su vez, lo acompañan y lo asisten. A propósito de la fidelidad conyugal, hay dos textos que merecen destacarse. Jesús reprueba el divorcio, favoreciendo una estabilidad conyugal que debiera beneficiar especialmente a la mujer. Hasta entonces estaba permitido al hombre divorciarse unilateralmente de su mujer. En otro texto, ante el caso de una mujer adúltera, Jesús en vez de condenar su infidelidad la libera de culpa, pero no la exime de intentar la fidelidad otra vez más (Jn 8, 3-11). Si en el primer caso Jesús se muestra inflexible en el principio de la fidelidad y de la perpetuidad del vínculo entre los esposos, en este otro se revela como el juez que interpreta la ley según el espíritu misericordioso del legislador. Pero, ¿de dónde sacó Jesús todas estas novedades? El secreto de la proclamación del cumplimiento del reino estuvo en la experiencia personal de radical confianza en Dios del propio Jesús. El reinado de Dios proviene en última instancia de la fe de Jesús en la fidelidad de su Padre. Esta confianza en Dios, sin embargo, tiene como contracara la confianza de Dios en Jesús. Jesús experimenta que su Padre lo autoriza. Si hay un rasgo que sintetiza el perfil humano de Jesús es su autoridad, su confianza en sí mismo proveniente de su confianza en Dios. Prueba de esta seguridad de Dios es que Jesús ha llamado a Dios "padre"; que lo haya llamado también y con ternura Abbá, debió parecer a muchos precisamente un exceso de confianza. ¿Cómo, si no, podríamos imaginar que Jesús se lanzara a una aventura tan imposible a los ojos de cualquiera? En este saberse Jesús el hijo querido de su Padre Dios está la fragua en la que elaboró su misión y de la que sacó la valentía para jugarse por ella con una perseverancia extrema.

La proclamación del reino de Dios tiene que ver con esta experiencia íntima de Dios como Padre, experiencia de

libertad filial de dejar que Dios conduzca su vida, experiencia que Jesús quiere que también otros tengan. No solo él, todos somos hijos de un mismo Padre. Cuando Jesús comparte con nosotros su costumbre de llamar a Dios "padre", lo que hace es asociarnos a su proyecto mesiánico basado en la fe en la misericordia y fidelidad infinita de Dios. En consecuencia debiéramos abandonarnos a Dios por completo, dedicándonos solamente a la llegada de su reino. Solo quienes se pongan ante Dios como el Hijo, los que vivan la fe de Jesús en Dios, adquieren la lucidez para mirar al prójimo con misericordia y la fuerza para perdonar a los que les han sido infieles.

El reino llega con la Pascua de Jesús

Pero el éxito primero de Jesús duró poco. La gente se desilusionó de la proclamación de un reino que no calzaba con su expectativa mesiánica, el grupo de los discípulos se redujo (Jn 6, 66-67). Se decepcionaron del anuncio del reinado de Dios. Probablemente les resultó demasiado ingenuo creer que un padre podía perdonar a un hijo pródigo o demasiado loco que un pastor dejara el rebaño por recuperar la oveja perdida. Habrían preferido que la fidelidad de Dios se manifestara de un modo más racional, expulsando a los romanos o solucionándoles la vida. Se decepcionaron de Jesús y del Dios de Jesús.

Desde entonces Jesús se dedica a preparar a sus discípulos a una comprensión aún más profunda de su misión. Si hasta entonces había anunciado el reino de Dios, desde ahora comenzará a anunciar su propia pasión (Mc 8,31; 9, 31; 10,33-34). El reino se personaliza. Anunciando su propia muerte, Jesús apostó por la fidelidad de Dios y la

inauguración ulterior de su reinado. En este sentido, el reinado de Dios se identifica al máximo con la suerte de Jesús. La muerte de Jesús no será un obstáculo para la llegada del Reino, sino su condición precisa. Con su marcha a Jerusalén Jesús confía en que la fidelidad de Dios quebrará todos los esquemas de la fidelidad humana interesada y calculada.

Un punto particular que conviene advertir es que, aun cuando Jesús vincula estrechamente la llegada del reino con su persona, él no reclama fidelidad absoluta consigo mismo. Incluso en el caso del evangelio de San Juan que subraya la centralidad de la fe en el Hijo de Dios, Jesús remite allí permanentemente al Padre y a su voluntad. Jesús no es un gurú que se apodera de la libertad de sus discípulos, tampoco es el jefe de estado que se impone sobre sus súbditos. Jesús declara: "yo estoy en medio de ustedes como el que sirve" (Lc 22, 27). En Jesús no se da el reclamo de fidelidad morboso de las figuras personalistas, rodeadas de favoritos y aduladores. La relación de fidelidad entre Jesús y los suyos es la fidelidad de la amistad a la que es inherente la libertad, la confianza, nunca el servilismo, jamás el temor a equivocarse y a ser castigado.

La relación de amistad de Jesús con sus discípulos y su benevolencia con las muchedumbres y los pecadores, expresan que Dios está dispuesto a saltarse las reglas de la decencia o incluso a subvertir el orden de una justicia demasiado justa, con tal de recuperar a su pueblo. Definitivamente, la fidelidad de Dios que Jesús revela no parece razonable. Jesús en el Evangelio de Marcos surge como un incomprendido de todos, incluso de sus discípulos. ¿Cómo iban a entender que el supuesto Mesías no viniera "a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10, 45)? ¿Cómo identificar a Jesús con el siervo fiel de Isaías que para expiar

la infidelidad carga con sus nefastas consecuencias? ¿Cómo iban a entender sus amigos que les probaría su amor con su muerte?

Si hasta entonces la ley se resumía en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo como a sí mismo (Mt 22, 36-40), el nuevo mandamiento de Jesús radicaliza el viejo: "Este es el mandamiento mío: ámense unos a otros como yo los he amado". Y a continuación explica a qué se refiere: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 12-13). El nuevo mandamiento del amor tiene por fundamento la entrega libre de Jesús a la muerte. Pero, aunque desmesurada, esta entrega no es demencial. La entrega de Jesús hay que distinguirla de otras dos entregas: la entrega que de él hacen los pecadores y la entrega de su propio Padre. La entrega de los pecadores tiene varias expresiones: es la entrega de las autoridades judías a Pilato, la de Pilato a Herodes, la de Herodes a Pilato, la de Pilato a la muchedumbre enardecida, la de esta a Pilato y la de Pilato a sus torturadores y ejecutores. En la entrega de los pecadores, a su vez, hay que incluir la entrega de los amigos: Pedro que lo niega tres veces, los demás que arrancan, y Judas que lo traiciona.

También el Padre entrega a Jesús. pero en un sentido completamente contrario al anterior. Dios no mete mano en su historia sino que deja que su Hijo cargue con las consecuencias de sus decisiones hasta el final. El Padre no es sádico. Él entrega a Jesús como máxima expresión de amor a sus creaturas, a buenos y malos, y de respeto por ejercicio de su libertad. Pues no es la sangre de Jesús lo que lo satisface, sino su bondad, su generosidad, su misericordia y su perseverancia fiel y extrema con sus amigos y enemigos.

Nueva Alianza: mediación de la fidelidad de Dios con los seres humanos y de estos con Dios

Nueva Alianza y reino futuro de Dios constituyen una sola cosa en la entrega mediadora de Jesús (Lc 22, 14-34). Jesús es el Mediador de la fidelidad de Dios con el ser humano y de este con Dios. En Jesús Dios cumple sus promesas y en Jesús la humanidad se orienta definitivamente de acuerdo a la voluntad de Dios.

Jesús: la máxima fidelidad de Dios

En primer lugar, hay que advertir que Jesús representa la máxima fidelidad de Dios con su pueblo (siendo el Mesías) y con toda la humanidad (siendo el Nuevo Adán). En ese Mesías llamado "hijo de Dios", en el Emmanuel prometido, es preciso reconocer a Dios mismo, tal como lo hace San Juan (Jn 1, 1 y 14). En virtud de la Encarnación, Dios mismo cumple sus promesas. No hay proximidad mayor posible de Dios. La Iglesia reconoce en Jesús no a un mero hombre, sino a Dios presente en una persona que se entrega sin reservas a la humanidad. En suma, Jesús quiere decir que Dios no solo cumple favores, salva o bendice, sino que se da en Jesús. Dios no da, sino que se da. Dios es quien da, pero también es lo dado. La fidelidad de Jesús es ante todo un asunto divino. Solo Dios es fiel a cabalidad.

Por lo mismo, la Iglesia entendió desde un comienzo que en la Pascua era Dios quien perdonaba a su pueblo y a toda la humanidad. Dice San Pablo: "Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres" (2 Cor 5, 19). También es Pablo quien expresa el carácter inquebrantable

de la fidelidad de Dios con su pueblo: "Pues ¿qué? Si algunos de ellos fueron infieles ¿frustrará, por ventura, su infidelidad la fidelidad de Dios?" (Rom 3, 3). Desde entonces, lo único que salva a los judíos, pero también a los gentiles es la fe en Dios. Más exactamente, lo que salva es la fe en la misericordia de un Dios que ha venido para salvar a los pecadores antes que a los que se tienen por justos. El carácter divino de este perdón está en que Dios no lo condiciona, no lo hace depender de la bondad de las personas, sino que lo ofrece gratuitamente a los más pobres de los seres humanos, esto es, los que han sido infieles.

Esta es la razón por la cual hay que descartar por completo la idea perversa de la cruz que asegura que Jesús, para salvarnos, fue castigado en lugar nuestro. Para salvar Dios no necesita castigar a nadie; no necesita crucifixiones. No es que, resucitando a Jesús crucificado, Dios otorgue al castigo y al sufrimiento un valor salvífico, sino que el amor de Jesús, al cargar con la infidelidad de la humanidad, al sufrirla sin rebelarse ni vengarse, es el único amor que crea vínculos de fidelidad indestructible.

También la resurrección de Jesús debe ser entendida como un acto de amor gratuito del Padre a su Hijo y a toda la humanidad. En cierto sentido era razonable pensar que el justo no pereciera a causa de la injusticia. Israel había desarrollado ya una teología de la resurrección de los justos. Pero era muy difícil imaginar que Dios, junto con rehabilitar a su Hijo injustamente asesinado, reconciliaría consigo a los asesinos de su Hijo y a toda la humanidad dividida por el pecado desde Adán en adelante. La resurrección de Jesús, de este modo, excede los marcos de toda justicia conmutativa —"pasando, pasando"—, y de cualquier intercambio interesado entre Dios y los humanos.

En el Misterio Pascual Dios completó su entrega a la humanidad comenzada con la Encarnación, cumpliendo mediante Jesús la antigua promesa de una Nueva Alianza y la efusión del Espíritu también prometida sobre judíos y no judíos. Desde entonces todos los seres humanos pueden relacionarse con Dios como "hijos", en la confianza del Espíritu que nos hace llamar a Dios Abbá (Gal 4, 6). La copertenencia entre Dios y su pueblo propia de la Antigua Alianza, "yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo", de ahora en adelante se amplía a toda la humanidad y consiste en creer que Dios nos dice: "Yo seré para ustedes padre, y ustedes serán para mí hijos e hijas" (2 Cor 6, 18).

Jesús: la máxima fidelidad del ser humano

Pero Jesús no solo representa la fidelidad de Dios con la humanidad, sino que también significa la máxima fidelidad del ser humano con Dios. Sin este segundo aspecto de la mediación salvífica de Jesús, la fidelidad de una sola de las partes sería vana. Para que la Alianza sea seria, tanto Dios como las personas deben observarla. Si la entrega de Jesús a la muerte es don gratuito de Dios, ella es también la acogida de este don por parte de una persona humana, mediante una fidelidad histórica costosa y en consecuencia meritoria.

Habría que recordar aquí que Jesús no vino a abolir la ley sino a cumplirla y que, en sentido estricto, él es el único judío que la ha cumplido perfectamente. La expresión de Jesús en la cruz "todo está cumplido" (Jn 19,30), habría que entenderla como observancia de la Ley en la vinculación originaria que esta y cualquier otra ley debe tener respecto de la voluntad de Dios. Jesús manifiesta la voluntad de fidelidad de Dios con la humanidad con la misma actuación

que lo hace a él la única persona obediente y fiel a la voluntad de Dios hasta el fin. Por lo mismo, la actuación única de Cristo permite inferir que, si el Hijo "sufriendo aprendió a obedecer", su sufrimiento humano alcanza a Dios y lo conmueve para amar en él a todos los seres humanos y para hacer de él causa de "salvación eterna de todos los que le obedecen" (Hb 5, 7-9).

¿Qué decir del grito de Jesús crucificado: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"? (Mc 15, 34). En ningún caso hay que tomarlo como huida o rebelión, sino todo lo contrario. La fidelidad de Jesús a su misión es extrema. Como víctima del pecado del mundo, Jesús representa a todos los desamparados de la historia: a los niños expósitos, a las mujeres abandonadas y a los traicionados. Gritando a Dios Jesús no acusa a Dios, sino que, en nombre de la humanidad clama que la injusticia no puede ser. Rogando también desde la cruz: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34), Jesús exculpa a Dios de la terrible sospecha que los seres humanos tienen sobre la inocencia de Dios a causa del sufrimiento humano, sospecha que mueve a los seres humanos a asegurarse la vida por otros medios. Al decir: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu" (Lc 23, 46), Jesús apuesta que Dios no abandona a los que confían en Él enteramente.

Así, como crucificado, el Hijo de Dios cumple la Antigua Alianza y establece la Nueva Alianza en su sangre (1 Cor 11, 25; Hb 9, 14-15), de la cual él mismo es su garante (Hb 7, 22). Como resucitado, Jesús promete a sus discípulos que jamás los dejará, que estará con ellos "todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). Esto mismo es lo que los discípulos han de anunciar en nombre de la Trinidad a otros que también quieran ser discípulos de Jesús. El hombre Jesús

continúa intercediendo ante el Padre por los que confían en él. Por medio suyo, Dios revela que su solidaridad con el fracaso de la humanidad es tan honda como inquebrantable el vínculo que lo une con ella.

La Pascua de Jesús expresa que, para que la confianza de Dios en el ser humano se verifique en la historia, es necesario que las personas confíen en Dios como en su Padre. Pero esto no será jamás posible si estas no experimentan que Dios es un Padre que nunca las abandonará; que hagan ellas lo que hagan, Dios siempre las amará y siempre volverá para perdonarlas y para creer en ellas una vez más.

EL CIRCUITO DE LA FE EN JESUCRISTO

Él es el cumplimiento de las Escrituras
y su intérprete definitivo.
Jesucristo no es solamente el objeto
de la fe, sino, como dice la carta
a los Hebreos, "el que inició y
completa nuestra fe" (Benedicto XVI).

Quisiera en estas páginas explicar cómo todos los seres humanos podrían llegar a creer en Jesucristo a través de la Iglesia. Esto, por cierto, constituye su misión. Lo que quiero subrayar es que esta misión no es extrínseca a la Iglesia misma, sino que la Iglesia, solo encastrada, arraigada, en la humanidad y en el mundo, y en cuanto creyente ella misma en Dios trino, puede llegar con su anuncio hasta los confines geográficos y humanos de la tierra. Si la Iglesia no intenta llegar tan lejos, fracasa en su misión. El riesgo de quedarse a medio camino es siempre posible. La crisis actual de credibilidad de la Iglesia es prueba de esta lamentable posibilidad.

¿Podría el mundo creer en Cristo sin el testimonio creyente de la Iglesia? Jesucristo es el mediador de la salvación. El Concilio Vaticano II deja abierta la posibilidad de que la humanidad alcance la salvación a través de Jesucristo por otros caminos. Tendrá que explicarse, en este caso, cómo esta salvación también pasa, de algún modo, a través de la Iglesia. Cabe pensar en el "bautismo de deseo". No entraremos ahora

en este tema. Pero sí indicaremos que el alcance antropológico universal de la salvación es decisivo para entender que la Iglesia solo cumple su misión en la medida en que ella sea profundamente humana. Es un principio teológico básico de la teología de nuestro tiempo el que el ser humano no se entiende más que a partir de Dios y que, en consecuencia, ha de haber algún tipo de "fe" en Cristo resucitado que la Iglesia ha de encontrar en las personas ya antes de evangelizarlas y que, de algún modo, pueda "evangelizarla" a ella misma.

Por de pronto, *sub contrario*, subrayamos el peligro que tiene concebir una Iglesia confrontada con la humanidad y el mundo, como poseedora del privilegio de una verdad que ha de prevalecer solo gracias a ella. En este caso la Iglesia cumplirá su misión ruidosamente. Con el ruido de hacer pasar por trascendente un modo particular de estar en el mundo. En tanto el nombre hodierno de la salvación es la humanización y la liberación —según el paradigma del Verbo encarnado—, solo una Iglesia hondamente humana y liberadora merece crédito y anuncia al mundo que hay un Dios que salva integralmente a quienes creen que Él los ama.

CREEMOS "EN" LA IGLESIA

Los cristianos creemos "en" la Iglesia. Esta es una confesión que encuentra un lugar importante en el Credo. Los implicados de este "en" pueden ser muchos. Los eclesiólogos tendrían que decirnos varias cosas al respecto. Aquí solo destacamos un aspecto. Creer "en" la Iglesia es un acontecimiento antropológico extraordinario, pues consiste en una confianza que

—en virtud de Dios, reconocemos los cristianos—, llegamos a experimentar unos seres humanos con otros y en otros. Los primeros cristianos experimentaron "en" la Iglesia al resucitado. La resurrección, desde un comienzo, se tradujo entre ellos en reuniones en las que celebraron al Señor, ese Jesús en quien pudieron confiar porque los amó sin medida y creó entre ellos vínculos de hermandad (distintos a los vínculos de jerarquía y de mando). La resurrección fue la contracara de la misma Iglesia. La efusión del Espíritu en Pentecostés —la manifestación colectiva más importante del Cristo resucitado—, coincide exactamente con la constitución de la Iglesia (Hechos 2, 1-13). Esta comenzó como una comunidad en la cual los límites del lenguaje que impedían la comunicación entre los seres humanos fueron superados. ¿Ha habido una representación de una comunidad humana más incluyente e integradora que la de la Iglesia aquel día? Lo que hay que retener en este símbolo, es el alcance que ha de tener la Iglesia para cumplir su misión. El relato bíblico señala que ninguna persona que creyó en Pentecostés tuvo que renunciar a su idioma para pertenecer a este nuevo pueblo. Cada cual continuó hablando su lengua y todos pudieron entenderse.

Desde un punto de vista filosófico hemos de ver en el surgimiento de la Iglesia —pero también en otras ocasiones de su historia—, un acontecimiento y no un simple hecho. Los hechos, para Claude Romano, filósofo, tienen testigos que pueden explicarlos en sus causas[1]. Son previsibles. Los acontecimientos también tienen causas, también son previsibles, también son hechos, pero mucho más que hechos. Ellos no ocurren de un modo perceptiblemente universal.

1 Claude Romano, *Lo posible y el acontecimiento. Introducción a la hermenéutica acontencial*, Santiago 2008, 31-53.

Ocurren con tal contundencia que sorprenden a sus actores al grado de transformarlos. Van más allá de lo posible. Alcanzan a quienes los experimentan en la raíz de su existencia, de modo que en adelante no serán más los mismos. Por ejemplo, de una muerte de una persona se puede ser testigo. Es un hecho que puede afectarnos. Pero puede también ser un acontecimiento de tanta importancia como para cambiar la vida de alguien por completo. A propósito de lo que aquí nos importa, hemos de ver en la Iglesia misma un acontecimiento histórico extraordinario que, sin embargo, no salta por encima de lo humanamente posible, sino que comparte causas con otros fenómenos humanos similares y, como estos algunas veces, excede los límites de los simples hechos. La Iglesia en Pentecostés —para tomar el caso emblemático— ha podido transformar de tal manera a sus actores que estos pudieron mirar su pasado con otros ojos y esperar el futuro como una novedad total. En cuanto "hecho" la Iglesia puede llamar la atención de testigos diversos (cristianos o no). En cuanto acontecimiento, en cambio, remece los cimientos de la vida de los cristianos de modo que ellos pueden atraer a otros a tener su misma experiencia. Bien podemos decir que el acontecimiento de la Iglesia se llama Evangelio. El Evangelio que la Iglesia vive como la Buena noticia del Cristo que la estremece y convierte, es lo que la Iglesia tiene que anunciar a los demás. Los demás podrán mirar a la Iglesia como un hecho explicable en sus causas. O podrán involucrarse con ella en tanto ella sea para ellos una Buena noticia. El acontecimiento que es la Iglesia, porque es acontecimiento humano como otros acontecimientos, puede, en principio, ser inteligible para cualquier ser humano.

Todo esto viene sustentado por la "ley de Calcedonia". Lo que vale para el Verbo encarnado, vale para una Iglesia

que ha de encarnarse. Lo que se diga de las herejías cristológicas tiene suma importancia para evitar un tipo de fe "en" la Iglesia que pudiera descarrilarla de su misión. De acuerdo al concilio de Calcedonia el Verbo encarnado se ha unido en cierto modo con todos los seres humanos. El Concilio Vaticano II insiste en lo mismo (*Gaudium et spes*, 22). Pero, además, la salvación ha de entenderse como un crecimiento en humanidad y no en una renuncia a esta. La Encarnación del Hijo de Dios no hace de Cristo menos humano, sino más humano. La donación del Espíritu que prolonga en la historia la acción de Cristo, no nos hace menos humanos, sino más humanos. El verdadero nombre de la salvación cristiana es siempre secular, no obstante admita denominaciones religiosas. ¿Cómo la Iglesia puede dar a la salvación secular, de la que ella es portadora, una denominación religiosa que aluda a su índole trascendente originaria, pero sin traicionar la posibilidad de otras denominaciones? Este es un asunto de extrema actualidad. La cultura que hoy transforma la realidad de un modo predominante, también en América Latina, es secular. En cuanto a lo que aquí nos interesa, el desafío mayor es el contrario. A saber, que su lenguaje religioso no sea obstáculo, por su limitación terminológica o simbólica, para llegar a los confines de la humanidad. La "ley de Calcedonia" indica que solo se puede creer "en" una Iglesia profundamente humana. Dicho aún en otros términos y para subrayar la diferencia, solo se puede creer "en" una Iglesia profundamente "mundana" (no en términos de pecaminosidad, sino en cuanto creación de Dios).

Por el contrario, una Iglesia que, en nombre de Jesucristo, desde una superioridad de principio sobre el resto de la humanidad o de la excelencia de su misión se pare ante el mundo como separada y mejor que él, se incapacita a sí

misma como lugar "en" el cual puede creerse en Dios verdaderamente pues, de ese modo y en la misma medida, está renunciando al don de humanidad del cual el Creador la dotó. A una tal Iglesia habría que recordarle que el Hijo ha venido al mundo para salvar el mundo (Jn 3, 16-17; 1 Tim 2, 4-6), y no a ella; o, dicho benevolentemente, para salvar a Iglesia en cuanto "mundana" (en todos los sentidos de la palabra). La Iglesia de Jesucristo no es sino el mundo que cree; el mundo en cuanto espacio de confianza para todos los seres humanos independientemente de sus variadas pertenencias. Esta fe antropológica "en" la Iglesia es el quicio de la fe que ella articula en un lenguaje explícitamente religioso, lenguaje metafórico, simbólico y provisional que nunca debiera traicionar la secularidad de la salvación.

LA IGLESIA CREE EN JESUCRISTO

Todo lo anterior es válido siempre y cuando se tenga muy presente que la credibilidad de la Iglesia no depende en última instancia de ella misma, sino de Dios. Y, más precisamente, de Jesucristo, "el autor y el consumador de la fe" (Hb 2, 12). Si para la Iglesia Jesús es el modelo de creyente, Cristo muerto y resucitado es la persona fiel que, a través del Espíritu, hace posible que la Iglesia crea en Dios de un modo tan eficaz como gratuito. Jesucristo, en ambos sentidos, sostiene la fe "en" la Iglesia.

Veamos entonces cómo la fe "en" la Iglesia entrelaza gracia y mérito; y cómo estos dos aspectos tienen un significado teológico en la medida en que arraigan antropológicamente.

La Iglesia cree en un creyente

Uno de los descubrimientos —por llamarlo así— más importantes de la cristología del siglo XX, es que Jesús ha sido un creyente[2]. En cuanto a lo que a nosotros importa en este libro, podemos decir que la Iglesia cree en el creyente Jesús. Esto no fue posible en la teología hasta no haber sorteado la dificultad teológica de la llamada "visión beatífica" del Jesús terreno, de acuerdo a la cual él habría tenido un conocimiento de Dios propio de los bienaventurados en la gloria, visión que en su caso habría excluido la ignorancia propia de la fe. Hoy prácticamente todos los cristólogos no solo reconocen a Jesús su fe en Dios sino que hacen de él el creyente por antonomasia. Aun alguno podría usar el término "visión beatífica", pero será muy difícil que excluya en Jesús la virtud teológica y religiosa más importante que pudo tener un israelita para observar la Alianza. Si Jesús es el único integrante de su pueblo que cumple con la Alianza, no ha podido hacerlo sin fe. Si en la Nueva Alianza, más que en la anterior, la fe es un don que Cristo asegura a los suyos, él no ha sido solo su autor sino también su modelo. Hans Urs von Balthasar en una obra titulada *La Foi du Christ* afirma sobre la experiencia subjetiva y espiritual de Jesús:

> Jesús es un ser humano auténtico; la nobleza inalienable del hombre es poder, aun deber proyectar libremente el designio de su existencia en un futuro que

[2] Entre los autores que subrayan la importancia de reconocer fe a Jesús pueden mencionarse J. Moingt, H. Urs von Balthasar, K. Rahner, B. Sesboüé, P. Hünermann, J. Guillet, M. Gesteira, J. Dupuis, J. Sobrino, H. Kessler, G. Giammarrone, O. González de Cardedal, G. O'Collins, C. Duquoc, M. Cook, L. Boff, C. Palacio, R. Guardini, J. Gnilka, B. Forte y W. Kasper.

> ignora. Si este hombre es un creyente, el porvenir al que él se arroja y en el que se proyecta, es Dios en su libertad e inmensidad. Privar a Jesús de esta posibilidad y hacerle avanzar hacia un objetivo conocido por adelantado y distante solamente en el tiempo, equivaldría a despojarlo de su dignidad de hombre. Es preciso que la palabra de Marcos sea auténtica: "Nadie conoce esta hora (…) tampoco el Hijo" (Mc 13, 32). Si Jesús es un hombre auténtico, es necesario que su obra se cumpla en la finitud de una vida de hombre, aun si el contenido de esta obra y sus efectos posteriores desbordan ampliamente los límites impuestos a esta finitud. Un hombre no puede decir: me quitaré de encima esta parte de mi misión antes de morir, y, puesto que sé que debo resucitar, puedo dejar el resto en suspenso, para acabarlo más tarde. El que así hablare sería quizás un espíritu celeste de turismo en la tierra, ciertamente no un hombre, cargado del peso de la finitud humana y de su dignidad[3].

Jesús creyó en Dios. María hizo de él un creyente. Fue ella, José y las enseñanzas de la sinagoga los que le trasmitieron el credo de Israel. Fue así como Jesús supo conectarse con las esperanzas de su pueblo y representarlas. Al oírlo hablar, los israelitas no solo entendían lo que decía. Muchos le creyeron porque sus palabras y acciones interpretaban hondamente el significado de la Ley y los Profetas. Pero Jesús llevó la fe de Israel aún más lejos. Al hablar de un reino

[3] H. Urs von Balthasar, *La Foi du Christ. Cinq approches christologiques* (Paris 1968), 181-182.

del amor absoluto de Dios, exigió a sus contemporáneos dar otro paso en el camino de su credo. Hasta entonces se pensaba que Dios había sido bueno, justo para premiar y castigar, y parcial con Israel en relación con las demás naciones. Jesús llevó la confesión de Dios a un nivel más profundo: lo llamó Padre.

Esta empatía profunda de Jesús con la gente de su tiempo debe hacernos pensar, por otra parte, que él hizo propias las razones para "no creer" de los suyos. Jesús respondió a expectativas mesiánicas, porque conoció en carne propia los motivos que por entonces tenía su pueblo para desesperar. Jesús debió sufrir con la dominación romana. Como todos los demás, debió sentir miedo ante los opresores. En este sentido podemos pensar que Jesús interpretó las razones de Israel para "creer" y para "no creer", y por esto pudo sorprender por la autoridad con que hablaba y se desenvolvía (Mc 1, 27; 2, 10).

A Jesús, el creyente por excelencia, le costó creer en Dios. Compartió, así, nuestra condición de creyentes. Los Evangelios dejan muy claro que su condición de Hijo de Dios no le ahorró la experiencia de la tentación. En el desierto fue el Espíritu quien lo sacó adelante. Su misma fe en Dios le hizo la vida difícil. Su predicación del reino avivó los conflictos que atravesaban su sociedad y constituyó la causa de su muerte. Su confianza radical en su Padre fue la razón exacta de su grito en la cruz. Si Jesús no hubiera creído en Él, su grito se habría confundido sin más con las quejas de los afligidos por dolores físicos o con el simple aullar de las fieras. Este grito es estremecedor porque es "su" grito. El grito de una persona que creyó en Dios como nadie. Ninguno ha gritado a Dios con más fuerza que él. Horas antes de ser crucificado, en el huerto de Getsemaní, elevó una oración

para conocer y hacer la voluntad de su Padre, la cual pudo no serle evidente. En este momento suplicó, sudó sangre y debió llamar a su Padre "a gritos y con lágrimas" (Hb 5, 7). Fue el clamar auténtico de un creyente de verdad.

En todo esto, Jesús fue el representante de los creyentes. También los que creen, en razón de su misma fe, deben buscar la voluntad de Dios y, en el camino, verse obligados a superar tentaciones, pruebas y sufrimientos que son especialmente crueles cuanto más grande es la fe. Mientras más fe se tiene, más dolorosa se hace la ausencia de Dios. El creyente auténtico no se libra de las agitaciones, de los engaños y tormentos que lo turban, y lo pueden hacer fracasar. Si Jesús creyó con la posibilidad incierta de prosperar, si pasó por la angustia del abandono de Dios (Mc 15, 34), se abre para nosotros un modo más profundo de entender la vida espiritual. Hacer la voluntad de Dios, avanzar por la vida confiados en su palabra, puede ser, como lo fue en Jesús, una experiencia desgarradora. También nosotros podemos morir creyendo en Dios, sin que Dios haga nada por liberarnos del dolor o hacernos justicia.

La fe de la Iglesia, nacida de Jesús y representada por María, enhebra las condiciones de posibilidad del creer humano con las razones de la humanidad para creer y para titubear. Si la Iglesia no fuera "atea" en algún sentido —el sentido de interpretar a quienes no creen no por mala voluntad, sino escandalizados por la fuerza del mal— no sería auténticamente fiel a Jesucristo. El problema es cuando los cristianos pretendemos saberlo todo de este mundo y del otro y, a renglón seguido, exigimos cumplimientos omnipotentes a una humanidad que apenas carga consigo misma.

En suma, la Iglesia cree en un hombre "digno de fe". Cree en alguien cuya filiación trascendente no lo eximió de

la fatiga de ser humano, de habérselas con Dios en términos de gracia, exactamente de la gracia sin la cual él no se habría conectado a la mayor hondura pensable posible con el resto de los seres humanos como para representarlos a todos en su búsqueda de Dios. Con esto debe considerarse lo complejo que es, *sub contrario*, tomar como modelo de espiritual a alguien cuya relación con Dios ha podido ser automática. Una persona así, sin ser propiamente humana, solo podría conducir a los demás a establecer con Dios relaciones heterónomas desorientadoras y culpabilizantes.

La Iglesia cree en una persona crucificada y resucitada

Pero Jesús es también el Cristo que, resucitado de entre los muertos, posibilita la fe de la Iglesia mediante su Espíritu. No solo es modelo humano de fe en Dios, sino que es su factor último. Este hecho cura a la Iglesia del cristianismo pelagiano, siempre a la espera de quienes tienen dificultades para creer en la gratuidad del amor de Dios. El circuito de la fe tiene como principio y fundamento el amor de Dios. Se nos dice: "Nosotros hemos experimentado el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él" (1 Jn 4, 16). Sin este amor primordial, la imitación de Cristo se empeñaría en cumplir con una imagen auto producida de perfección, siempre inalcanzable, siempre inhumana y deshumanizante. Solo la experiencia del don de Cristo en el Espíritu, de Jesús muerto y resucitado, puede fundar un seguimiento cristiano meritorio de Jesús de Nazaret.

La Iglesia no cree tal cual creyó Jesús. Entre la fe de Jesús y la de la Iglesia hay continuidad y discontinuidad. Bien podríamos decir que Jesús cree en su Padre en virtud

de su propio Espíritu, el Espíritu con quien él y su Padre son uno; y nosotros, la Iglesia, creemos con el Espíritu de Jesús muerto y resucitado. La Iglesia, en este sentido, cuenta a su favor con quien no solo fue modelo de camino al Padre sino, además, con quien la lleva por este camino, animándola con la esperanza del triunfo seguro de la humanidad. La fe de la Iglesia está preñada de esperanza. A Jesús su fe no le evitó ignorar lo que habría de ser la resurrección. Jesús, a lo más, debió intuir una ampliación de su fe israelita en la resurrección de los muertos. La fe de la Iglesia, en cambio, se nutre de la experiencia del resucitado y cuenta con su anticipación espiritual en el presente.

¿Cuál es el contenido de esta fe en Cristo, un creyente muerto y resucitado? El triunfo sobre la muerte y el pecado; sobre la finitud y la culpa. La Iglesia debe anunciar este triunfo a toda la humanidad.

¿Cómo lo hace? Hemos de invocar nuevamente aquí la "ley de Calcedonia". Así como el Verbo encarnado se identificó con la humanidad en su conjunto yendo a las fronteras de lo humano, la Iglesia anuncia con sentido el Evangelio cuando llega a los que "en" ella pueden encontrar "un motivo para seguir esperando" (Plegaria Eucarística, Canon Vb).

La Iglesia cumple su misión cuando en ella Cristo salvador y liberador acontece "en" los pobres que creen. Entonces, la Iglesia es universal. Cuando, siendo la "Iglesia de los pobres", llega a los confines geográficos y humanos de la tierra. Dicho de un golpe: la Iglesia cumple su misión cuando radica donde la humanidad se deshumaniza en Cristo crucificado y se humaniza con el resucitado. Esto ocurre cuando la Iglesia es un espacio para que, como dice el canto latinoamericano, "el pobre crea en el pobre".

Inseparabilidad de la fe "en" la Iglesia y la fe en Jesucristo

Otro de los descubrimientos teológicos importantes del siglo XX ha sido la distinción sin separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe[4]. En cuanto a lo que en este libro nos interesa, cabe destacar el hecho impresionante de que el Evangelio es fusión entre la fe de Jesús y la fe de la Iglesia; entre la experiencia espiritual de Jesús y la experiencia espiritual de la Iglesia. El Evangelio que la Iglesia anuncia incorpora desde los tiempos de los primeros escritos cristianos y, como condición de posibilidad de su anuncio hoy, la propia experiencia espiritual de la Iglesia. Ella no anuncia a Cristo simplemente. Anuncia al Cristo en quien cree; el Cristo de quien solo podemos tener noticia en la respuesta de fe de la Iglesia a su llamada. Sin esta respuesta, no sabríamos nada de la predicación del Jesús terreno ni de la llamada del Cristo de la fe. La fe de los cristianos en Dios es una sola: la fe de la Iglesia en un sujeto que fue crucificado por anunciar el reino, de un modo tal que pudiera ser efectivamente una Buena noticia para quienes no habrían podido creer sino en Dios. Dicho todavía en otros términos, la fe "en" la Iglesia es el Evangelio vivido en ella, lo cual solo puede darse como Buena noticia para todos los seres humanos. Estos, en su totalidad, han de poder experimentar la atracción de la Iglesia para encontrar en ella el espacio de humanidad que Dios crea entre quienes creen en él.

Esta imposibilidad de separar a Jesucristo de la Iglesia no debe llevar, sin embargo, a saltar la distinción. Si la

---

[4] Álvaro Cadavid "La investigación sobre la vida de Jesús", *Teología y Vida*, Vol. XLIII (2002) 512-540.

ilusión de muchos hoy es decir "Cristo sí, Iglesia no", la presión por separarlos tiene que ver exactamente con una Iglesia que no está a la altura de sí misma. No de Cristo sin más. Sino de la experiencia de fe en Jesucristo que la constituye a lo largo de la historia, experiencia que acumula como el acervo de humanidad que ella tiene por misión poner a disposición de todos los pueblos (Pablo VI)[5]. La presión por separar a Jesucristo de la Iglesia radica, en última instancia, en la distinción que siempre ha de conservarse entre ambos. La crisis actual de la Iglesia es una crisis de credibilidad (Benedicto XVI)[6]. A los contemporáneos su testimonio les parece inauténtico[7]. Pero, por más entendible que sea esta crítica, es absurdo imaginar la posibilidad de dejar la Iglesia para quedarse con un Cristo que, sin ella, regresa a un pasado imposible de recuperar.

La separación es imposible, pero la distinción es necesaria. El pecado de la Iglesia tiene como contracara la inhabilidad de ella para llegar a los confines geográficos y humanos de la tierra. La finitud de la Iglesia, los límites en los cuales ha tenido tiempo y lugar el acontecimiento de Cristo que la constituye, también le impide llegar a los últimos. El Espíritu, por esto y aquello, no deja de llamarla a ponerse en juego a sí misma una vez más, creyendo en el Dios que ama a todos, también a aquellos que no han conocido a Jesucristo pero que —no menos que los cristianos— ya han sido salvados por Él.

5 Pablo VI, Discurso en la ONU, 05/10/1965; *Populorum progressio*, 13.

6 Benedicto XVI, *Luz del mundo* (Barcelona 2010), 16.

7 Desde un punto de vista cultural la inautenticidad es un "pecado" en nuestra época (Ch. Taylor, *La ética de la autenticidad* (Barcelona 1994)).

DIOS ES "FIEL" CON LA HUMANIDAD

¿Cuál es el contenido último de la fe en Dios? Podemos decir que la Iglesia nos ha revelado que Dios es un Padre en quien se puede creer porque es amor. Digo la Iglesia, y no simplemente Jesucristo.

Las Escrituras insisten en que Dios es fiel. Esta fidelidad suya, por su parte, reclama fe a su pueblo (Israel/ Iglesia). El Señor, que fue fiel a la Alianza a pesar de que Israel no confió en Él, será fiel en la Nueva Alianza sellada en Cristo, con la diferencia que esta vez sustentará la fe de la Iglesia mediante el Espíritu Santo de un modo infalible.

Esta fidelidad de Dios tiene un aspecto que destacamos aquí. A esta fidelidad podemos también llamarla "fe" de Dios en su Pueblo y en toda la humanidad. El Señor es fiel con un pueblo del cual Él espera una respuesta en libertad, la cual Él mismo capacita. Por otra parte, si hemos de poner las cosas en un orden orientador para la Iglesia, hay que decir que Dios "cree" primeramente en el ser humano en general. Los cristianos han de representar esta "fe" de Dios en la humanidad. Tendrán que sortear el peligro de considerarse "los primeros" en merecer la "fe" de Dios. Cuando esto sucede, la Iglesia termina exculpándose de vivir el Evangelio, dando por asegurado que lo ha acogido y enrostrándole al mundo su desgracia. El desencuentro de la Iglesia con la modernidad es expresión de esto mismo. Recordamos una vez más lo dicho arriba. La "ley de la Encarnación", tal como san Juan la entiende, indica que el Hijo de Dios ha sido enviado para salvar al mundo y no a la Iglesia; para salvar a la Iglesia en cuanto "mundana".

Lo que digo, y con esto termino, es que la Iglesia tiene que vivir y representar como "sacramento" de la unión de la humanidad consigo misma y con Dios (*Lumen gentium*, 1), que Dios "cree" en el ser humano. Y ha de hacerlo tal como Dios "cree" en él, a saber, como quien cree en quienes nadie cree: los pobres y los pecadores. La Iglesia, en suma, es un acontecimiento "en" el cual cualquier ser humano puede creer que Dios "cree" en él. Lo hace, en la misma medida en que ella llega a quienes se ubican en los lugares geográficos y humanos más distantes no solo respecto de ella sino, en primer lugar, de la misma humanidad.

IMPORTANCIA DE JESÚS PARA EL CRISTIANISMO, Y VICEVERSA

El título de este texto parecerá extraño pues se supone que Jesús y el cristianismo son prácticamente lo mismo. No lo son. Lo que quiero hacer ver es que la diferencia entre ambos es indispensable para establecer su correcta relación. Distinguir al Jesús que fue, del cristianismo que ha vivido de Cristo a lo largo de los siglos permite juzgar si este se ha ajustado a la pretensión de su fundador o no. Por otra parte, la imbricación del Jesús que fue con el Cristo de la fe de la Iglesia no solo hace muy difícil llegar al primero, sino que ella misma expresa que para conocer el misterio salvífico de la persona de Jesús la experiencia que la Iglesia ha hecho de él a lo largo de sucesivas generaciones es decisiva. No se puede conocer a Jesús sin la Iglesia. De modo semejante, no se puede prescindir de su figura histórica si se trata de creer en él y sumarse a su predicación del reino de Dios. En ambos casos se verá que la recuperación de la historia, la de Jesús y la del cristianismo, son determinantes.

NECESIDAD QUE TIENE EL CRISTIANISMO DE RECUPERAR A JESÚS

El Jesús de la historia y/o el Cristo de la fe

El estudio científico histórico de las fuentes del Nuevo Testamento que Hermann Samuel Reimarus (1694-1748) hizo

en el siglo XVIII para conocer a Jesús, dio inicio a un debate teológico que no acabará nunca[1]. En un manuscrito denominado "Acerca del objetivo de Jesús y sus discípulos", Reimarus aplicó la crítica histórica a los evangelios y concluyó algo que no deja de inquietar: uno habría sido Jesús, un profeta revolucionario fracasado, y otra la acción de rehabilitación que sus discípulos hicieron de él, convirtiéndolo en objeto de fe. En adelante se abrieron dos focos de interés: la llamada "escuela liberal" fue a la búsqueda de quién pudo haber sido Jesús para liberarlo del dogma de la Iglesia; otros, filósofos y teólogos, se interesaron por el significado de Jesús, unas veces sirviéndose de la crítica histórica para desentrañar su importancia teórica o existencial, otras veces prescindiendo de ella por completo. David F. Strauss, filósofo de estirpe hegeliana, valoró la unión de Dios con la humanidad en Jesús, distinguible del mito sobre Jesús. Martin Kähler, teólogo protestante, no esperó nada de la búsqueda historiográfica de la "escuela liberal", pues consideró que la fe proviene de la proclamación de la Iglesia. Rudolf Bultmann compartió con Kähler esta convicción, pero para recuperar el *kerygma* (la proclamación inicial de la Iglesia primitiva) no despreció la crítica histórica de los textos. La usó para desmitificar el *kerygma*. Para Kähler y Bultmann, en todo caso, Jesús ha sido perfectamente desconectable del Cristo de la fe de la Iglesia. Este sería el único decisivo.

Esta disyuntiva ha terminado por ser superada. Los teólogos han apostado a una convergencia entre ambos accesos a Jesús, el de la crítica histórica y el de la enseñanza

---

1 Alvaro Cadavid, op.cit.; José Ignacio González-Faus, *La humanidad nueva. Ensayo de Cristología* (Santander 1984), 19-50; Walter Kasper, *Jesús, el Cristo* (Salamanca 2006), 55-75.

eclesial, si bien la relación que establecen entre ellos puede ser muy distinta. En el mismo campo protestante, un discípulo de Bultmann, Ernst Käsemann, sostuvo que la Iglesia cree en el acontecimiento histórico de Jesucristo. Por tanto, no se puede separar el *kerygma* de lo que pudo hacer y decir Jesús. La investigación histórica, según Käsemann, no solo es posible, sino también necesaria. Los católicos entraron tardíamente en los estudios bíblicos. Las cautelas del concilio de Trento en contra de la lectura de la Escritura inhibió la investigación. En el curso del siglo XX, sin embargo, los teólogos católicos pudieron finalmente entrar en el debate. Ellos mismos han debido concluir que nunca podrá encontrarse una sola fórmula de combinación de ambas aproximaciones a Cristo para pensar la vida de los cristianos y la presencia de la Iglesia en el mundo.

En América Latina el debate aterrizó de un modo original. Los teólogos de la liberación se interesaron por el Jesús histórico con el propósito explícito de vincularlo con la historia presente. Por de pronto, estimaron que el conocimiento del Jesús de los evangelios tiene una importancia decisiva para que el Pueblo de Dios sacuda los aspectos alienantes de su fe. Para Jon Sobrino, por ejemplo, la fe en Cristo del pueblo latinoamericano se expresa en una serie de imágenes de Cristo que lo moverían a la resignación ante el sufrimiento y la injusticia[2].

Según este autor, la fe popular y la enseñanza oficial convergen en un Cristo, por una parte, más divino que humano y, por otra, en la devoción al Cristo en cruz a quien los pobres se aferran para resistir al dolor de su existencia.

[2] Jon Sobrino, *Jesucristo Liberador* (Madrid 1991), 29-33.

El teólogo llama la atención sobre un cristianismo latinoamericano acostumbrado a la injusticia. Su conclusión es lapidaria: la fe en América Latina recae en "un Cristo sin Jesús". Por otra parte, Sobrino celebra que últimamente surja en la Iglesia latinoamericana una fe en un "Cristo liberador", la cual se nutre de un conocimiento mejor del Jesús de los evangelios, un Cristo consagrado al advenimiento del reino de Dios y al Dios del reino. El, por su cuenta, se suma a la necesidad de ilustrar acerca de la figura histórica de Cristo. Sobrino pone las cartas sobre la mesa. Declara que su interés en la búsqueda del Jesús de la historia tiene por objeto la liberación de los pobres, intento justificado por el mismo Jesús que, por haber inaugurado el reino a las víctimas de la injusticia, lo mataron. La búsqueda del Jesús de la historia, en este caso, no pretende dar con quién fue exactamente el personaje Jesús, sino con aquel Jesús relevante para los pobres de hoy. Si se quiere saber quién es Jesucristo, debe establecerse una circularidad hermenéutica entre la fe en Cristo de los pobres y la fe de Jesús (su fe en su Padre y su dedicación a su reinado).

No entraremos aquí en el análisis de las dificultades de la cristología de Sobrino. En cambio, recogeremos dos asuntos clave para este y otros teólogos, ambos muy complejos de la fe en Cristo en América Latina y en otras partes que merecen una atención especial: el monofisismo y el sacrificialismo.

El monofisismo

El intento por avanzar con la crítica histórica a través de las fuentes del Nuevo Testamento en busca de la figura de Jesús

es importante, pues cabe la posibilidad de creer en "otro" sujeto. Lo cual, podrá imaginarse, no es inocuo.

Karl Rahner, a mitad del siglo XX, diagnosticó que la versión histórica del cristianismo tiene un sesgo monofisita[3]. El pueblo creyente cree con dificultad que Jesús haya sido realmente un ser humano. Los cristianos relacionarían mal ambas dimensiones en Cristo, su divinidad y su humanidad. Un Jesús que, en virtud de su divinidad, ha podido saberlo y poderlo todo, desorienta la práctica cristiana de fieles que no son omniscientes ni omnipotentes. ¿Cómo podrían los cristianos, en estas circunstancias, darse a Jesús como ejemplo de humanidad? Otro autor latinoamericano, Juan Luis Segundo, ha sostenido que de una tal mezcla de naturalezas en Cristo se ha seguido, en definitiva, un menoscabo en la libertad y la responsabilidad de los cristianos para vivir su cristianismo[4]. Un Cristo más divino que humano —un Cristo monofisita— estaría a la base de una fe heterónoma e infantil.

El problema lo había zanjado, en principio, el gran concilio de Calcedonia (año 451). En contra de Eutiques, que sostenía que antes de la Encarnación eran dos las naturalezas en Cristo (la divina y la humana) y después de ella solo "una" (*monos fusis*), Calcedonia afirmó que la unión de las naturalezas en la única persona no suprime sus diferencias. Lo que Eutiques no entendía es que humanidad y divinidad no son magnitudes homogéneas a sumarse o restarse. El concilio no tuvo cómo definir *in recto* el tipo de unión

[3] Karl Rahner, *Escritos de Teología*, I (Madrid 1969), 208-209.

[4] Juan Luis Segundo, "El significado de la divinidad de Jesús", en *Teología abierta*, Tomo III, 2ª ed. (Madrid 1983), 303-328.

propio de la Encarnación. Respetó su misterio. Lo hizo con formas adverbiales negativas. La unión, según Calcedonia, es "sin confusión y sin cambio" (contra Eutiques) y "sin división y sin separación" (contra Nestorio). Continúa el texto: "… en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo…"[5].

Digo que el concilio zanjó "en principio" el asunto. En los hechos, las posiciones teológicas contrarias siguieron en pugna. Los concilios de Constantinopla II (año 553) y Constantinopla III (año 681), que precisaron la intención de Calcedonia, a lo sumo llegaron afirmar que Jesús es *vere homo*, un ser humano verdadero. Debieron pasar muchos siglos, hasta la extraordinaria renovación teológica del siglo XX, para caer realmente en la cuenta de que Jesús, además de *vere homo*, es el *homo verus*, el hombre verdadero. El Concilio Vaticano II lo expresa así en uno de sus textos cristológicos principales:

> En realidad, tan solo en el misterio del Verbo se aclara verdaderamente el misterio del ser humano. Adán, el primer hombre, era, en efecto, figura del que había de venir (2 Cor 4, 4), es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta

[5] Heinrich Denzinger y Peter Hünermann, *El Magisterio de la Iglesia* (Barcelona 2000), 301-302.

plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación.

Continúa más adelante:

El, que es imagen de Dios invisible (Col 1,15), es también el hombre perfecto que ha restituido a los hijos de Adán la semejanza divina, deformada ya desde el primer pecado. (…) Con su encarnación, El mismo, el Hijo de Dios, en cierto modo se ha unido con cada hombre. Trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano corazón. Nacido de María Virgen, se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (Hb 4, 15) (*Gaudium et spes*, 22).

El mandato dogmático de los dos grandes concilios ecuménicos, Calcedonia y Vaticano II, aún está por dar frutos en los planos de la espiritualidad y de la moral. La recuperación de la historicidad de la vida y de la reconstrucción de un perfil psicológico ortodoxo de Jesús tendrá a futuro enormes repercusiones en la vida de los cristianos. Pues si Jesús obedecía al Padre con una conciencia humana que crecía y debía forzosamente discernir en circunstancias concretas cuál era su voluntad, se podrá comprender que la imitación de su ejemplo y la observancia de las normas morales de la Iglesia son indicaciones importantes, pero medios, nunca fines.

El sacrificialismo

El cristianismo, en la práctica, ha tenido dificultades para concebir a un Jesús verdaderamente histórico. Peor aún, ha tendido a "deshistorizarlo". Esta tendencia ha sido acusada con suma preocupación por Bernard Sesboüé a propósito de la reducción de la mediación de la salvación al sacrificio de Jesús en la cruz[6]. El sacrificialismo y el monofisismo, latentes o expresos, constituyen una desconsideración del perfil histórico de Jesús, lo cual tampoco es inocuo. La concentración del cristianismo en el sacrificio del Hijo al Padre ha tenido como consecuencia vidas cristianas centradas en el pecado y la culpa, en el perdón y en la penitencia. El misterio de Cristo es más amplio. La gratuidad de su entrega, desde la Encarnación hasta la resurrección, es decisiva.

Sesboüé recuerda que durante el primer milenio del cristianismo, especialmente la teología griega, subrayó la relevancia del movimiento descendente de la salvación. Se puso énfasis en la prioridad salvífica de la acción de Dios en la Encarnación, de acuerdo a la cual el Hijo de Dios comparte con los seres humanos su filiación divina y los eleva gratuitamente a su condición. A partir del segundo milenio, en cambio, la teología latina puso énfasis en el movimiento ascendente de la salvación. A saber, en la acción del ser humano Jesús que ofrece meritoriamente al Padre su propia vida a favor de la salvación de la humanidad. Lo que Sesboüé lamenta es que, desde San Anselmo en adelante,

6 Bernard, Sesboüé, "Redención y salvación en Jesucristo", en Olegario González de Cardedal *et al, Salvador del mundo. Historia y actualidad de Jesucristo. Cristología fundamental* (Salamanca 1997), 113-132.

este movimiento ascendente dejó de concretarse en el movimiento descendente. Si Anselmo aún procuró equilibrar misericordia y justicia divinas con su teoría de la satisfacción, las teologías católicas y protestantes posteriores desembocaron en explicaciones penales de la muerte de Cristo. Estas terminaron por "desconvertir", en palabras de Sesböüé, la originalidad teológica de la muerte de Cristo. Ofrecieron, en cambio, una imagen justiciera de Dios completamente ajena a la imagen misericordiosa del Dios de Jesús. La idea de sacrificio como castigo del Hijo grato al Padre arruinó la novedad religiosa de la gratuidad de la salvación inaugurada por Jesús.

El regreso a la historia de Jesús de la teología del siglo XX ha favorecido una re- comprensión de la categoría de sacrificio para explicar la salvación cristiana, impidiendo hacer de Jesús un "chivo expiatorio"[7]. Caifás y el Padre de Jesús, por decirlo de otro modo, no deben considerarse aliados, sino enemigos. Dios Padre no ha podido querer entregar a un inocente para "salvar a la nación" (Jn 11, 50). En la medida que la cruz ha sido vista como consecuencia directa de la pretensión de Jesús, esto es, el reinado del amor de Dios, y que la resurrección ha sido considerada como respuesta justa del Padre a favor de su Hijo ajusticiado injustamente, el dogma cristiano ha progresado en el conocimiento del *homo verus*, de la persona asesinada por anunciar el reinado de Dios a los pobres y los pecadores y, por ende, en la comprensión del cristianismo en la clave de la misericordia.

[7] René Girard, *El chivo expiatorio* (Barcelona 2002).

EL DOGMA INTERPRETA A JESÚS

Hemos visto que el conocimiento del Jesús terreno permite controlar el sentido del dogma. Sin Jesús, podemos terminar creyendo en otra persona y no en él. Por otra parte, el dogma, como formulación teológica que resume y precisa la experiencia de fe en Cristo de la Iglesia a lo largo de los siglos, permite acceder al significado último de Jesús para la salvación. Absurdo sería, por ejemplo, que un exégeta ateo, a través del estudio histórico-crítico de las fuentes, nos dijera quién fue realmente Jesús, imponiendo a la Iglesia las conclusiones de su metodología científica. En otras palabras, la experiencia de fe de la Iglesia es decisiva para acceder a Jesús.

El fundamentalismo

El fundamentalismo —en cuanto a quién es Jesús y a su seguimiento— estriba en dar un valor absoluto a algunos textos evangélicos. En este caso, se piensa que es posible sustraer un dato histórico de la historicidad de lo humano reconociendo en aquel dato la voluntad de Dios tal cual. El problema mayor del fundamentalismo es con la historicidad del ser humano. No se puede pretender poseer la verdad de una vez para siempre porque las personas mismas se van constituyendo poco a poco. La verdad de las afirmaciones del ser humano es tan histórica como él mismo.

¿Qué habría sido del cristianismo si los cristianos hubieran tomado al pie de la letra las palabras de Jesús: "Si tu ojo derecho te es ocasión de pecado, arráncatelo…"? (Mt 5,

29). ¿Habrá habido algún cristiano ciego por este motivo? ¿Alguien podría dejar de sepultar a sus padres porque Jesús le manda: "deja que los muertos entierren a sus muertos?" (Lc 9, 60). Se dirá que hay que tomar estos textos en un sentido metafórico. Bien dicho. Con estas metáforas Jesús apela a la libertad de las personas, a su discernimiento. Levanta una exigencia desmesurada, pero para dar una orientación, no para pedir una observancia al pie de la letra. ¿No habría que tomar como metáforas las palabras de Jesús referentes a la indisolubilidad del matrimonio? Dejemos planteada esta dificultad. No nos toca aquí resolver si esta es metáfora o no. Debemos, sí, caer en la cuenta que la argumentación fundamentalista tarde o temprano choca con la realidad con tal fuerza que solo logra vencerla negándola. Así, la pasión fundamentalista por la verdad no es más que miedo a la verdad.

¿Qué hay en el fondo? El fundamentalismo es hegemónico. Hace pasar por voluntad universal de Dios lo que constituye un querer particular. El fundamentalismo es hermano del voluntarismo y primo del fanatismo. El ingrediente religioso le hace incluso peligroso. Cuando la voluntad particular se convalida como voluntad de Dios respecto de un contenido de verdad que no ha pasado por la criba del diálogo y de la verificación en la realidad, lleva a pensar que "el error no tiene derechos". El fundamentalismo es intolerante. Incuba violencia. Su mayor enemigo, aunque nunca lo reconocerá, es aquella verdad que se consigue pacientemente con los otros, a prueba de intentos y fallos, siempre de un modo histórico. El fundamentalismo desconoce que las formulaciones sobre verdades históricas responden a intereses prácticos. La proclamación de "la verdad" esconde el lugar en el mundo desde el cual se mira la totalidad de la realidad, se la desea y se lucha por ella.

El fundamentalismo representa un riesgo en la comprensión de quién fue Jesús. Hoy tienta con la posibilidad de saltarse "la edad hermenéutica de la razón"[8]. A saber, tienta con acceder unívocamente a Jesús como si fuera posible descartar las muchas interpretaciones que constituyen la Tradición. En el otro extremo de las posibilidades, el relativismo tienta con la arbitrariedad. Relativismo y fundamentalismo reconocen validez a una sola lectura evangélica: la propia. El fundamentalismo no admite mediadores; el relativismo no los toma en serio. La lectura eclesial de Jesús los descarta a ambos. Al Jesús de la Escritura, al Jesús verdadero, llegamos a través de la Iglesia en cuanto Tradición de tradiciones que hace inteligible y practicable la condición filial de Jesús como exégeta del Padre en el Espíritu. Jesús, que obedece al Espíritu de Dios gracias a la criteriología cultural y religiosa de Israel, constituye el fundamento histórico próximo de la Tradición con la cual la Iglesia valora, autoriza y regula tantos seguimientos de Cristo como bautizados existan. Este es el pluralismo cristiano que desplaza a un lado y al otro, los vicios contrarios del fundamentalismo (hegemónico) y del relativismo (individualista). Solo la Tradición de la Iglesia, y el dogma cristológico en particular, garantizan un seguimiento correcto y creativo de Cristo.

---

[8] Eduardo Silva, "La teología en la edad hermenéutica de la razón", en Fredy Parra y Agustina Serrano (eds.), *La inteligencia de la esperanza. Homenaje al profesor Juan Noemi Callejas*, *Anales de la Facultad de Teología* (Santiago 2012), 367-379; "Criterios de discernimiento para una teología de los tiempos latinoamericanos", en Virginia Azcuy, Carlos Schickendantz y Eduardo Silva, *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos* (Santiago 2013), 173-208.

El dogma cristológico, paradójicamente, cierra unas lecturas de la Escritura y abre otras. No cualquier interpretación es lícita. La herejía es inadmisible. No es posible saltarse la literalidad de los textos como si en ella no se nos diera un contenido irrenunciable. No se pueden tomar a la ligera las palabras de Jesús. Jesús es decisivo para el cristianismo. Pero la indicación evangélica, interpretada según el *sensus fidei* (sentido de la fe) de la Iglesia, permite y exige una atención permanente al Cristo resucitado que continúa hablando a través de su Espíritu a lo largo de los siglos. El dogma expresa formalmente la revelación, pero la revelación no es reducible a los dichos de Jesús. Él es el Cristo vivo que continúa comunicándosenos en el mundo, en la Iglesia y, en particular, a cada cristiano en el fondo de su conciencia.

El valor decisivo de la Tradición de la Iglesia

Se dice que Claudio Arrau fue un gran intérprete de Beethoven. Arrau, sin embargo, no ha agotado las posibilidades de leer sus partituras. ¿Consideró el chillanejo otras interpretaciones de Beethoven para hacer la suya propia? No sé. No soy músico. No sé cómo opera este arte. Tal vez la única norma consista en las partituras. Ni aún en este caso, puedo imaginar que los amantes de la música agradecerían el literalismo.

En el caso de la lectura de los evangelios nada ni nadie pueden impedir que el cristiano los interprete *a modo suo*. El cristiano es un intérprete de Cristo, así como Jesús ha sido un intérprete del Dios del Antiguo Testamento. Sin embargo, entre el cristiano y Cristo hay un tercero que constituye una condición de posibilidad infaltable. Los cristianos

disponen de la Tradición de la Iglesia que consiste en un acervo riquísimo de interpretaciones que, en la medida que se ajustan al dogma, median otras tantas interpretaciones sin que estas pierdan la orientación que comparten.

Cabe aquí recordar, aunque sea brevemente, la polémica con Lutero. A quinientos años de distancia podemos rescatar la legitimidad de una lectura personal de la Sagrada Escritura. La Iglesia no puede interferir el contacto directo entre el texto bíblico y su lector. Hoy los católicos somos más luteranos. El Concilio Vaticano II levantó los controles a la lectura de la Biblia que impuso el Concilio de Trento. A los niños, durante su preparación a la primera comunión, se les regala sin problemas un Nuevo Testamento. Por otra parte, los descendientes de la Reforma tendrán que reconocer que los católicos tenían razón en cuanto a la necesidad de la Tradición. Los estudios bíblicos arrojan un resultado impresionante. La Tradición es inherente a la Escritura. Señala *Dei Verbum*, la Constitución sobre la revelación divina del Vaticano II:

> Por consiguiente, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura se entrelazan y comunican íntimamente entre sí. Puesto que ambas fluyendo de idéntico manantial divino, confluyen de alguna forma en un único torrente y corren hacia un mismo fin. En efecto, la Sagrada Escritura es la palabra de Dios, ya que está puesta por escrito inspirándola el Espíritu divino, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente la palabra de Dios, confiada a los Apóstoles por Cristo Señor y por el Espíritu Santo, a los sucesores de ellos para que, con la viva luz del Espíritu de la verdad, la custodien, la expongan y la difundan con fidelidad

> a través de su predicación; de ahí que la Iglesia no extrae su propia certeza acerca de todas las realidades reveladas por medio de la sola Sagrada Escritura (*Dei Verbum* 9)[9].

Desde los Apóstoles en adelante, el cristianismo fue una interpretación no literal de la Escritura. Fue una interpretación de Cristo. Ya los mismos cuatro evangelios constituyeron el mejor caso de pluralismo católico. Cuatro interpretaciones de un único Evangelio.

Me detengo en un punto de suma actualidad. Se oye decir en nuestro tiempo "Cristo sí, la Iglesia no". Esta afirmación, comprensible bajo muchos respectos, adolece de una falla epistemológica. No es posible saber quién es Cristo sin la Iglesia. Pero tampoco se los puede confundir. Nuestros contemporáneos podrían plantear su queja en otros términos. Se entendería mejor su reclamo. Podrían afirmar: "la primera Iglesia, que con sus textos tiene una importancia normativa para el cristianismo, permite juzgar a nuestra actual Iglesia y concluir que esta se ha apartado de Cristo". Dejemos de lado la justicia o injusticia de esta afirmación. Notemos, en cambio, la diferencia epistemológica. El desgarro señalado no es directamente entre Cristo y la Iglesia, sino entre dos formas de Iglesia, la primitiva (supuestamente verdadera) y la actual (supuestamente descaminada).

Vuelvo al resultado de la disputa teológica generada a propósito de la crítica histórica de las fuentes. La pregunta originaria era entonces prácticamente esta: "¿es posible

[9] Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la divina revelación. Dei Verbum*. Traducción de Patricio Serrano Guevara (Santiago 2015).

conocer a Jesús a través de los evangelios?". La respuesta hoy es afirmativa. No solo porque la crítica histórica arroja resultados que también un exégeta ateo podría declarar válidos. Sino porque el Jesús que fue guiado por el Espíritu del Padre en su hacer y enseñar esto y aquello, es el mismo que, muerto y resucitado, inspiró a los hagiógrafos mediante su propio Espíritu la redacción de los evangelios y demás escritos canónicos. No sabemos nada de Jesús que no nos llegue a través de la fe de la Iglesia, sea por medio de las primeras comunidades, sea por medio de los escritores del Nuevo Testamento.

Dicho aun de otro modo. Si el concilio de Calcedonia y el Vaticano II mandan ver en Jesús a un *vere homo* y al *homo verus*, a la humanidad de Jesús llegamos a través de la humanidad de la Iglesia. No hay acceso alguno posible al significado trascendente de Cristo que pueda saltarse al hombre Jesús. Tampoco hay posibilidad de llegar a Jesús que pueda saltarse la humanidad de los cristianos, eclesialmente constituidos, en su antigua tarea de vivir de Cristo gracias a su Espíritu. La Iglesia, el Pueblo de Dios en peregrinación junto a otros pueblos de la Tierra, cuenta con la Tradición y el dogma para interpretar a Cristo sin repeticiones.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí espero haber mostrado que la diferencia entre Jesús y el cristianismo es básica para establecer su correcta relación. Jesús rige qué se entiende por cristianismo. A su vez, el cristianismo, esta realidad histórica consistente en

una Iglesia, esta Tradición de comunidades de bautizados con una acumulación milenaria de interpretaciones del Evangelio, constituye la condición de acceso a aquel Jesús que fue y que será. El cristianismo tiene futuro porque, al reconocer estatuto teológico al tiempo histórico, ofrece en el presente a las siguientes generaciones una orientación probada por siglos.